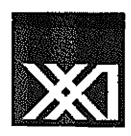
Santos Juliá

Historia social/ sociología histórica

Manuales



Siglo Veintiuno de España Editores, S.A.



siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA, 248. 04310 MEXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
C/ PLAZA, 5. 28043 MADRID. ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda
AV. 3a. 17-73. PRIMER PISO. BOGOTA, D.E. COLOMBIA

Primera edición, noviembre de 1989

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

Diseño de la cubierta: Pedro Arjona

ISBN: 84-323-0671-1
Depósito legal: M. 40.658-1989

Compuesto en Fernández Ciudad, S. L. Catalina Suárez, 19. 28005 Madrid
Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Polígono Igarsa
Paracuellos de Jarama (Madrid)

INDICE

PRESENTACION

Hace ya algunos años, Edward H. Carr escribía en un célebre opúsculo que «mientras más sociológica se haga la historia, y más histórica se vuelva la sociología, mejor para ambas», y aconsejaba, en consecuencia, que la frontera existente entre ellas permaneciera «completamente abierta para un tráfico de doble dirección». Carr atestiguaba así que entre historia y sociología había efectivamente fronteras que dificultaban el tráfico: por parte de la sociología, su tendencia a la ultra-teoría y al ultra-empirismo; por la historia, su riesgo a encerrarse en el estudio de lo único sin atreverse a formular proposiciones de validez general, su propensión a agotar lo singular sin vincularlo con lo universal [1].

Pero a la vez que constataba las dificultades, Carr proponía el remedio: mantener abiertas las fronteras para facilitar un tráfico fluido. Curiosamente, la metáfora de Carr no implicaba la destrucción de fronteras ni su denuncia como construcciones artificiales. Las fronteras, puesto que existían, debían mantenerse. La única acción para paliar sus efectos consistía en abrirlas de par en par con objeto de que el tráfico entre ambas no quedase bloqueado. Carr no abogaba por la vuelta a una especie de unidad originaria en la que no existieran diferencias entre las ciencias sociales sino por la creación de un nuevo espacio en el que la investigación histórica pudiera transitar hacia la sociología y viceversa. Escéptico probablemente de las posibilidades de una ciencia social global o total y de las pretensiones de cualquiera de las ciencias sociales por erigirse en ciencia hegemónica de la sociedad y del hombre —como en un momento pretendió ser la historia y en otro la sociología— Carr se limitaba a una propuesta menos ambiciosa pero más realista: un buen tráfico de fronteras entre las ciencias ya constituidas.

Desde que Carr formuló aquella recomendación, el tráfico no ha dejado de crecer en ambas direcciones. Y lo ha hecho con tal intensidad que a veces se ha producido alguna impresión de confusión y hasta de pérdida de sentido. Este libro no pretende otra cosa que intentar seguir ese tráfico desde su mismo punto de partida y preguntarse por el resultado de su reciente mayor intensidad. O, por decirlo de otro modo, averiguar

---

[1] E. H. Carr, *What is history?*, Harmondsworth, 1975, p. 66.

qué ha pasado con el encuentro de historiadores y científicos sociales. Por supuesto, en la imposibilidad de medir todo ese trasiego de influencias, aquí no se hace más que proponer lo que parecen líneas principales del encuentro. Se trata, en definitiva, de una introducción a la percepción del tráfico y de su magnitud y principales resultados, más que de un análisis pormenorizado de todas sus variedades y direcciones.

A la pregunta sobre este encuentro de historia y ciencia social, se puede dar una doble respuesta. Por una parte, la que considere sus resultados a partir de la iniciativa de los historiadores que, ya desde las primeras décadas de nuestro siglo, salieron al encuentro de las ciencias sociales. Es ahí donde radican los orígenes de lo que se ha llamado historia social, no para indicar una nueva disciplina o especialización, sino una nueva forma de hacer historia, una *new history* en su primera versión americana, una *nouvelle histoire* en su posterior, y triunfal, versión francesa. Por otra, la que considere el proceso a partir de la iniciativa de los sociólogos que hacia mediados de siglo, y fatigados por la gran teoría, recuperaron aquel gusto por la historia que ya había impregnado a la ciencia social desde su origen, y emprendieron la construcción de una nueva ciencia social histórica. Podría decirse, simplificando, que cuando los historiadores van al encuentro de las ciencias sociales, lo que surge es historia social o alguna de sus modalidades; y que si son sociólogos los que caminan hacia la historia, aparece entonces la sociología histórica. Con más tradición, más escuelas y más productos la primera, será a ella a la que se dedique aquí una mayor atención; más joven, prácticamente desconocida entre nosotros, la segunda, le dedicaremos sin embargo unas breves reflexiones por ver si luego pueden formularse algunas consideraciones finales sobre la relación entre historia social y sociología histórica.

Puede sorprender que tratándose de una introducción no se diga nada de los avatares experimentados entre nosotros por estos dos campos del trabajo histórico. La razón me parece sencilla: en España no ha surgido ninguna corriente historiográfica original en lo que va de siglo. Todo lo más que aquí podemos hacer o, en todo caso, hemos hecho, es asimilar mejor o peor corrientes que han tenido su origen en otras latitudes: somos rápidos, muy a menudo esquemáticos y no raramente ignorantes en la crítica de lo que otros hacen, y tendemos a superar, antes de practicarlas, corrientes que en otros países, otras comunidades académicas, han dado resultados apreciables. Pero esa crítica acerada se compadece mal con nuestra propia capacidad de arriesgar la marcha por nuevos caminos. Las razones son diversas y podrían dar lugar a una reflexión suplementaria, pero por lo que respecta a la historia social y la sociología histórica me parecen muy simples: ningún Bloch ha leído entre nosotros a ningún Durkheim; ningún Bendix o ningún Moore ha leído a ningún Weber. El equivalente español de la gran sociología histórica clásica no existe, como no existe tampoco un equivalente cercano a lo que en los años veinte y

treinta se llamó historia económica y social. Y puesto que no trataba de hacer, una vez más, la introducción a la historia de una carencia, he preferido no tocar el asunto.

De los resultados del encuentro entre historiadores y científicos sociales se ofrecen nada más que los principales o los que, por razones lingüísticas, me lo parecen: no hay incursiones en la pujante nueva historia social alemana o en la variedad de la historia cultural italiana. Una introducción, por lo demás, no puede tocarlo todo, aunque de ella se puede esperar que ayude a colocar incluso lo que no se ha tratado en el sitio correspondiente. Así, no se han seguido, porque modificaría el carácter de esta obra, los caminos recorridos por distintas ramas de la historia social que han adquirido en las últimas décadas una gran autonomía, como puedan ser la demografía o la antropología históricas. En resumen, lo que este libro intenta es simplemente introducir, manteniendo el norte, en ese bosque «creativo y desordenado» a que ha dado lugar el tráfico de doble dirección que hace años pedía Edward Carr. Para conseguirlo, se inicia el recorrido en el punto en que irrumpe, contra la historia hermenéutica, la historia económica y social y se sigue luego a cada una de ellas, por separado, en su intento de alcanzar una identidad propia como historia económica e historia social, estudiada ésta en sus variantes más significativas. Se reemprende luego el viaje en sentido inverso, de la sociología a la historia, para vislumbrar las diversidades de la sociología histórica y acabar propugnando una mera división de trabajo en el empeño común a ambas disciplinas de conocer, comprender y explicar el pasado.

1. CONTRA HISTORIA HERMENEUTICA, HISTORIA ECONOMICA Y SOCIAL

La propuesta de Carr implicaba, ante todo, la existencia de fronteras entre historia y sociología, o más ampliamente entre historia y ciencia social, lo que no ha sido siempre la relación característica de ambas. En sus orígenes, la ciencia social combinó un explícito interés por la construcción de teorías de alcance general con el estudio de la concreta historia de la sociedad. Desde los precursores franceses y escoceses de la ciencia social, es decir, desde que apareció en la década de 1750 la teoría de los cuatro estadios [1], hasta Max Weber y la formulación de la teoría de la singularidad del capitalismo moderno, racional y occidental, la ciencia social ha concebido las sociedades como totalidades históricas, como relaciones estructuradas y cambiantes en el tiempo y en el espacio. Pero ya desde principios del siglo XIX había crecido pujante, también en Alemania, una nueva concepción científica de la historia que atacó en su núcleo central —el postulado de una ley de desarrollo natural— el fundamento de las grandes construcciones sociohistóricas de la Ilustración y de sus herederos posrevolucionarios. Como resultado de este proceso, se produjo un avance sustancial en el uso crítico de las fuentes y en su utilización para la construcción de una elegante narrativa. A la par que se reivindicaba para la historia un estatuto científico, al que en adelante nadie querrá renunciar, se le atribuía un nuevo objeto y una más depurada metodología, desgajándola así del anterior tronco común ilustrado de la filosofía histórica o de la historia filosófica que los ingleses llamaban conjetural. Es lo que Iggers ha denominado muy razonablemente concepción hermenéutica de la historia en cuanto 'ciencia social histórica' para distinguirla de la concepción nomológica y de la materialista dialéctica [2].

En la reacción alemana contra la visión histórica heredada de la Ilustración se ha visto una consecuencia del efecto producido entre sus intelectuales por los acontecimientos políticos iniciados con la Revolución Francesa, que se prolongan y cierran con la posterior ocupación y final

[1] R. L. Meek, *Los orígenes de la ciencia social. La teoría de los cuatro estadios*, Madrid, 1981, pp. 68-128.

[2] Que son las tres grandes concepciones de la historia que G. G. Iggers distingue en *New directions in European historiography*, Londres, 1975, p. 33.

derrota de los ejércitos napoleónicos[3]. Fue en Alemania donde el desencanto provocado por los resultados de la Revolución y la presencia de un ejército extranjero transformó radicalmente la visión histórica ilustrada por una nueva perspectiva en la que está ausente la creencia en la ley natural y la fe en valores políticos de aplicación universal. El historicismo, que Meinecke definirá como la segunda gran aportación del espíritu alemán después de la Reforma[4], afirmó frente a las leyes naturales, que regirían una historia universal de progreso acumulativo, la identidad individual de cada una de las naciones y el nuevo papel del Estado, al que acabó por identificar con el pueblo y con la nación.

El triunfo de este movimiento en Alemania tuvo decisivas consecuencias, también fuera de ella, para la concepción y la práctica de la historia. Por una parte, al postular la diferencia radical entre los fenómenos de la naturaleza y de la historia, el historicismo liberó a la historia del dominio de la ley natural y la consagró como única vía para entender todos los fenómenos humanos, reductibles en último término a su peculiar historia. Por otra, al definir el territorio de la historia como el de lo único e irrepetible, frente a lo general y recurrente que caracterizaría al de la naturaleza, el historicismo liquidó la visión de una naturaleza humana susceptible de ser científicamente conocida por medio de conceptos de validez general. Al definir lo histórico como lo individual dotado de volición y sentido, el historicismo rechazó la posibilidad de acceder a su conocimiento por medio de conceptos y generalizaciones y redujo considerablemente la amplia problemática social y cultural de la Ilustración para situar en su lugar los acontecimientos políticos, diplomáticos y religiosos que habían configurado a los grandes Estados nacionales como individuos históricos diferenciados. El objeto de la ciencia histórica fue el nacimiento y afirmación de esos Estados, los conflictos abiertos entre ellos y las personalidades poderosas que habían dejado en ellos su impronta.

La definición del terreno propio de la historia como el del conocimiento de hechos individuales por medio de su comprensión empática —una historia no sometida a leyes generales y libre por completo de conceptos de validez universal— además de constituir un nuevo objeto histórico —el Estado nacional— sirvió como fundamento de una metodología específica, propia de la ciencia histórica. Había, ante todo, que establecer los hechos ocurridos en el pasado, lo que exigía la búsqueda de las fuentes que pudieran demostrar que los hechos realmente ocurrieron. La preocupación, estrictamente científica, por establecer los hechos, dio un fuerte impulso a la crítica textual y a la hermenéutica entendida como arte de la interpretación de los documentos. Por otra parte, y al tratarse de hechos humanos, el historicismo postulaba la necesidad de entenderlos en su

[3] G. G. Iggers, *The German conception of history*, Middletown, Co., 1983, p. 40.
[4] F. Meinecke, *El historicismo y su génesis*, Madrid, 1983, p. 12.

significado individual e irrepetible, lo que exigía además del desarrollo de la hermenéutica cierta capacidad artística: el historiador no debía sólo documentar el hecho sino entender su significado y ser capaz de transmitirlo. La obra histórica se equiparaba de esta forma a cualquier otra obra artística, capaz de provocar emociones y sentimientos. En su elogio de Ranke, Meinecke resaltará precisamente «la especial musicalidad» de su lenguaje y su capacidad para enlazar estrecha y orgánicamente la narración y la visión elevada y de conjunto [5].

Elegante narración: tal era el resultado final de la obra histórica. La concentración en asuntos políticos y en personajes poderosos, en el Estado y las relaciones entre las potencias, y la documentación de los hechos por medio de la crítica textual, convirtió a la historia científica en historia narrativa con una lógica explicativa limitada a la descripción de las acciones y los intereses o sentimientos individuales. «Dominio de lo descriptivo», como la definiría Braudel [6], esta historia se valió del relato de hechos cronológicamente engarzados como medio preferido para transmitir la comprensión del sentido alcanzado por el historiador tras su documentación y su crítica textual. Naturalmente, por debajo de esa narración subyace la teoría de que la historia la hacen los individuos, especialmente los situados en posiciones de poder.

En resumen, determinada por su objeto —lo político— y por su método —crítica de textos escritos—, la historia científica se convirtió en el cuidado relato de los hechos acontecidos a personajes políticos o con poder social y a los grandes Estados y naciones, concebidos como personas individuales u organismos dotados de espíritu, capaces también de volición y sentido. Fue, en definitiva, una historia política, positiva, individualista, narrativa y cuya finalidad, como ha señalado Iggers, consistió en proporcionar un argumento poderoso contra el cambio revolucionario y a favor del crecimiento gradual dentro de las estructuras establecidas: una historia para la educación de los funcionarios públicos y de la clase política [7].

Tal era la más significativa herencia que a finales del siglo XIX había dejado la concepción científica o «rankeana» de la historia: una indagación centrada en el hallazgo de documentos escritos, en la crítica textual, en el establecimiento de hechos y en su pura reconstrucción cronológica. Pero el momento de su triunfo fue también el comienzo de su declive, abrumada por el ataque general procedente de frentes diversos contra sus presupuestos teóricos y sus resultados prácticos. A principios de siglo, esta forma de historia científica se aparecía ya a no pocos historiadores como una vieja historia y por todas partes surgieron voces proclamando la

[5] «Apéndice. Leopoldo von Ranke», en ob. cit., p. 498.
[6] F. Braudel, «Pour ou contre une politologie scientifique», *Annales: ESC*, 18 (1963), p. 119.
[7] *New directions*, p. 19.

necesidad de construir una historia nueva. Entre las primeras, tuvieron especial relevancia las procedentes de los propios historiadores —lo que debe poner en entredicho la afirmación de que a partir de cierto momento historiadores y científicos sociales se volvieron de espaldas e iniciaron un diálogo de sordos. Turner, Robinson y Beard, los llamados «historiadores progresistas», proclamaron desde principios de siglo la necesidad de construir una «new history» que no se limitara a los asuntos políticos y a las relaciones entre Estados sino que atendiera a las cuestiones sociales y culturales. El cambio de objeto entrañaba una crítica al método y a sus supuestos teóricos: la historia debía concebirse como una ciencia social y por consiguiente tenía que formular hipótesis y buscar regularidades utilizando el método comparado.

Si esto fue así dentro de la propia historiografía, la sociología, mientras tanto, había pretendido establecer sobre nuevas bases su relación con la historia. Todos los escritos de Weber «están saturados de material histórico» y a él se debe el primer empeño de fundar una «ciencia social histórica»[8]. En este sentido, se ha podido afirmar con razón que «la obra histórica más modélica de nuestro siglo es la de Max Weber», pues una historia que supere las tres limitaciones que ha terminado por imponerse a sí misma —la contraposición entre lo contemporáneo y lo pasado, la convención del *continuum* y la óptica del acontecimiento— lo que hace es realizar la verdad de la sociología[9]. Durkheim, por su parte, debido tal vez a lo que Steven Lukes define como «carácter radical e incluso subversivo de su imperialismo sociológico», era un convencido de que la historia y la sociología «estaban destinadas a estrechar sus lazos cada vez más y que vendría el día en que el enfoque histórico y el enfoque sociológico no tendrían ya sino diferencias de matices»[10]. Si a algunos historiadores comenzaban a cansarles los resultados de la concepción alemana de la historia, a no pocos sociólogos les parecía superflua y puramente anecdótica mucha de la documentación acumulada para establecer hechos irrelevantes.

Fueron precisamente sociólogos, filósofos y geógrafos quienes emprendieron con resultados definitivos el lento trabajo de destrucción de las fronteras tan vigorosamente construidas por lo que Braudel ha denominado la gran historiografía alemana del siglo XIX. En modo alguno parece que pueda reducirse «al campo mismo de la historia académica» la procedencia de todos aquellos que «lucharían para sacar a la disciplina en que trabajaban de este empantanamiento»[11]. Paul Vidal de la Blanche y sus *Annales de Geographie*, fundados en 1891; Emile Durkheim con *L'Année*

[8] W. Mommsen, *Max Weber: Sociedad, política e historia*, Buenos Aires, 1981, pp. 213 y 245.

[9] P. Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, 1984, pp. 195-7.

[10] Según cita de S. Lukes, *Durkheim. Su vida y su obra*, Madrid, 1984, p. 400.

[11] Como asegura, sin embargo, J. Fontana en «Ascens i decadencia de l'Escola dels 'Annales'», *Recerques*, 4 (1974), p. 283.

Sociologique, fundado en 1896-98 y, en fin, Henri Berr y la *Revue de Synthèse Historique,* creada en 1900, constituyeron no sólo antecedentes inmediatos del ataque emprendido por un grupo de historiadores franceses a la historia política y narrativa, sino el caldo intelectual en el que esos historiadores se formaron y comenzaron a producir sus primeros trabajos [12]. Los *Annales d'Histoire Economique et Sociale,* fundados por Marc Bloch y Lucien Febvre en 1929, y el mismo concepto de historia económica y social como alternativa a la historia política, resultarían incomprensibles si previamente otros científicos sociales no hubieran echado las bases para facilitar un tránsito fluido por las fronteras entre la historia y las ciencias sociales que el historicismo había levantado. Es significativo que en la lección inaugural pronunciada en el Colegio de Francia el 1 de diciembre de 1950, Braudel haya destacado como obras más fecundas y capitales para la historia las de Vidal de la Blanche, Simiand, Mauss y Gurvitch [13].

Pues, en efecto, si Durkheim había abogado ya desde *L'Anne Sociologique* por un estrechamiento de lazos entre sociología e historia, sería un joven durkheimiano, François Simiand, quien propondría desde la *Revue de Synthèse Historique,* pocos años después, la sustitución «de una práctica empírica, mal razonada, por un método reflejo y verdaderamente crítico» [14] y emprendería, polemizando con Seignobos y Langlois, una crítica global de la historia que él llamaba «historizante», y que nosotros «hemos adquirido la costumbre de llamar positivista» [15]. Seguramente, no todos estarán de acuerdo en definir el modelo con este concepto ni la empresa de su crítico como un ataque al positivismo, pues por una parte los creadores de esta historia pretendían liquidar la concepción científico/positivista de la sociología francesa y sus supuestos teóricos y metodológicos: en lugar de una ciencia positiva que buscara leyes universales al modo de las que regían las ciencias de la naturaleza, defendían una ciencia del espíritu basada en la acumulación de información sobre fenómenos individuales pero también en la capacidad para interpretarla y poder así

[12] F. Braudel, «Foreword», en T. Stoianovich, *French historical method: The Annales paradigm,* Ithaca, 1976, p. 11. O, como asegura J. Le Goff, «Vidal de la Blanche, François Simiand y Emile Durkheim fueron, conscientemente o no, los abuelos de esta nueva historia», en «Is politics still the backbone of history?», en F. Gilbert y S. R. Graubard (comps.), *Historical studies today,* Nueva York, 1972, p. 340.

[13] «Las responsabilidades de la historia», en *La historia y las ciencias sociales,* Madrid, 1970, pp. 38 y 39.

[14] F. Simiand, «Méthode historique et science sociale», *Revue de Synthèse Historique,* 1903, reproducido en 1960 por *Annales ESC* y cit. por J. Bouvier, «Feu Francois Simiand?, *Annales ESC,* 28 (1973), p. 1174. Charles Seignobos y Charles-Victor Langlois habían publicado en 1898 una breve *Introduction aux études historiques,* que conoció un rápido éxito entre los estudiantes de historia.

[15] J. Revel, «Histoire et sciences sociales. Les paradigmes des Annales», *Annales ESC,* 34 (1979), p. 1363.

comprenderla; y, por otra, los sociólogos durkheimianos estaban lejos de renegar del positivismo. Bien está llamarla como Simiand quería —historizante— o mejor tal vez, y a pesar de las evidentes distancias entre los historiadores «científicos» franceses y los alemanes, historia hermenéutica.

Pues calificándola de positivista no se entiende cabalmente la reacción provocada en quienes aprendieron historia leyendo precisamente a historiadores alemanes. Lo que desencadena el gran ataque contra la historia hermenéutica no es, no podría ser, su rigor a la hora de acumular información; tampoco la crítica textual, ni desde luego el objetivo de la comprensión de los fenómenos históricos. Investigación de fuentes, crítica de documentos y comprensión de sentido como elementos de una actividad científica serán las tres herencias que la historiografía alemana dejará a todas las demás, incluso a sus críticos. «Ciencia de los hombres en el tiempo» [16], definirá Bloch a la historia; «estudio científicamente elaborado de las diversas actividades y de las diversas creaciones de los hombres de otros tiempos», prefiere definirla Febvre [17] y, más allá de esa época y en otro espacio cultural, los historiadores marxistas británicos añadirán al título de su más representativa creación, *Past and Present*, el subtítulo *Journal of scientific history*. Después del historicismo, todos pretenden hacer historia «científica» y nadie, hasta fechas recientes, se aventura a negar el estatuto científico de la historia: la diferencia con la hermenéutica o la historizante no consiste en abominar del método científico sino en investigar, criticar y comprender el pasado, pero no ya exclusiva ni preferentemente la política, el Estado o las relaciones diplomáticas, sino lo que Bloch y Febvre llamarían todo el hombre. Tal es precisamente la novedad más radical en la que insistirán combativamente los fundadores de *Annales*. Y a partir de ese nuevo objeto de la ciencia histórica es como aparecerán las insuficiencias del método alemán.

Pues al ampliar tan decisivamente el campo de la historia se está poniendo ya en tela de juicio la ingenua pretensión de que la historia no elige sus hechos, que simplemente los documenta y los ordena. Al no plantearse ningún problema previo, ninguna hipótesis que necesitara ser validada o desechada, la historia hermenéutica daba por supuesto que los hechos eran simples datos con un sentido propio que únicamente era preciso revelar por medio de la comprensión. Simiand reprochaba a esa historia haber caído en la adoración de los tres ídolos de lo político, lo individual y lo cronológico. Era preciso destruir esos ídolos para plantear verdaderos problemas científicos, esto es, para formular hipótesis y construir los hechos que, integrados en un conjunto superior, permitieran encontrar regularidades.

---

[16] En su célebre *Apologie*, titulada aquí impropiamente *Introducción a la historia*, Madrid, 1980, p. 26.

[17] *Combates por la historia*, Barcelona, 1970, p. 40.

La nueva historia científica no podía limitarse, por tanto, a establecer hechos cuyo sentido era dado y simplemente comprendido; tenía que dirigir preguntas y utilizar modelos en los que cada hecho recibiera su sentido a partir de la relación que el investigador —dotado de conceptos y teorías— estableciera con todos los demás y con su propio presente. La concepción de la historia/problema, que los fundadores de *Annales* erigirán como uno de los principales distintivos de su hacer histórico, consiste precisamente en preguntarse por el pasado a partir de hechos y experiencias contemporáneas y en suponer que existe una conciencia que piensa y valora la realidad. Esta concepción, que es propia de una ciencia social que rompe en este punto con el positivismo y que Weber teorizó con singular fuerza [18], transforma radicalmente el trabajo del historiador: el objeto de la ciencia histórica no vendrá dado por las fuentes sino que tendrá que ser «construido por el historiador a partir de las solicitaciones del presente» [19].

La amplitud del objeto y el cambio de perspectiva científica afectaron irremediablemente a la subyacente filosofía de la historia y a la finalidad subjetiva del trabajo del historiador. La filosofía descansaba en lo que Febvre denominó «la amplia y suave almohada del evolucionismo». La historia parecía sentirse a gusto en la corriente de este pensamiento social, en ese paradigma «developmental» en el que estaban inmersos por igual los historiadores teoréticos o conjeturales de la Ilustración, con su postulado de una ley de desarrollo universal, y los historiadores críticos y científicos del historicismo con su reivindicación del desarrollo individual en una época de formación de los Estados nacionales. Y por lo que se refería a su finalidad, esa historia no era más que «deificación del presente con ayuda del pasado» [20]: era, en la versión ilustrada, la historia del progreso desde los estadios primitivos a la civilización y, en la historicista, de la constitución del Estado y de la nación como sujeto individual.

Retomando los argumentos de Simiand contra Seignobos, los nuevos historiadores denunciaron en el mismo tono rudo y agresivo cada una de estas características de la vieja historia. La ingenuidad positivista que supone la existencia de hechos objetivos a la espera de un historiador que los recopile, ordene y narre, se sustituyó por una práctica cuya primera tarea consistía en dirigir o formular preguntas, en plantear problemas, en abrir un cuestionario a la realidad con objeto no sólo de descubrirla, sino de crearla. Un historiador que no plantee problemas o que, planteándolos,

[18] Para percibir hasta donde había avanzado la sociología en la interpretación económica de la historia y en la definición de lo social, véase Max Weber «La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales», en Max Weber, *La acción social: ensayos metodológicos*, Barcelona, 1984, pp. 112-190.

[19] A. Burguiere, «Annales», en A. Burguiere, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 51.

[20] L. Febvre, ob. cit., p. 23. Para el paradigma «developmental», T. Stoainovich, ob. cit., p. 32.

no formule hipótesis está atrasado respecto al último de nuestros campesinos, escribe Febvre[21].

Este cambio de perspectiva implica, ante todo, que el historiador debe proceder a una elaboración conceptual explícita para resolver los problemas previamente planteados y que se refieren no ya a los hechos de que queda testimonio escrito en algunos textos, sino a la totalidad de la experiencia humana. Para alcanzar esa experiencia debe, ante todo, ampliar sus fuentes, no limitarse a los documentos escritos, sino llevar su mirada hasta todos los artefactos de que se ha servido el hombre, desde el lenguaje a las técnicas de producción, desde los signos hasta los utensilios, desde el medio físico a las creencias colectivas.

Pero —y este es el punto de mayor interés para nuestro propósito— esa totalidad de la experiencia humana que la historia debe establecer como su objeto propio no se deja captar si el historiador no entra en diálogo con el resto de las ciencias sociales. La iniciativa que toma el historiador, al construir su objeto sin limitarse pasivamente a tomarlo por dado, le obliga a integrar cada hecho en un análisis de estructuras económicas, sociales, lingüísticas, culturales, psicológicas, en las que adquiere su significado. La empresa historiográfica que aparece en Francia durante los años veinte se alimentará por tanto de conceptos, métodos e hipótesis procedentes del resto de las ciencias sociales sin exclusión. Bloch y Febvre comenzaron su tarea con una llamada a la destrucción de todos los muros, a la apertura de todas las fronteras entre la historia y la ciencia sociales, y propusieron lo que F. Dosse ha denominado «un pacto de fraternización» a las otras ciencias humanas[22]. El pacto —en el que Dosse ve, probablemente por influjo de Burguiere para quien «todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder»[23], los primeros peldaños para subir hasta el poder— tiene como objetivo asegurar el triunfo en el combate emprendido contra la vieja escuela historizante. Pero, sin incurrir tampoco en la mitología inversa que tiene a Bloch y Febvre como figuras marginales al poder académico, quizá no habría que ver en esta llamada más que la formulación explícita de lo que era ya práctica habitual en el llamado «medio estrasburgués» de principios de siglo y en aquellas reuniones de los sábados a las que asistían geógrafos, sociólogos, psicólogos, juristas y profesores de historia.

Los fundadores de *Annales* impulsaron, en efecto, un primer y duradero pacto con la geografía y su atención al medio físico, al clima, a la tierra. Fraternizaron además con la psicología social y su preocupación por los comportamientos colectivos y por el estudio de las mentalidades. No

---

[21] *Combates*, p. 44.

[22] F. Dosse, *L'histoire en miettes. Des 'Annales' a la 'nouvelle histoire'*, París, 1987, p. 51 (hay trad. cast., *La historia en migajas*, Valencia, 1988).

[23] Burguiere, «Histoire d'une histoire: La naissance des Annales», *l.c.*, p. 1353.

fue menor la importancia que concedieron a la sociología, y a su acento en lo colectivo sobre lo individual, a la estructura sobre la acción; o, en fin, a la lingüística y su repercusión en los sistemas estructurados de pensamiento. En cada uno de estos terrenos, los historiadores de Estrasburgo tuvieron maestros a los que acudir y de los que tomar conceptos: Henri Berr y su permanente llamada a la interdisciplinariedad; Paul Vidal de la Blanche, maestro reconocido por la importancia que concedía al medio físico en la configuración de las sociedades; Lévy-Bruhl, con el acento en las estructuras pautadas del pensamiento, las mentalidades; Durkheim y sus jóvenes discípulos, por establecer la primacía de lo social y colectivo sobre la conciencia y los agentes individuales.

Sea lo que fuere de las intenciones que animaron a los dos historiadores al proponer el pacto de fraternización con el resto de las ciencias humanas, lo que nos interesa destacar en el actual contexto es que la opción por lo «social» para definir el tipo de historia que pretendían impulsar obedeció precisamente a su primera y evidente indeterminación, muy adecuada al propósito de no señalar límites ni levantar fronteras entre la historia y las ciencias sociales. «Una palabra tan vaga como social parecía haber sido creada para servir de enseña a una revista que pretendía no rodearse de murallas», escribieron Bloch y Febvre en la presentación de la nueva revista a sus lectores[24].

Ciertamente, la elección de la voz 'social' —que, como escribía Weber, parece tener un sentido muy general pero que adquiere un significado muy especial y específico tan pronto como su empleo se somete a control[25]— puede relacionarse legítimamente con la metodología propugnada, con el tipo de trabajo que se defiende y con el mismo objeto de estudio, es decir, respectivamente, con la convergencia de todas las ciencias sociales, la encuesta colectiva y la historia de grupos sociales. También, desde luego, con lo que se rechaza, esa historia política por la que Bloch y Febvre sentían verdadera aversión porque la consideraban un expediente ideológico de legitimación del Estado. Pero lo que está claro es que, con ella, los fundadores de *Annales* no proponen una específica área de la historia, una nueva disciplina y ni siquiera una metodología propia. No hay nada de esto en la propuesta de *Annales*, que no puede definirse ni como una escuela ni como una especialidad. Se trata sencillamente de hacer otra clase de historia o de hacer historia de otra manera. En esa manera hay sin duda propuestas teóricas —la historia como problema, la construcción del hecho, la utilización de conceptos— y metodológicas

---

[24] Febvre volverá sobre el mismo asunto en 1941 para asegurar que eligieron lo social por ser «uno de aquellos adjetivos a los que se ha dado tantas significaciones en el transcurso del tiempo que, al final, no quieren decir nada». Pero cuando los recogieron sí quería decir algo, precisamente no rodear de murallas su revista: ob. cit., p. 39.

[25] M. Weber, ob. cit., p. 135.

—trabajo colectivo, convergencia de todas las ciencias humanas— pero no hay ni una teoría de la sociedad o del cambio social ni hay tampoco una metodología peculiar a tal clase de historia: no existe ni un objeto específico ni un solo método perfectamente terminado de la historia social. Es más, Bloch y Febvre se declaran contrarios a tal posibilidad y por eso precisamente definen sus *Annales* como de historia social, un epíteto que sólo se delimita cuando va seguido de algún predicado especial de contenido.

Además, o antes, que social, esa historia en la que piensan los creadores de *Annales* es económica. Probablemente, con esta designación, Bloch y Febvre no pretendían más que situar su proyecto en el marco de otras iniciativas de la época, caracterizadas todas ellas por el rechazo de lo político como objeto privilegiado de la historia y por orientar la investigación histórica hacia el estudio de las bases socioeconómicas. Iniciativas del mismo tipo existían ya en Inglaterra, donde en 1926 se había fundado la Economic History Society que, desde el año siguiente, publicará la *Economic History Review;* en Polonia, con la publicación desde 1926 de una revista de idéntico título a la francesa, *Dziejow Spolecznych i Gospodarczych*[26]; en Alemania, donde se publicaba desde 1893 la primera revista de historia económica y social —*Vierteljahrschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*— de la que Bloch y Febvre toman no sólo el título, sino la inspiración[27]: lo que pretendían con *Annales* era hacer en Francia algo similar a lo que *Vierteljahschrift* representaba en Alemania. Sin olvidar, naturalmente, a Bélgica donde Henri Pirenne publicará por aquellos años su inmediatamente clásica *Historia económica y social de la Edad Media*, ni a la misma Francia, donde existía desde 1913 la *Revue de Histoire Economique et Sociale*, y donde Emile Levasseur había publicado ya una extensa obra sobre historia de la clase obrera y Henri Hauser era titular de la primera cátedra de historia económica desde 1927. Lo económico/social se impone con idéntica naturalidad que la crisis del historicismo en el clima intelectual europeo de los años treinta, y Bloch y Febvre no hacen, a este respecto, más que integrarse en una corriente que les precede y les desborda.

Si detrás de lo social hay únicamente el deseo de no construir muros que impidan el contacto entre la historia y las ciencias sociales, que positivamente plasma en el impulso ecuménico o federador, detrás de lo económico-y-social puede percibirse algo más y distinto a la mera aversión a lo político: es el camino obligado para construir una historia total. El

[26] G. G. Iggers, «The transformation of historical studies in historical perspective», en G. G. Iggers y H. T. Parker (comps.), *International handbook of historical studies*, Londres, 1979. p. 5.

[27] Sobre el importante influjo que geógrafos e historiadores alemanes tuvieron en la formación del pensamiento de Bloch hay una reciente y vigorosa llamada de atención en el prefacio de Pierre Toubert a la nueva edición de *Les caracteres originaux de l'histoire rurale française*, París, 1988.

epíteto de social, colocado ritualmente junto al de económico, nos recuerda, dirá Febvre, en circunstancias bien distintas a las de la creación de la revista, que «el objeto de nuestros estudios no es un fragmento de lo real». Tal es el alcance de los dos epítetos cuando van juntos: en su misma amplitud no quieren decir nada, hasta el punto de que el mismo Febvre dirá que la historia económica y social no existe; que, hablando con propiedad, no hay historia económica y social. Puede verse tal vez en estas palabras el giro de un renegado, pero quizá se entenderían mejor si se viera en ellas una convicción extendida de una época en la que la historia social no había constituido objetos específicos y la historia económica no había salido aún de lo que se ha llamado su etapa pre-serial. Esa convicción es que la historia, que es todavía una, debe abarcar todo. Para decir eso, cuando a esa convicción se ha llegado en polémica con la historia política e individual y lanzando puentes hacia las ciencias sociales, no hay más alternativa que calificar a la empresa como historia económica y social.

Historia económica y social designa, pues, en los años treinta una empresa caracterizada por todo aquello que ha constituido la crítica de la historia científica de la escuela alemana: conceder el primado de la investigación historiográfica a la formulación de problemas; elaborar conceptos e hipótesis que permitan construir los hechos; comprender el hecho aislado en la totalidad que lo constituye y no en el orden cronológico en que se produce; mantener un diálogo continuo con todas las ciencias del hombre; elaborar encuestas y formular cuestionarios que permitan recoger información relativa a todos los aspectos de la vida humana; privilegiar el estudio de los grupos sociales sobre los individuos; atender a los elementos constitutivos de la base económica y social.

Eso es todo lo que parece definir la historia económica y social. Naturalmente, eso mismo es lo que señala los límites que no la definen, es decir, lo que esta historia no es o no implica. No hay en ella, como en el materialismo histórico, una teoría de la sociedad y, menos aún, de la historia. Historia económica y social no es marxismo, como no es tampoco lo que Weber denomina «interpretación económica de la historia». Probablemente, y si se cree al Febvre de 1941, hay en esa fórmula un residuo o una herencia de las discusiones en torno al materialismo histórico, pero el mismo hecho de añadir social a económico indica bien que esta historia no se construye en torno a un modelo fijo, acabado, de determinación. Reacios a cualquier construcción teórica, tampoco se significaron los fundadores de *Annales* por definir un modelo teórico/metodológico. Ni teoría acabada ni metodología específica, los primeros *Annales* se caracterizarán por un positivismo o, si se prefiere, empirismo —es decir por la búsqueda de toda posible información— que se sitúa al servicio de una ambición globalizadora. Y eso, y nada más, pero tampoco nada menos que eso, fue en su origen la historia económica y social.

Nada menos, porque a ese impulso se deberán obras clásicas de la producción historiográfica. He mencionado ya la obra de Pirenne, que se lee hoy con idéntico placer que cuando fue escrita, pero si hubiera que elegir una obra representativa, es *La sociedad feudal,* de Marc Bloch, la que se impone con todo derecho. No hay más que abrirla para percibir lo que los fundadores de *Annales* tenían en mente cuando, frente a la historia historizante, proponían aquella otra forma de hacer historia a la que denominaron económica y social y que, en sustancia, trataba de descubrir y analizar las relaciones estructurales que ligaban la sociedad, la economía, la política, la tecnología y la psicología.

2. CONSOLIDACION Y AUTONOMIA DE LA HISTORIA ECONOMICA

De manera que «historia económica y social», queriendo abarcar todo —todo el hombre, toda la vida, toda la sociedad— resultó ser más una forma de mirar al pasado, una sensibilidad, que una teoría o una metodología de esa mirada, una disciplina o una escuela. El contenido del concepto no se dejaba ceñir en una fórmula: no había algo que pudiera definirse estrictamente historia económica y social. No es sorprendente por tanto que su éxito como concepto, que podría delimitar un específico campo de investigación historiográfico, fuese temporal, aunque se haya mantenido su prestigio para designar obras de síntesis. Escasean en el actual mercado de revistas históricas las que llevan en su título el doble concepto de económica y social, mientras que a partir de la década de 1960 han proliferado, sin embargo, las tituladas historia económica o las que se llaman historia social. Curiosamente, no es fácil encontrar hoy los dos adjetivos unidos en publicaciones científicas mientras quedan, sin embargo, como títulos de manuales o de libros de alta divulgación histórica. Se diría que el concepto económica y social no delimita ningún campo específico de investigación, sino que se mantiene, como en su origen, como un ámbito de síntesis histórica[1]. La investigación, por su parte, a la vez que se multiplicaba, se ha especializado hasta el punto de producir hornadas enteras de historiadores económicos y no menor muchedumbre de historiadores sociales, pero a muy pocos se les tomaría en serio si se atrevieran a presentarse como historiadores económicos y sociales: no son ya los tiempos de Pirenne.

En el origen de este fenómeno puede verse un efecto de la expansión y simultánea especialización de las ciencias sociales —históricas o no— de las décadas de 1960 y 1970, acompañada de la multiplicación de cursos, seminarios, departamentos y publicaciones cuya oferta debía buscar su propia diferencia para progresar en un mercado en continua expansión. Pero, por otra parte, podría verse también el inevitable resultado del mismo principio que está en el origen de la denominación 'historia

[1] Por ejemplo, C. P. Hill, *British economic and social history, 1700-1982;* T. May, *An economic and social history of Britain, 1760-1970,* o para España la conocida *Historia social y económica de España y América,* dirigida por J. Vicens Vives.

económica y social'. Pues si tal historia no ha delimitado un específico campo de investigación, sí había señalado una dirección al trabajo histórico y planteado la exigencia de una relación con todas las disciplinas que pudieran auxiliar al historiador en su empeño de comprender la totalidad, de hacer o aspirar a hacer una historia total. Bajo la denominación económica y social, la historia estaba condenada, por su propia dinámica, a reforzar los lazos con disciplinas que, ellas sí, encontraron cada vez más definido el objeto de su práctica. Los adjetivos que llevaba sobre sus hombros tendieron a convertirse en sustantivos —en economía y teoría social— y el sustantivo historia no tuvo más remedio que optar por alguno de ellos, aunque en tal opción su originaria unidad sufriera algún desgarro, e incluso una escisión definitiva.

El primero de esos desgarros, y probablemente el determinante de todos los demás, fue el provocado por la economía. Y es lógico que así fuese, pues ya desde su origen la historia económica había sido asunto de economistas que buscaban en la historia una ilustración tal vez, o quizá hasta una prueba, una demostración, de sus propias teorías. Este origen diferenciado de la historia económica como presencia de economistas equipados de teoría para abordar cuestiones históricas llenó desde muy pronto a esta práctica historiográfica de contenido teórico. Los economistas de la escuela histórica alemana se caracterizaron, en efecto, por ofrecer interpretaciones del proceso económico utilizando conceptos teóricos que definían cada una de sus etapas con objeto de aplicarles leyes específicas de funcionamiento. Hay sin duda un claro influjo de algunos supuestos del historicismo en los conceptos de economía natural, monetaria y de crédito de un Hildebrand; en los de economía aldeana, urbana, territorial, nacional y mundial de Schmoller, o en la periodización de Bucher en fases de economía familiar, local o nacional. Pero hay también, frente al historicismo, la utilización de conceptos abstractos para comprender los procesos propios a cada una de las etapas en que estos economistas históricos percibían el proceso de evolución económica.

Por tanto, y ya desde su origen, la historia de la historia económica es la de las relaciones entre historia y teoría económica y, complementariamente, entre historiadores y economistas. En ese sentido, se podría decir que la historia económica ha sido siempre «una ciencia esquizoide» o que no es una novedad de nuestro tiempo que se encuentre en «una encrucijada» o en la peligrosa situación de navegar a la deriva entre las dos costas[2]. En realidad, la celebérrima batalla sobre el método quedó zanjada desde el momento, ya lejano, en que los historiadores percibieron que la sola elección de hechos implicaba una teoría, y los economistas que la

[2] La primera metáfora es de G. Tortella en «Prólogo» a P. Temin (comp.), *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas*, Madrid, 1984, p. 13. La segunda imagen es del propio Temin en «El futuro de la nueva historia económica», *ibid.*, p. 477.

teoría debía en último término dar cuenta de hechos. Pero si no se trata ya de establecer un combate entre teoría e historia, es evidente que el resultado de la investigación no ofrece las mismas características, ni levanta idénticas críticas, cuando procede de un historiador que cuando lo realiza un economista. Si quienes toman la iniciativa de emprender trabajos de historia económica son economistas —que lógicamente harán uso abundante de teoría y de modelos abstractos—, los historiadores criticarán sus lagunas de conocimientos empíricos, su tendencia a la simplificación y al esquematismo, su proclividad a reducir los datos de la realidad a las exigencias de la teoría; si quienes toman la iniciativa son historiadores, entonces los economistas no dejarán de señalar sus lagunas teóricas o la pura y simple carencia de verdadera teoría, el contenido puramente empírico de sus investigaciones, la distancia que separa la acumulación de datos del estatuto de una verdadera ciencia. Hay períodos en que escuelas enteras de historiadores económicos viven de espaldas a escuelas de economistas historiadores o viceversa. Ambas situaciones se han conocido después de la segunda guerra cuando la historia económica producida por historiadores fue prácticamente ignorada por los economistas y, luego, a partir de los años sesenta, cuando la realizada por teóricos economistas provocó la irritación primero, el despego después, de los historiadores, abrumados por fórmulas y modelos.

Pero no hay que adelantar acontecimientos, pues situaciones similares se produjeron también desde finales del siglo XIX hasta la segunda guerra. Aunque el juicio de John Habakkuk pueda parecer algo esquemático —los economistas eran muy pocos en esa época y disponían de muy escaso tiempo para ocuparse de historia con alguna intención distinta a la de ilustrar sus propias teorías [3]— parece cierto que tras la utilización por la economía política clásica de modelos de desarrollo, los economistas de las primeras décadas de nuestro siglo limitaron sus estudios históricos a los ciclos económicos, el comercio internacional y el dinero. Sin embargo, aun limitado a esos temas centrales, el interés por la historia a partir de la teoría determinó la aparición de un amplio campo de investigación sobre precios, salarios, comercio, dinero y población con objeto de proceder a comparaciones entre países y establecer la existencia de ciclos económicos en el pasado.

La aparición de esos estudios —bastará recordar los nombres de Keynes, Schumpeter o Kuznets— no podía dejar de afectar al tipo de historia económica que practicaban aquellos historiadores que ya hemos visto reaccionar contra la historia positiva y política. Hijos, como los economistas, de su tiempo, estos historiadores procedieron también a acumular series largas de datos sobre las mismas cuestiones que interesa-

---

[3] J. Habakkuk, «Economic history and economic theory», en F. Gilbert y S. R. Grauband, *Historical studies today*, p. 30.

ban a aquéllos. Y así, aunque a los historiadores les dejaran más bien indiferentes las cuestiones de teoría, quizá porque como los mismos historicistas a quienes criticaban tampoco ellos creían que teorías muy elaboradas fuesen de alguna utilidad para la historia, no pudieron sustraerse al influjo de quienes hacían historia desde la economía aunque pretendieron dar a su trabajo un alcance superior: integrar lo económico en una visión de la totalidad, hacer historia total a partir de una historia económica que consistía en reunir empíricamente —es decir, sin la guía de ninguna teoría económica específica— series de datos sobre fenómenos económicos. Estos historiadores se caracterizaron no tanto por hacer historia económica desde la teoría económica como por intentar integrarla en lo que Topolski denomina teorías generales del proceso histórico y teorías (también generales) de la sociedad[4].

La historia económica hecha por historiadores que pretendían hablar, más allá de la economía, de la sociedad, creció durante la década de 1930 acumulando series infinitas de datos sobre todo aquello que pudiera ser susceptible de contarse. Fue el gran momento de la historia de los precios, lo que quiere decir, por una parte, que, dueños de un método estadístico rudimentario, estos historiadores económicos no se preocuparon sobremanera de modelos teóricos aunque utilizaran conceptos procedentes de la economía política y, por otra, que sus campos de investigación serían aquellos en los que hubieran quedado suficientes datos para construir largas series, o sea, los de la época moderna. Las contabilidades domésticas y mercantiles y las burocracias de Estado con las cuentas de los créditos y endeudamientos permiten reconstruir los movimientos largos de los precios y establecer si, dentro de ellos, suceden ciclos o movimientos cortos. Historia económica es, entonces, la historia de las fluctuaciones de precios de los siglos XVI a XIX de Simiand, la *Esquisse du mouvement des prix et des revenues au XVIII siècle,* de Labrousse; *Guerra y precios en España,* de Hamilton.

Utilizando elementales métodos estadísticos de recogida y ordenación de datos, la tentación de estos historiadores —como sería la de no pocos sociólogos— fue inmediata: acompañar a las de precios todas las series de datos cuantitativos posibles con las que pudiera observarse alguna relación al objeto de establecer lo que Max Weber llamaría generalizaciones empíricas. En la Europa preindustrial, los ciclos largos y los ciclos cortos parecían adaptarse bien a las fluctuaciones de la producción agrícola y a las correlativas crisis de subsistencia, que a su vez aparecían relacionadas con los movimientos demográficos o con los intercambios mercantiles. Se elaboraron así modelos empíricos de ciclos demográficos o de crisis de subsistencia, a la par que se procedió a la periodización de la época

---

[4] J. Topolski, «The role of theory and measurement in economic history», en Iggers y Parker, ob. cit., pp. 43-54.

moderna, con un ciclo expansivo durante el siglo XVI, la larga crisis y decadencia del XVII y la recuperación del XVIII, que daría lugar a uno de los más importantes debates historiográficos de la posguerra.

Hay una evidente línea de continuidad entre esa historia económica que no renuncia a la totalidad y la historia cuantitativa que, también en Francia, se propuso rellenar, para épocas anteriores «y sobre el modelo de nuestras contabilidades nacionales actuales, todas las columnas de un cuadro imaginario de input-output»[5]. Producción, precios, salarios, mercado, población: otros tantos objetos de cuantificación posible que ampliaron el cuadro de la historia económica pero que, a juicio de algunos críticos, la redujeron a econometría retrospectiva, aun en el caso de que intentara introducir la dimensión diacrónica y ordenara sus datos en series que permitieran medir su evolución por intervalos regulares de tiempo[6]. Pero sea historia económica, cuantitativa o serial, algo hay que une, además de la común procedencia, a Labrousse con Vilar, Marczewski, Chaunu: su pasión por los datos independientemente de la teoría económica a la que sirven.

El cuantitativismo y las series de datos propios de las contabilidades nacionales no fueron, sin embargo, una pasión compartida por la totalidad de los historiadores que, sin proceder de la teoría, hicieron historia económica entre 1945 y 1960. Bastará indicar aquí por ahora —pues su lugar más propio es la historia social— que son estos también los años de aparición de lo que se ha llamado «historiadores marxistas británicos». Se trata de un grupo de historiadores que, en posesión de una teoría histórica de la sociedad, abordaron los problemas centrales de la crisis del feudalismo, el desarrollo del capitalismo, las causas de la revolución industrial o su impacto sobre la clase obrera. No se trata en su caso de utilizar métodos analíticos refinados sino de ofrecer interpretaciones globales e interdependientes de una realidad social representada idealmente como totalidad[7]. Es una historia económica más relacionada con una teoría de la historia y de los modos de producción que con una específica metodología de trabajo o con la utilización ecléctica de conceptos procedentes de la economía política. Trataré de ellos más adelante porque su práctica y sus productos desbordan ampliamente el concepto de historia económica, aunque el debate sobre la transición del

---

[5] F. Furet, «Lo cuantitativo en historia», en J. Le Goff y P. Nora (comps.), *Hacer la historia*, Barcelona, 1978, vol. 2, p. 56.

[6] Véanse las consideraciones de P. Vilar sobre la historia cuantitativa de Jean Marczewski y la historia serial de P. Chaunu: «Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores: ¿'historia cuantitativa' o econometría retrospectiva?», en P. Vilar, *Economía, Derecho, Historia*, Barcelona, 1983, pp. 58-78.

[7] Parafraseo aquí la definición que, sin aplicar a ninguna escuela concreta, ofrecen de «los primeros esfuerzos dignos de mención» A. Barceló y Ll. Argemí en «Introducción» a E. J. Neill, *Historia y teoría económica*, Barcelona, 1984, p. 9.

feudalismo al capitalismo alimentado por ellos haya revestido gran importancia para el mismo desarrollo de la historia económica.

Pero el mayor desafío a la historia económica cuantitativa y positivista realizada por los historiadores preferentemente franceses no vendría de sus colegas marxistas británicos, sino de los economistas, que desde el fin de la guerra siguieron sus propias vías en dos oleadas sucesivas: los que se interesaron por cuestiones de crecimiento y los que formaron las huestes de la llamada *new economic history*[8]. Ambas corrientes partían del supuesto de que los estudios de historia económica emprendidos por historiadores en torno a los años treinta no se caracterizaron tanto por su uso de la teoría como por el impresionante trabajo desplegado para acopiar información sobre cuestiones económicas del pasado. Sin despreciar los resultados prácticos de la información así acumulada, los economistas achacaron a esos historiadores su carencia de teoría y su eclecticismo, lo que a su entender ponía en cuestión el resultado científico de sus investigaciones.

Para remediar las carencias, los economistas aplicaron a la historia, en la década de 1950, los conceptos macroeconómicos de contabilidad keynesiana. Es el momento de la historia económica como historia del desarrollo económico: las célebres etapas de crecimiento de Rostow o el atraso relativo de Gerschenkron, cuyos límites aparecerán muy pronto por su misma pretensión de aplicar modelos relativamente sencillos de muy escasos elementos a situaciones muy distantes e incluso a todo el universo. Pero el camino estaba abierto: se trataba de aplicar a una realidad histórica un modelo teórico. No quedaba más que dar un paso: hacerlo de forma sistemática, aplicando modelos más complejos y seleccionando cuidadosamente los temas a debate.

Este es el paso que da la nueva historia económica, sabiendo muy bien lo que se hace, pues se trata en realidad de seguir hasta sus últimas consecuencias un camino abierto desde los primeros economistas historiadores. Lo nuevo de la nueva historia económica hay que buscarlo, según O'Brien, en «la aplicación deliberada y explícita de teoría económica neoclásica a problemas históricos»[9]. Es en lo deliberado y explícito del uso de la teoría donde hay que buscar la novedad, pues el mismo uso era corriente desde los orígenes de la historia económica. Lo que define la nueva corriente es que la relación entre historia y teoría se inclina decisivamente en favor de ésta y, en consecuencia, el historiador económico procederá, ante todo, a construir un modelo que no es únicamente una

[8] P. Tedde, «La historia económica y los economistas», *Papeles de Economía Española,* 20 (1984), pp. 371-4 para los historiadores del crecimiento, y 374-7 para los cliómetras, de donde proceden algunas de las reflexiones que siguen.

[9] P. O'Brien, «Las principales corrientes de la historia económica», *Papeles de Economía Española,* 20 (1980), p. 383.

hipótesis, sino «una serie de relaciones funcionales entre los diversos elementos de que se compone una economía»[10], lo que exige naturalmente definir los conceptos pertinentes al objeto de investigación, obtener los datos cuantitativos y proceder a relacionarlos de forma sistemática entre sí y, finalmente, ofrecer una interpretación de esas relaciones.

Pero como han puesto de manifiesto todos los que se han ocupado de la nueva historia económica, su mayor originalidad no radicó tanto en el uso explícito de teoría y modelos econométricos con objeto de identificar los problemas y conducir el proceso de obtención de datos, sino en la reivindicación, muy combativa, del método deductivo para obtener conclusiones derivadas de la aplicación del modelo allí donde no se contara con información directa. Con las célebres hipótesis contrafactuales, los nuevos historiadores económicos volvían a poner sobre el tapete el viejo debate acerca del estatuto científico de la historia. Es, en otro plano determinado por el propio desarrollo de la teoría económica y de la historia, la reanudación del debate que tuvo lugar a finales del siglo XIX entre quienes sostenían que si la historia se limitaba al método inductivo nunca podría aspirar a ser ciencia y quienes rechazaban la posibilidad de establecer generalizaciones o leyes de validez universal. El debate, como se sabe, ha sido fuente de inagotables discusiones, sobre todo en el campo de la filosofía de la historia.

Pero ya entonces, en el viejo debate sobre el estatuto científico de la historia, no faltaron quienes hicieron ver a los más recalcitrantes inductivistas y positivistas que, por mucho que lo negaran o no quisieran verlo, su razonamiento siempre incluía una deducción y que, puesto que así era, lo mejor sería explicitarlo. En efecto, y como Max Weber recordaba a los historiadores, cuando se formula un juicio de causa, lo que se hace es suponer implícitamente que si el hecho al que se atribuye valor causal no se hubiera producido, el resultado histórico habría sido diferente: nadie puede decir que A es causa o razón de B si no diera por supuesto que, sin A y manteniéndose todo lo demás constante, B nunca se habría producido. Y como resulta que no hay un laboratorio a mano para probar por medios experimentales que efectivamente sin A no se produce B, entonces no queda más alternativa que construir un modelo que permita deducir que cuando A no se da, B tampoco. En definitiva, lo que hacen los nuevos historiadores económicos es explicitar lo que el resto de los historiadores hace de forma implícita. Todo historiador, dice Fogel, utiliza modelos de conducta ya que todo intento de explicar cualquier conducta histórica implica alguna forma de modelo. La opción no consiste, por tanto, en utilizar o no un modelo, sino en que el modelo utilizado sea «implícito, vago, incompleto e internamente inconsistente», como los que atribuye la nueva historia económica a la historia que llama tradicional, o que sea

---

[10] J. Habakkuk, *l.c.*, p. 27.

explícito, con todos los supuestos claramente definidos y formulado de tal manera que pueda ser sometido a una rigurosa verificación empírica. Tal es la característica común de los cliómetras [11].

Afirmar que cualquier explicación histórica que aspire al rango de ciencia exige hipótesis de carácter general o el uso de teorías —que no son más que cuerpos de hipótesis sistemáticamente relacionados— no constituye ninguna novedad [12]. Tal pretensión no habría provocado quizá las convulsiones que han acompañado a la irrupción de la nueva historia económica si las hipótesis y teorías no se hubieran servido en modelos matemáticos cuya comprensión queda fuera de las posibilidades reales de historiadores, acostumbrados a pensar que la estadística se reducía a la fabricación de series y cuadros y a la obtención de correlaciones, y si no se hubieran aplicado a destruir visiones del pasado muy arraigadas y que gozaban de general predicamento. No es lo mismo entender una tabla o un cuadro ni, desde luego, un gráfico —método de representación tan querido a la historia económica de los «annalistes»— que comprender una compleja fórmula matemática, sobre todo cuando en el funcionamiento de la fórmula se hace radicar un argumento que destroza —según afirman quienes las manejan y entienden— las conclusiones obtenidas tras la visión de un gráfico.

En resumen, la nueva historia económica, además de ser original por su sistemática aplicación de modelos econométricos, lo fue por atentar contra tesis muy extendidas, como el impacto del ferrocarril en el desarrollo económico o la racionalidad económica de la esclavitud. La polémica ha venido entonces de la mano de lo que se atacaba más que del método con que se atacaba: no es tanto el contrafactual lo que se pone en discusión sino que el uso del contrafactual —y, por tanto, del método científico— destroce tesis que se tenían por científicamente demostradas, pues su elaboración había sido el laborioso resultado de una acumulación sin precedentes de series de datos. Los nuevos historiadores económicos, además de acumular nueva información, han reinterpretado la historia aplicando sistemáticamente una lógica económica.

Y éste es precisamente el punto que más puede interesar en el contexto de esta exposición, que no es sino el de la constitución de una historia social emancipada de tutelas exteriores. Lógica económica significa en este caso lógica científico/matemática, alejada por consiguiente de lo

---

[11] Para el proceso de imputación causal en Weber, J. Freund, «German sociology in the time of Max Weber», en T. Bottomore y R. Nisbet (comps.), *A history of sociological analysis*, Londres, 1979, pp. 166-174. Para los cliómetras, R. W. Fogel, «'Scientific' history and traditional history», en R. W. Fogel y G. R. Elton, *Which road to the past?*, Yale, 1983, pp. 24-27.

[12] Es obligado remitirse en este punto a Carl G. Hempel que planteó la cuestión con una elegancia insuperable en 1942, «The function of general laws in history», reproducido en P. Gardiner, *Theories of history*, Nueva York, 1959, pp. 344-356, de donde procede la definición de teoría.

que había constituido el centro de las aspiraciones de aquella historia económica y social realizada por la generación de historiadores que recibieron directamente de Bloch y Febvre la consigna de «no dejarse, a ningún precio, encerrar en un universo» e intentaron construir una historia de todo el hombre, una historia de la sociedad como totalidad de elementos interrelacionados. La historia económica delimitó un universo teórico y se sacudió con estos nuevos historiadores el añadido de social en cualquiera de los significados que esta palabra pudiera conservar y, con la palabra, olvidó la pretensión de introducir en sus análisis lo que los británicos llaman «human agency»: no hay agentes sociales en esta historia como no los había por otra parte en la historia cuantitativa. Es, en definitiva, el punto final de una historia que se sitúa de espaldas a los procesos sociales y que, en los económicos, ha mostrado su virtualidad sobre todo para las economías de mercado del período liberal pero cuya temática parece agotarse fuera de este específico sistema económico.

La forma en que se ha producido el auge y consolidación de la historia económica ha provocado una verdadera espantada de los historiadores sociales que «más que cruzar el fuego con los economistas sobre su propio terreno» han preferido aventurarse por nuevos derroteros y dedicarse a cuestiones específicas de historia social o de antropología histórica[13]. Es muy probable que, aparte de la dinámica propia de las ciencias sociales, la alta especialización de la historia económica, la utilización de un lenguaje matemático, la renuncia a cualquier tipo de narrativa y, en fin, el carácter esotérico y abstruso que sus fórmulas tienen para el no iniciado, haya impulsado también la aparición de una historia social que no siente ya ninguna necesidad de sostenerse sobre la económica. Una historia social finalmente emancipada.

[13] F. Mendels, «Histoire économique», en A. Burguiere, dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, 1986, p. 222.

3. EMANCIPACION Y AUGE DE LA HISTORIA SOCIAL

El tiempo pasa rápido y son ya casi veinte los años que han transcurrido desde que Eric Hobsbawm terminara un artículo afirmando, tras observar «el estado notablemente floreciente de la historia social» y congratularse por ello, que era un buen momento para ser historiador social. Hobsbawm, que había intervenido en polémicas de historia económica y publicado algunos de sus más influyentes artículos en *Economic History Review*, reconocía incluso que «aquellos de nosotros que nunca se propusieron llamarse a sí mismos con ese nombre, hoy no desearían rechazarlo» [1].

No era de la misma opinión Josep Fontana cuando, escribiendo mucho después, determinaba que la denominación «historia social» se había utilizado impropiamente [2] para designar los estudios de historia del movimiento obrero y que «su empleo más frecuente ha sido para nombrar una historia con la política fuera». A juicio de Fontana, la historia social que tiene un considerable desarrollo académico en los países anglosajones «suele estar inspirada por una voluntad de servicio al orden establecido —el que concede cargos y discierne recompensas—» y sus cultivadores se habrían lanzado «a la conquista de nuevos campos más rentables en términos de ventas de ejemplares». Servir al orden establecido y, de paso, ganar dinero son los motivos de la creciente dedicación a temas como «los del sexo, la familia, la locura y el crimen». Según Fontana, mucha de esa «gente» que compone la «secta» de los historiadores sociales «no es ni siquiera medianamente seria». Su empeño, como por lo demás el de la sociología histórica, no ha conducido sino «al ridículo y al desastre» [3].

¿Por qué dos juicios tan diferentes sobre el mismo concepto, procedentes ambos de historiadores que se sitúan en una tradición de

---

[1] E. Hobsbawm, «From social history to the history of society», en F. Gilbert y S. R. Grauband, *Historical studies today*, p. 24.

[2] Aunque esa acepción —demasiado restrictiva pero en modo alguno impropia— fue la predominante en el siglo XIX, como recordaba A. J. C. Ruter al presentar el primer número de la nueva serie de *International Review of Social History*, 2 (1956), pp. 1-7.

[3] J. Fontana, *Historia. Análisis del pasado y proyecto social.* Barcelona, 1982, pp. 171 ss.

pensamiento marxista? Dejando aparte cuestiones de carácter o de talante, la posibilidad de felicitarse por la expansión floreciente de la historia social o la inquietud por su desarrollo, y la inmediata condena de la secta de sus practicantes, dependen en buena medida de qué se entienda por historia social y por historiadores sociales. Si un historiador español entiende por historia social ¡en 1982! la fórmula que hizo célebre Trevelyan —«social history might be defined negatively as the history of a people with the politics left out»[4]— o limita el concepto a un reducido sector de quienes se llaman a sí mismos historiadores sociales, entonces el juicio que esta historia le merezca será muy diferente al del historiador británico que da por supuesto —en 1970— que la fórmula de Trevelyan es puramente residual y no requiere comentarios y amplía tanto el concepto que hasta se declara a sí mismo como historiador social.

3.1. PROBLEMAS DE DEFINICION

Hay que ponerse de acuerdo, por tanto, sobre lo que se habla, pues efectivamente 'historia social' señala desde antiguo un terreno de inciertas o tal vez inexistentes fronteras, marcado por la ambigüedad e indefinición. Ese fue, precisamente, el terreno en el que surgió el concepto cuando Febvre aseguraba haber elegido el adjetivo social por su indeterminación, porque no comprometía demasiado ni respecto al contenido de la historia ni respecto a su teoría y metodología. Lo que ocurre es que desde Febvre ha llovido mucho y, en el terreno de la historia social, lo ha hecho sin parar, sobre todo desde los años sesenta, hasta el punto de que se han formado pequeñas, medianas y grandes corrientes que poseen ya tradiciones específicas. Fue en esa década cuando se produjo una tremenda expansión que, en ausencia de un programa claro, ha conducido a la fragmentación del campo y a la pérdida de un núcleo en torno al cual puedan organizarse programas de investigación. Empeño multifacético, «la historia social se convirtió enseguida en lo que los historiadores sociales decidieron escribir»[5].

Para introducir algo de orden en «un campo cuya ambigüedad ha crecido a medida que se ampliaban sus ambiciones»[6] no basta decidir lo que sea hoy historia social remitiéndonos a Febvre y a la indeterminación del adjetivo; ni definiéndola por la negativa, insistiendo en que se trata de

[4] G. M. Trevelyan, *English social history*, Londres, 1944, p. 1.

[5] O. Zunz, «Introduction», en O. Zunz (comp.), *Reliving the past. The worlds of social history*, Chapel Hill, 1985, p. 4.

[6] Y. Lequin, «Sociale (histoire)», en *Dictionnaire des sciences historiques*, dir. por A. Burguiere, París, 1986, p. 635.

una historia que prescinde de la política; ni dibujándola, como se hacía antes de la guerra, como una tienda de curiosidades o de antigüedades, o como la historia de la moral social y las costumbres, como una *history of manners and morals*, como rezaba el apartado que le dedicaba el *Times* de Londres. Tampoco puede satisfacer hoy a nadie que se defina diciendo, por ejemplo, que no es ni puede ser una nueva especialidad de la historia[7], y es muy reduccionista —puesto que su práctica ha desbordado ampliamente esos límites— definirla como historia de las clases sociales, subordinadas o dominantes, explotadoras o explotadas, y ni siquiera como historia de todo tipo de grupos y relaciones sociales. Por supuesto, hoy es ya imposible reducir su ámbito al de historia del movimiento obrero y no se adelanta nada —en el específico intento de aprehender su significado— ampliándola hasta abrazar a toda la clase obrera[8].

Definiciones negativas o reduccionistas no llevan a ninguna parte, pero tampoco conducen a puerto seguro las «definiciones imperiales»[9] de las que seguramente el mejor ejemplo es el que indica Tilly cuando reproduce la definición de Burke: historia social podría definirse —«might be defined», comienza Burke entrando al toro con la misma expresión que Trevelyan— como «la historia de las relaciones sociales; la historia de la estructura social; la historia de la vida diaria; la historia de la vida privada; la historia de las solidaridades sociales y los conflictos sociales; la historia de las clases sociales; la historia de los grupos sociales»[10]. Ciertamente, historia social puede ser todo eso, pero en la pretensión de abarcarlo todo, su contenido concreto parece inasible mientras se pierde incluso la especificidad de su definición, pues lo social de la historia social no procede exclusivamente del objeto sino, como veremos, del modo de interpretación y explicación.

Ni definiciones negativas o reduccionistas ni ambiciones imperiales aclaran el cambiante contenido de la historia social. Esta indefinición no parece haber afectado, sin embargo, a su imparable expansión: existen ya desde hace años revistas especializadas que llevan en su título el concepto historia social; hay investigadores que se identifican como historiadores sociales y que titulan sus libros con la expresión «historia social de...»; hay departamentos e institutos de historia social; hay tradiciones y programas de investigación que se identifican a sí mismas con ese concepto. De todo

---

[7] «La historia social nunca puede ser otra especialización como la económica» dice Hobsbawm en art. cit. y los editores de *Social History*, aunque citen a Febvre, parecen hacerse eco de esa afirmación cuando aseguran, taxativos, en el primer número de su revista que la historia social no es otra especialidad ni una nueva rama de la historia.

[8] «Historia de los estamentos, clases y grupos sociales, independientemente de su nombre, y considerados como unidades separadas y mutuamente dependientes» es la definición de Ruter en *l.c.*

[9] Expresión de Ch. Tilly, «Retrieving European lives», en O. Zunz, ob. cit., p. 11.

[10] P. Burke, *Sociología e historia*, Madrid, 1987, p. 35.

eso han salido multitud de productos que impiden con su misma existencia volver a definirla diciendo que carece de definición o por la vía fácil de asegurar que toda historia, en la medida en que lo sea de verdad, es social y que por tanto el adjetivo no añade nada nuevo al sustantivo [11].

El problema de definición de la historia social procede de que, a pesar de esa imparable expansión, carece de lo que los editores de *Social History* llamaban un repertorio ortodoxo o un concepto organizador fundamental [12]. Su repertorio es, si se observan los índices de las revistas especializadas, ilimitado, y las teorías de la sociedad o de la historia que la informan son múltiples y contradictorias. Y, puesto que muchos han fracasado ya en el empeño de que poseyera un repertorio y una teoría, se podría llegar a la primera conclusión —que es, en nuestro caso, punto de partida— de que no puede tenerlas, pues en la medida en que con el concepto «social» se designe como es obligado la apertura de la historia a las ciencias sociales, está condenada a soportar una carga de indeterminación que sólo la propia práctica investigadora podrá reducir.

Contra quienes se lamentan por este hecho, hay que decir que en la raíz de esta situación no hay ninguna anomalía: la teoría social es, por su origen y desarrollo posterior, plural, multiparadigmática [13]: no ofrece ni puede ofrecer a la historia, ni a ninguna otra ciencia, un único paradigma ni, por consiguiente, una sola metodología y ni siquiera un instrumental conceptual listo para ser utilizado como quien lo toma de un anaquel. No parece, por tanto, que pueda aceptarse que la historia social debe organizar su presunto caos en torno a un programa único de investigación, como pretende Tilly, por muy amplio y sugerente que sea el que propone: reconstruir las experiencias con que la gente ordinaria ha vivido los grandes cambios estructurales y más especialmente la formación del Estado nacional y el auge del capitalismo. Es sin duda un programa de historia social de gran aliento pero nada exige que sea el único y ni siquiera el central [14], de la misma manera y por idéntica razón que no existe una teoría social única y central con la que enfrentarse al conocimiento de la sociedad presente.

De Tilly puede recogerse, sin embargo, lo que va implícito en su propuesta: la indeterminación que es punto de partida obligado de toda historia social —en cuanto esta expresión indica, como en su origen, la

[11] Como parece deducirse de una reciente pregunta de J. Nadal («Para el historiador social ¿y qué historiador puede rechazar este epíteto?...), en «La población española durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Un balance a escala regional», V. Pérez Moreda y D. S. Reher (comps.), *Demografía histórica en España*, Madrid, 1988, p. 39.

[12] «Editorial», *Social History*, 1 (1976), p. 1.

[13] Hay una excelente síntesis con la reafirmación del pluralismo cognitivo en ciencia social frente a los intentos integracionistas al estilo del emprendido por Stinchcombe, en Miguel Beltrán, *Ciencia y sociología*, Madrid, 2.ª ed., 1988, pp. 263-280.

[14] Tilly, *l.c.* y con más detalle, *Big structures, large processes, huge comparisons*, Nueva York, 1985, esp. cap. 4, «Comparing».

decisión del historiador de entrar en contacto con las ciencias sociales— no podrá reducirse por el lado de las definiciones, sino por el de la puesta en marcha de un determinado programa de investigación siempre que su materia se refiera —por emplear un término durkheimiano— a hechos sociales. En ese momento, la misma decisión de optar entre una multiplicidad y hasta infinitud de objetos posibles produce un primer cierre del campo que puede llevar incluso a diferenciar en él segmentos enteros, que adquieren su propia autonomía. Esta eventualidad ocurrirá siempre que se elija un hecho social cuya correspondiente ciencia haya alcanzado un alto nivel de desarrollo y pueda ofrecer una teoría y una metodología, si no únicas, sí dominantes. Es lo que ha ocurrido con la nueva historia económica, cuando es teoría económica aplicada a hechos históricos, pero idéntico proceso han experimentado otras historias que se llamaron sociales en su origen indeterminado y pasaron luego a convertirse en historias con muy específicos contenidos teórico-prácticos. La demografía, que Hobsbawm señalaba como uno de los principales temas de la historia social, se ha, por así decir, liberado de la indeterminación y constituye hoy una especialidad, una disciplina: la antigua y meritoria historia de la población es hoy demografía histórica. Los historiadores demógrafos —o los demógrafos historiadores— no tienen mayores dudas acerca de su objeto ni de su método y ni siquiera de los supuestos teóricos desde los que deben plantear los problemas que con la investigación pretendan resolver. Algo similar ha ocurrido con todos aquellos campos de la investigación histórica a los que se han aplicado modelos cuantitativos explícitos como la historia de la familia, la historia urbana o la historia electoral, constituidas ya en parcelas autónomas de la investigación historiográfica que aceptarían mal quedar reducidas a ramas de una indeterminada historia social, por más que sus objetos sean hechos sociales y ellas mismas constituyan por su objeto formas específicas de historia social.

No se trata con esto de afirmar para la historia social —que no sea esta historia de concretos fenómenos o hechos sociales— un contenido residual, sino de insistir en la inutilidad de pretender el mismo grado de determinación teórica y metodológica para todos sus posibles objetos. Al hablar con la demografía, la historia sabe perfectamente con quién y de qué está hablando, pero no ocurre ni puede ocurrir lo mismo cuando habla con la sociología: mientras la demografía trata de la población —un hecho social susceptible de cuantificación— la sociología pretende decir algo científico de la sociedad —un hecho social inasible en números. Al enfrentarse a su objeto, la sociología no es una ciencia en posesión de una teoría y un método, ni siquiera de un vocabulario o de unos conceptos: conceptos, métodos y teoría no son idénticos en la sociología weberiana o en la durkheimiana, en la parsoniana o en la marxista. Carece, pues, de sentido proponer para todo historiador social una especie de modelo

teórico tomado de tres o cuatro de las teorías sociológicas dominantes, como pretende Stinchcombe[15], o suponer que un historiador se hace social si pide prestados sus conceptos a la sociología, como propone Burke cuando anima a los historiadores a tomar de la sociología una serie de conceptos que les permitan, inclinados como están por su oficio a estudiar el cambio, ser más sensibles al peso de las estructuras. La polémica y los equívocos son inmediatos cuando un historiador recurre, sin una teoría previa, a conceptos sueltos como control social, integración o incorporación política, por poner sólo ejemplos que han dado lugar a fuertes discusiones teóricas en revistas de historia social[16]. Por no hablar de la subjetivación de las relaciones sociales que ha sido en muchos casos el resultado de la importación mecánica al trabajo histórico de conceptos sociológicos como clase y estructura social[17].

De ahí que la relación del historiador social con la teoría sociológica pueda ir desde el eclecticismo pragmático de quienes creen que no hay ninguna teoría buena y que lo bueno consiste por tanto en utilizar elementos de varias teorías según las necesidades que la misma investigación plantea, hasta quienes se sitúan en una tradición teórica refleja e investigan desde sus supuestos y sus métodos, como podría ser el marxista, el estructuralista o el funcionalista, por señalar sólo algunas de las principales corrientes teóricas de nuestro siglo. Evidentemente, los resultados prácticos de cualquiera de esas opciones estratégicas impiden definir de una vez por todas con el mismo concepto los diferentes acercamientos teóricos a los hechos sociales: no es ni puede ser lo mismo una historia social marxista que una funcionalista, aunque quede abierta en este caso la discusión de si el marxismo entraña una «explicación funcional», como ha argumentado Cohen.

Esto quiere decir que la historia social, por su génesis y por su mismo objeto, abarca múltiples materias y no pocas corrientes cuyo denominador común no puede establecerse por criterios atemporales de cientificidad: desde los años treinta se han producido varias oleadas de historiadores sociales. Sólo investigando esas diferentes corrientes podrá llegarse a saber lo que en cada momento ha significado historia social y determinar las constantes, las continuidades y diferencias, que la han caracterizado. No hay, pues, como primera providencia, mejor medio de resolver los problemas de definición que optando por un camino empírico. Si se toma

---

[15] La posición de Stinchcombe es que, cuando hacen un buen trabajo histórico, Marx, Weber, Tocqueville, Trotski y Smelser «operan, todos ellos, de la misma manera», *Theoretical methods in social history*, Orlando, 1978, p. 2.

[16] Me refiero a las polémicas suscitadas por H. F. Moorhouse con «The political incorporation of the British working class: an interpretation», *Sociology*, 7, 3 (1973), pp. 341-359, y «The Marxist theory of labour aristocracy», *Social History*, 3, 1 (1978), pp. 61-82.

[17] G. Stedman Jones, «From historical sociology to theoretical history», *The British Journal of Sociology*, 27, 3 (1976), p. 301.

en serio —y no se lamenta o se condena— la ambigüedad del concepto y la diversidad de los resultados de su práctica, habría que echarse a andar definiendo como historia social la práctica de quienes se llaman a sí mismos historiadores sociales[18]. La apariencia puramente empírica y nominalista de este procedimiento no debe hacer olvidar que es el propio de toda filosofía de la ciencia cuando parte del dato de la disciplina ya constituida y después de «analizar el comportamiento racional de sus especialistas descubre la estructura lógica de su método»[19]: se supone que hay una ciencia resultado del trabajo de unos especialistas guiados por un comportamiento racional. Quiénes son y qué hacen esos especialistas constituyen las dos preguntas más apropiadas para responder luego a la de qué sea la historia social, aunque tal ejercicio pueda parecer al filósofo lógico perfectamente «fútil pues un análisis de lo que los historiadores hacen no puede establecer una justificación epistemológica de la validez de sus conclusiones»[20]. En todo caso, aquí no se pretende decir nada de la validez del método, sino exclusivamente de su existencia y especificidad.

3.2. LOS HISTORIADORES SOCIALES

Por lo que respecta a la primera cuestión —quiénes sean los historiadores sociales— las cosas no son sencillas, como nada lo es cuando se habla de historia social. Ante todo, porque la identificación de un historiador como social ha cambiado en el tiempo. No es exactamente la misma en 1945 que treinta años después. Lo hemos comprobado con un Hobsbawm que, en 1970, no desdeñaría ser conocido como historiador social aunque seguramente le habría resultado indiferente o inapropiado ser llamado así diez años antes. Pero el caso podría también plantearse a la inversa: Febvre llamó a sus *Annales*, en 1941, de historia social, pero sus continuadores sustituyeron esa denominación por otra que les comprometía todavía menos: economías, sociedades y civilizaciones. En segundo lugar, porque quienes se sitúan dentro de este campo, sea como investigadores individuales, sea como promotores de publicaciones especializadas —revistas, compilaciones— buscan antecedentes o definen como sociales a historiadores que en principio parecen guardar —y guardan de hecho— poca relación entre sí.

[18] Es la respuesta de Louise Tilly a ¿qué es historia social? «Social history and its critics», *Theory and Society*, 9, 5 (1980), p. 668 o, antes, la de Carlos Moya a qué es sociología: «sociología es lo que hacen los sociólogos», lo que según Moya «significa una porción de cosas», *Sociólogos y sociología*, Madrid, 1970, p. 3.

[19] Henri-Irénée Marrou, *De la Connaissance historique*, París, 1954, p. 26.

[20] Como recuerda con razón Alan Warde, «E. P. Thompson and 'poor' theory», *British Journal of Sociology*, 33, 2 (1982), p. 225.

De todos modos, puede encontrarse un consenso mínimo sobre algunos personajes y corrientes o escuelas que indiscutiblemente se adscriben a este campo. *Social History* afirmaba en su presentación que, si carecía de repertorio y concepto organizador, la historia social tenía sin embargo sus obras maestras, de las que, en un evidente intento de guardar el equilibrio entre dos grandes tradiciones historiográficas y dos naciones vecinas, señalaba las escritas por Bloch, Braudel, Hobsbawm y Thompson. Para los editorialistas, historia social sería, por tanto, la producida por la corriente francesa de *Annales* y la que se reconoce en la amplia tradición marxista británica.

Por lo que respecta a la primera, su adscripción a la historia social goza de general aceptación: cuando Michelle Perrot habla de la fuerza y debilidad de la historia social francesa, de lo que trata realmente es de las conquistas y resultados de *Annales* desde que Bloch y Febvre echaron sus cimientos hasta el último de los cultivadores de la larga duración, Le Roy Ladurie. Y exactamente lo mismo hacen los Genovese cuando desde una perspectiva marxista denuncian la «crisis política de la historia social»: lo que critican no es que falte política en la historia social de un Trevelyan —lo que sería como alancear a un cadáver o emprender un combate inútil—, sino en la «historia social derivada de *Annales*»[21]. Iggers, por su parte, no duda en afirmar que, desde su mismo comienzo, *Annales* constituyó un foro internacional para las nuevas corrientes de historia social[22].

El caso de los dos británicos no ofrece tampoco dudas. Cuando Flinn y Smout editaron, para la Economic History Society, una colección de ensayos de historia social comenzaron su trabajo con el célebre artículo de Hobsbawm y siguieron, tras un estudio de Smelser, con un no menos celebrado artículo de E. P. Thompson, «Time, work-discipline and industrial capitalism». Había más, desde luego, pero es significativa la presencia de dos de los mayores representantes de lo que se ha podido llamar con razón marxismo británico.

«Nuevos historiadores» en Francia y marxistas en Gran Bretaña: ése es hasta ahora el acuerdo mínimo, pero en modo alguno exclusivo que algunas voces significativas de la comunidad científica sitúan dentro del amplio campo de la historia social. Los primeros continúan una tradición que hemos visto surgir en los años veinte y treinta con la aparición de *Annales* y han producido también una aportación de primer orden a la historia económica y cuantitativa; los segundos surgieron a la luz con la publicación, en Oxford, de una revista que adoptó por título el de una

---

[21] M. Perrot, «The strengths...» *l. c.* E. Fox-Genovese y E. D. Genovese, «The political crisis of social history: a marxian perspective», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 207-210.

[22] G. G. Iggers, *New directions*, p. 56.

obra de Carlyle de 1843, *Past and Present*, la más ecuménica de las revistas de historia social, según la define Raphael Samuel[23].

Aparte de ellos, se pueden señalar otras relevantes presencias surgidas en las décadas de 1960 y 1970 y que no pueden aspirar a tan ilustres antecedentes. Es lo que por ahora llamaré, por seguir con el criterio empírico que guía estas reflexiones y para distinguirla de las anteriores que tienen nombres propios, «social history», o sea, las iniciativas que han plasmado en la publicación de revistas o en la creación de asociaciones que llevan en su denominación ese concepto y de las que se podrían destacar dos principales: *Journal of Social History*, en Estados Unidos, y *Social History*, en Gran Bretaña. Ninguna de ellas se sitúa en una definida tradición teórica o historiográfica y ambas incluyen entre los miembros de sus consejos de redacción o entre sus colaboradores a historiadores caracterizados por diferentes posiciones teóricas e ideológicas y por la avanzada especialización del objeto de sus trabajos: historia de la familia, demográfica, urbana, de la mujer, de la medicina. Reproducen, pues, en sus consejos de redacción el pluralismo cognitivo que caracteriza a la ciencia social y la diversidad de sus posibles objetos. Abren por tanto un campo tan amplio como fragmentado, en el que se puede encontrar a investigadores como Peter Stearns y Eugene Genovese, por poner sólo dos notorios ejemplos, y temas tan diferentes como la clase obrera en la República de Weimar o el consumo de alcohol.

Las tres corrientes señaladas no agotan un campo que experimentó en los años sesenta y setenta un florecimiento que a algunos se antoja caótico y desordenado. Es la época en que la historia social dejó de ser en Inglaterra «la cenicienta de los estudios históricos»: Peter Laslett anima desde los primeros años sesenta el Cambridge Group for the Study of Population and Social Structure, que intenta aplicar los métodos cuantitativos de *Annales* al estudio de la estructura social; es también la época en que inicia sus trabajos el History Workshop de Ruskin College, en Oxford, dedicado en sus primeros pasos a la historia oral, a la historia popular y del movimiento obrero y que editará su *Journal* desde 1976. Año éste, por cierto, decisivo para la historia social británica ya que en enero se celebró la primera conferencia de la recién creada Social History Society of the United Kingdom y comienza a publicarse, en la Universidad de Hull, la revista *Social History*. Es también la época en que la «neue Sozialgeschichte» emerge con renovado ímpetu en Alemania[24].

No es posible entrar aquí en el análisis de todas estas líneas de trabajo.

---

[23] En su respuesta a «What is social history?», en J. Gardiner (comp.), *What is history today?* Londres, 1988, p. 44.

[24] Para Gran Bretaña, Harold Parkin, «Social history in Britain», *Journal of Social History*, 10 (1976), pp. 129-143. Para Alemania, puede verse G. Cacciatore, «"Neue Sozialgeschichte" e teoria della storia», *Studi Storici*, 21 (1980), pp. 119-137, donde hay una amplia bibliografía sobre este renacimiento de la historia social en Alemania del que aquí no me voy a ocupar.

Para los actuales propósitos bastará con detener la atención en las tres corrientes de historia social más pertinentes al objeto de nuestras reflexiones: la escuela francesa de *Annales*, la historia marxista británica y la «social history» británica y norteamericana. Pero antes será preciso dilucidar si todos aquellos a quienes la comunidad académica identifica como historiadores sociales se prestan gustosos a ser reconocidos bajo esa etiqueta porque, de otra forma, sería preciso —dado el tipo de argumento empírico aquí seguido— demostrar que, aun a su pesar, estos autores, y otros de escuela, tradición, tendencia o sensibilidad similares, son verdaderamente historiadores sociales.

No hay duda cuando se trata de ingleses y americanos. Hobsbawm, como ya he indicado, acepta la denominación y se congratula de que en 1971 sea buena cosa ser calificado de historiador social. Thompson no tiene inconveniente en iniciar uno de sus artículos hablando de su dedicación a la «historia social inglesa del siglo XIX»[25] ni a referirse, en otro, a los «British social historians» como un sector de la profesión perfectamente identificable[26], al que Rodney Hilton, otro marxista británico, se suma cuando subtitula «Essays in medieval social history» una reciente edición de artículos sobre conflicto de clases y crisis del feudalismo[27]. Y por lo que respecta a los americanos, la cosa es aún más clara: Peter Stearns es el editor de una publicación —*Journal of Social History*— en cuyo consejo editorial se ven o se han podido ver nombres como Natalie Z. Davies, Eugene Genovese, Trian Stoainovich, es decir, autores que, considerándose todos sociales, se caracterizan sin embargo por diferentes prácticas historiográficas.

Este acuerdo, fácil para los «marxistas británicos» y los «social historians» británicos y americanos, no lo es tanto cuando se trata de los franceses. Cuando Jacques Le Goff, Roger Chartier y Jacques Revel publican *La nouvelle histoire*, la expresión historia social no merece los honores de situarse entre los diez artículos fundamentales de que se compone la obra, junto a, por ejemplo, historia de las mentalidades, de los marginados o antropología histórica. Goza, desde luego, de una entrada, pero es sólo una más entre 120 términos. El puesto de honor no lo ostenta historia social, sino «nueva historia»[28]. Desde antiguo, los historiadores franceses que se glorian de sus orígenes en *Annales* acostumbran a identificarse como «nuevos historiadores» y a su práctica como «nueva

---

[25] E. P. Thompson, «Folklore, anthropology and social history», *Indian Historical Review*, 3 (1976), p. 247.

[26] E. P. Thompson, «On history, sociology and historical relevance», *The British Journal of Sociology*, 27, 3 (1976), p. 390.

[27] R. Hilton, *Class conflict and the crisis of feudalism. Essays in medieval social history*. Londres, 1985. La edición española de este libro ha dejado caer el subtítulo, Barcelona, 1988.

[28] Que ocupa las pp. 263-294 de la edición española mientras de historia social se habla en pp. 577-583. *La nueva historia*, Bilbao, 1988.

historia»: «si no me equivoco, los historiadores empiezan a tomar conciencia, hoy, de una historia nueva», decía Braudel en su lección inaugural de 1950. A esa historia nueva, al abarcar una duración que permite construir un «recitativo» de ciclos económicos y coyunturas sociales, se le podría llamar —añade Braudel— historia social «si esa expresión no se hubiera desviado de su significado»[29]. Es, por tanto, una desviación de significado lo que impide aceptar como propia esa identidad y reservarla para otras clases de historia.

Pues bien, no hay ninguna razón para desviar a la historia social de su significado y reducirla a aquella mediocre historia de la que el mismo Braudel decía que nada tenía que aprender del contacto con los malos estudios de sociología tipológica: es como si hubiera que renunciar a la voz sociología porque se hayan pasado bajo esa denominación mercancías que apenas superan las reflexiones de sentido común. Nada obliga a renunciar al concepto porque alguna corriente se lo haya apropiado con objeto de encubrir un producto de baja calidad. Pero esta reticencia francesa puede ser de utilidad para completar el argumento empírico y positivo con un somero análisis del concepto. Pues, hasta ahora, historia social sólo es lo que hacen quienes se llaman a sí mismos historiadores sociales: será preciso pasar de quiénes son a qué cosa hacen cuando hacen historia social. Habrá, pues, que responder a una segunda pregunta: independientemente de quienes se califiquen —o sean calificados— como historiadores sociales: ¿qué significa, si significa algo, social cuando se predica de historia?

3.3. LO SOCIAL DE LA HISTORIA SOCIAL

Al responder a esta segunda pregunta nada me parece que diferencia a la historia de la ciencia social: la tarea de ambas —como escribe Mandelbaum— consiste en alcanzar un cuerpo de conocimientos sobre cuya base puedan comprenderse las acciones de los seres humanos como miembros de una sociedad: nada importa o, mejor, sólo importa a efectos técnicos, metodológicos, que se trate de sociedades históricas, en el sentido de ya desaparecidas, o actuales. Lo que realmente importa es el conocimiento de seres humanos en sociedad y eso sería imposible a no ser que se asuma la existencia de grupos de hechos que el mismo Mandelbaum denomina «societal facts» y que define como aquellos que se refieren a las formas de organización presentes en la sociedad[30].

[29] F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, pp. 30 y 117. P. Burke, *Sociología e historia*, p. 20.

[30] M. Mandelbaum, «History and the social sciences», en P. Gardiner (comp.), *Theories of history*, Londres, 1959, p. 478.

Lo social se refiere, pues, en primerísimo lugar, a la materia sobre la que trabaja el investigador —sea historiador o sociólogo— y que abarca, en historia y en toda ciencia social, desde ese concepto «descriptivamente pre-dado más que teóricamente construido»[31] que es la sociedad —y que puede entenderse, según las escuelas, como una totalidad estructurada o como un conjunto de elementos discretos— hasta esos «societal facts» o lo que Durkheim denominaba «fait social», es decir, esas «maneras de obrar, pensar y sentir exteriores al individuo y que están dotadas de un poder coactivo por el cual se imponen»[32]. Sociedad, estructuras sociales, procesos de estructuración en el tiempo, fenómenos y hechos sociales: todo lo que pueda definirse como objeto social es materia de historia social y constituye la primera identidad de esta manera de hacer historia. Conviene, pues, aclarar que carece de sentido la propuesta de Burke y algunos otros historiadores de reservar para la historia social los procesos de cambio y dejar para la sociología el análisis de la estructura, pues esa división entrañaría ya una opción estratégica que se refiere a la misma teoría de la sociedad y a lo que sea específico de la explicación en historia social.

Pero lo social en historia no se dice sólo ni principalmente del objeto, sino del modo de explicación, es decir, de la teoría que sirve para construir el hecho histórico como objeto de conocimiento. Más exactamente: aceptar la sociedad y el hecho social como objeto de historia significa aceptar un modo de determinación social, una causalidad social como propia de la explicación histórica. Y en este terreno de la explicación, como en el del objeto, será de nuevo el reino de la diversidad. Pues explicación social es toda aquella que busque para los fenómenos sociales una determinación social, no reductible a la voluntad de individuos humanos concretos ni resultado de la mera suma de esas voluntades. La historia social implica, por consiguiente, alguna teoría de la causación de los fenómenos que investiga. Es más, frente al historiador positivista y político contra el que se rebeló —aquel que da por supuesto que la mejor manera de explicación causal en historia consiste en poner un hecho detrás de otro— el historiador social construye su objeto específico en estrecha relación con la teoría de causalidad social que sirva de supuesto a su explicación. No puedo estar de acuerdo con Paul Veyne cuando reduce la causalidad a los distintos episodios de una trama y afirma que el problema de la causalidad en historia es una supervivencia de la era paleoepistemológica[33]. El problema de la causalidad sigue siendo cuestión central de la explicación histórica y lo que define a la historia como social

[31] G. Stedman Jones, *l. c.*

[32] E. Durkheim, *Las reglas del método sociológico*, Buenos Aires, 1959, p. 34.

[33] Afirmación que él mismo desmiente cuando dos páginas más adelante reduce los factores de la explicación histórica a las causas materiales, las causas finales y el azar, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, 1984, p. 72.

no es, no podría ser, haber desplazado ese problema sino haber partido de teorías de la determinación social para interpretar hechos sociales.

Naturalmente, si el mismo concepto de hecho social es diverso según las distintas teorías empeñadas en su explicación, el concepto de causa o determinación en historia dependerá de la propia teoría social en cuya tradición o escuela se sitúe el historiador. Nadie entiende hoy que la causa histórica funcione como la ley natural, pero este acuerdo en lo que no es una causa no significa que todo el mundo lo esté a la hora de definir qué se entienda por causa y qué por explicación causal en historia. En realidad, se trata de un acuerdo imposible e indeseable. El intento de establecer un «discurso de la historia social»[34], una teoría normativa de lo que sea causa social y explicación en historia social me parece tan abocado al fracaso como el intento de definir por un repertorio su contenido o el de integrar en uno solo los diversos paradigmas de la ciencia social. Si la historia social, como la sociología, puede reivindicar un pluralismo cognitivo es porque la misma explicación causal es plural.

Lo que sí puede establecerse en la práctica es una estrecha relación entre los distintos objetos sobre los que ha crecido la historia social y los diversos tipos de explicación utilizados por los historiadores sociales. El rechazo de la teoría de la causalidad estructural tan vigorosamente expresado por E. P. Thompson, y su énfasis en la «human agency», guarda relación con el hecho de haber constituido el nacimiento de la clase obrera como objeto de historia social: la explicación de un sujeto histórico colectivo exige una teoría de la causalidad en la que el papel reservado a la acción de grupos de hombres y mujeres sea primordial. De la misma manera, construir un objeto de investigación como el Mediterráneo y el mundo mediterráneo no sería posible sin una teoría subyacente de la totalidad social y de la causación estructural. El ataque a toda historia narrativa y, por consiguiente, la opción por un tipo de discurso histórico que rechaza la «narración» en favor del análisis de tendencias y ciclos de larga duración está íntimamente vinculado a una determinada concepción de lo que sea el objeto de la historia científica —precios, producciones, movimientos de población, ciclos económicos—[35], mientras que la elección de la narrativa como forma más apropiada de representación histórica y producción de sentido depende de una diferente concepción del objeto de la historia, entendido ahora como acción humana dotada de sentido. Objeto de investigación, método de comprensión, teoría de la causalidad, explicación de hechos y procesos y forma de representación aparecen así íntimamente relacionados en la obra de los historiadores sociales, determi-

[34] Tal es el proyecto de «unificación» y construcción de «una ciencia causal de historia social» que propone Christopher Lloyd en *Explanation in social history*, Oxford, 1986.

[35] Hay una interesante crítica de la estrecha concepción braudeliana de la narrativa en H. White, «The question of narrative in contemporary historical theory», *History and Theory*, 23, 1 (1984), pp. 1-33.

nando diferentes estrategias de investigación y finalmente diversos productos de historia social.

De las formas de explicación en historia social más pertinentes a nuestros propósitos se podrían distinguir las específicas de tres grandes corrientes que, lógicamente, coinciden con aquellas tres clases de historiadores sociales a quienes ya hemos visto identificados como tales por la comunidad académica y, casi siempre, por ellos mismos. Si el objeto de la historia tiende a ser una sociedad global, delimitada en el espacio y el tiempo; si se establece una pauta holística de determinación y se rechaza la narrativa como forma del discurso histórico, estaremos en compañía de algún *annaliste* o de alguien que haya recibido su poderoso influjo, del que no han escapado algunas corrientes de historia social marxista. Si el objeto de la historia es un proceso de cambio social de largo o medio alcance, determinado por las transformaciones económicas capitalistas y por la revolución industrial, y en el modelo de determinación utilizado explícita o, lo que es más habitual, implícitamente, hay un lugar reservado a la acción y a la intervención humana, a sujetos conscientes que dotan a su acción de sentido, lo que a su vez permite y requiere un tipo de discurso narrativo, entonces nos encontramos con la tradición marxista británica de historia social. En fin, si tropezamos con alguien que procede eclécticamente en la elección de «sus mentores» y mezcla ideas procedentes tanto de deterministas demográficos o económicos como de analistas simbólicos, o de quienes acentúan el sentido y el lenguaje y de quienes insisten en la función y el poder[36], entonces estaremos en compañía de alguna especie de «social historian», cuyos objetos de investigación son variados y discretos y cuyo discurso puede ir desde el propio de la antropología histórica o de la historia antropológica de Natalie Davis hasta el de la sociología histórica de Charles Tilly.

Lo social en historia social se refiere, por tanto, a la sociedad y al hecho social como objetos de investigación, pero también —o por eso mismo— a las teorías de la sociedad y de la determinación social, a la metodología exigida para desarrollar una práctica historiográfica que pretende comprender y explicar hechos sociales y, finalmente, a la forma de representación de historiadores como Braudel y Le Roy Ladurie, Hobsbawm y Thompson, Davis, Laslett o Tilly, entre otros. Nos encontramos, pues, de nuevo a quienes ya conocemos de antes, es decir, *Annales*, tradición marxista británica, y «social historians». Lo que constituye sus prácticas como sociales es plural y diverso tanto por su objeto —sociedades totales, procesos de cambio social, concretos hechos sociales— como por su teoría de la causalidad —holística, estructural, cultural— y su modo de representación —análisis, narración—. Será preciso acercar más la mirada

[36] N. Z. Davis, «The possibilities of the past», en Th. K. Rabb y R. I. Rotberg, *The new history. The 1980s and beyond*, Princeton, 1982, p. 273.

a estas corrientes con objeto de ceñir mejor cada una de sus prácticas y profundizar así en la intrínseca pluralidad del concepto «historia social».

3.4. HISTORIA SOCIAL COMO HISTORIA DE LA TOTALIDAD: LA SEGUNDA GENERACION DE *ANNALES*

Plantear así la cuestión entraña, en primer lugar, distinguir dentro de la escuela de *Annales* —la que ha ejercido el mayor impacto y el efecto más fértil sobre el estudio de la historia en el siglo XX, en opinión de Trevor-Roper— una segunda generación que, a diferencia de la primera, alcanza ya estatus de «elite internacional». Es precisamente a esta segunda generación a la que Stoianovich atribuye —a pesar de la amable protesta de su más ilustre miembro— la creación del tercero de los paradigmas históricos desde los tiempos de Heródoto, paradigma que permite investigar «cómo funciona uno de los sistemas de una sociedad o cómo funciona una colectividad global en sus múltiples dimensiones temporales, espaciales, humanas, sociales, económicas, culturales y episódicas». La historia social practicada por *Annales* se ha podido presentar con razón como «símbolo de la búsqueda de la totalidad» o en posesión de una «vocación a la totalidad» que se expresa sobre todo en las monografías regionales o locales y en el estudio de grupos sociales y de la estratificación social[37]. Se trata, por consiguiente, de un enfoque societal-global en el que hay implícita una investigación sobre el funcionamiento de la sociedad en su conjunto. Funcionalismo y totalidad se darían la mano en la explicación histórico-social tal como fue practicada por esta nueva generación de *Annales*.

Dejando al margen la cuestión de las relaciones entre funcionalismo y cualquier teoría de la totalidad —el marxismo como explicación funcional ha constituido una de las más sugestivas discusiones sobre teoría de la historia de los últimos años— puede quedar de la tesis de Stoianovich lo que denomina «whole-society approach» como característica definitoria del paradigma de *Annales*. Lo propio de la explicación de esta forma de historia social, lo que la distingue de otra historia cualquiera, sería, pues, su holismo, su búsqueda de la totalidad. «Concessive holism» es, precisamente, la definición de la teoría explicativa de *Annales* que ofrece en un penetrante estudio Susan James, entendiendo con el adjetivo un holismo obligado a efectuar ciertas concesiones cuando trata de explicar a partir de

[37] Respectivamente, H. Trevor-Roper, «Fernand Braudel, the Annales and the Mediterranean», en *Journal of Modern History*, 44 (1972), p. 468; T. Stoianovich, ob. cit., pp. 236-237, y para esto último, H. Couteau-Begarie, *Le phénomène «nouvelle histoire»*, París, 1983, pp. 114-6.

un modo de determinación todos los fenómenos sociales y las conductas individuales, sobre todo si se presentan como desviadas o irracionales[38].

Ahora bien, explicaciones holísticas o enfoques «whole-society» hay más de una en el actual mercado de teorías sociohistóricas. Sin duda, al definir a *Annales* como explicación holística ya se dice algo, especialmente que se sitúa en las antípodas del individualismo metodológico. Se dice también que su objeto es la sociedad y la relación en que sus distintas partes o niveles se encuentran entre sí y con el todo. Estamos, y no por casualidad, en un modelo de determinación que puede oscilar, según su práctica, entre el estructuralismo y el funcionalismo. No es ajeno a la construcción de la teoría y las metáforas *annalistes* el triunfo del estructuralismo y de las explicaciones funcionales en la Francia de la posguerra. Pero dentro de esa corriente general, lo propio de la explicación de los historiadores fue su postulado de que en la relación entre los diversos niveles del todo existe un rango o una jerarquía de determinación. Es en ese rango donde *Annales* ha efectuado la más célebre de sus contribuciones a la teoría sociohistórica.

En efecto, lo que Braudel creía que el historiador de la sociedad puede ofrecer originalmente a los demás científicos sociales —y en esa denominación se incluían economistas, etnógrafos, etnólogos (o antropólogos), sociólogos, psicólogos, lingüistas, demógrafos, geógrafos y hasta matemáticos sociales y estadísticos— es «una noción cada vez más precisa de la multiplicidad del tiempo y del valor excepcional del tiempo largo»[39]. La totalidad se encuentra transida por diversas temporalidades de las que una tiene un superior valor a las demás: ésas son las dos contribuciones que el historiador está en condiciones de ofrecer al resto de los científicos sociales y, en general, a la epistemología de la historia, a falta —añade no sin malicia Paul Ricoeur— de una discusión más sutil de las ideas de causa y ley[40].

La oferta implica que el historiador organiza su material en función de la categoría tiempo. En primer lugar, el tiempo largo, que se relacionaría con el tiempo corto de la misma forma que el espesor con el humo. Metafórico, carente de rigor «en las expresiones características de la pluralidad de las temporalidades»[41], Braudel quisiera encerrar los acontecimientos, que son explosivos y tonantes, en la corta duración, tiempo del periodismo y de la crónica. La ciencia social, por su parte, siente horror del

---

[38] S. James, *The content of social explanation*, Cambridge, 1984, pp. 146 ss., y especialmente el análisis de la obra de Le Roy Ladurie en pp. 166-170.

[39] F. Braudel, «La larga duración», ed. cit., p. 63.

[40] P. Ricoeur, *Tiempo y narración*, I. *Configuración del tiempo en el relato histórico*, Madrid, 1987, p. 186.

[41] Especialmente porque además de corto y largo, se habla de tiempo rápido y lento, atributos que «no se dicen de los intervalos de tiempo, sino de los movimientos que los recorren», Ricoeur, ob. cit., p. 187.

acontecimiento. La ciencia social —la historia también— busca el espesor que encuentra sobre todo en lo geológico y luego en ese tiempo propio del «recitativo», diez, veinticinco, los cincuenta años de Kondrátiev, en los que se pueden construir curvas de precios, progresiones demográficas, movimientos de salarios, estudios de produción, variaciones de la tasa de interés. Tiempo medio, de la cuantificación, del recitativo por encima del relato. Es el que determina lo episódico, lo efímero del tiempo corto de la vida diaria.

Por debajo —más espesor aún, casi la opacidad de lo inmóvil— es la geohistoria, concepto en el que se ha visto la herencia de Febvre llevada a su paroxismo [42], que abarca a todas aquellas realidades que el tiempo tarda enormemente en desgastar y en transportar. Los economistas las llaman tendencias seculares; los observadores de lo social prefieren decir estructura que, buena o mala palabra, «es la que domina los problemas de la larga duración». Las prisiones de larga duración: es precisamente este aspecto de la metáfora lo que nos interesa destacar: las estructuras de larga duración —también las hay de media [43]— son coacciones, límites envolventes de los que el hombre no puede emanciparse. Son, pues, determinantes.

Determinantes no ya de lo que ocurre en su propio orden de realidad sino del cambio que pueden experimentar, en la duración media, las coyunturas. Así se introduce un modelo de explicación de los cambios sociales que no requiere para nada de la acción humana: es en las coacciones impuestas por la larga duración —geológicas, biológicas, pero también sociales y mentales— donde debe buscarse la pauta que explique los cambios en la duración media, que por su parte deberán situarse en una mutua relación interna: cambios de población que se relacionan con cambios de propiedad o de producción. Hasta el momento, la acción humana aparece desprovista de cualquier significación causal de los procesos que afectan a la sociedad. Esta generación de «annalistes» se ha caracterizado por «su decidido énfasis en introducir fuerzas situadas fuera del control humano como determinantes de las relaciones sociales» [44].

No es difícil ver en este énfasis sobre la duración, la espesura y lo inmóvil el penetrante y pertinaz influjo que sobre la explicación histórica ha ejercido la sociología positiva —de Saint-Simon a Durkheim— con su búsqueda de orden y equilibrio y con su objetivo de crear desde las ruinas de las sociedades de Antiguo Régimen una nueva «comunidad ideológi-

[42] F. Dosse, *L'histoire en miettes*, Paris, 1987, p. 130.

[43] En este punto, como en no pocos, los teóricos de *Annales* no muestran ninguna inquietud por la precisión conceptual. Estructura es, en el Mediterráneo, una realidad perteneciente a la media duración, como la coyuntura, que es sencillamente el movimiento secular de la estructura.

[44] M. A. Gismondi, «"The gift of theory": a critique of the *histoire des mentalités*», *Social History*, 10, 2 (1985), p. 219.

ca»[45]. Como ya antes quedó apuntado, ese predominio de lo sistémico sobre el cambio, de la consideración estructural sobre la genética es también deudor de la violenta reacción estructuralista que en Francia se ha expresado en forma de lo que Revel ha denominado un antihistoricismo a veces terrorista. La hora de la segunda generación de *Annales* es la misma que la del triunfo en Francia del estructuralismo y del marxismo, de la ruptura epistemológica que creía poder fundamentar la ciencia de la historia arrebatando de ella la presencia de cualquier sujeto. La historia inmóvil de Le Roy Ladurie sería, si esta relación es pertinente, el correlato de la antropología estructural de Lévi-Strauss o el de un materialismo histórico que proclama, con Althusser, la ausencia del sujeto. No se puede olvidar, por otra parte, que más allá de los límites del hexágono era también la hora del triunfo de la sociología sistémica americana y del análisis estructural-funcional.

En este sentido, cabría decir que la obra de Braudel y Le Roy Ladurie representa en la explicación histórica la culminación de la reacción francesa de principios de siglo contra el historicismo, la historia de acontecimientos —historia historizante— y la narrativa. A una teoría de lo singular e idiosincrático, un objeto político y una forma narrativa de la historia que basaba su cientificidad en la comprensión y la crítica textual, se opone una teoría de la totalidad, un objeto social y una forma «anatómica», una sátira menipea, como la define Kellner[46]. Al pretender que la historia es ciencia, y que para alcanzar ese *status* tiene que ser ciencia de la totalidad social y dar cuenta de lo que Mauss, siguiendo las huellas de las pisadas de Durkheim, llamaba el hecho social total, esta segunda generación de *annalistes* privilegió el análisis frente a la narración, lo espeso frente a lo fluido, el fondo frente a la espuma, los números frente al relato: en el límite, llega a afirmar Le Roy, no hay más historia científica que la de lo cuantificable[47]. La historia científica sería así, desde luego, ciencia, pero no pocos se preguntan si es todavía historia.

Teoría de la totalidad, privilegio de la larga duración, reticencias a la consideración del cambio, horror al acontecimiento: era lógico que esta historia explorara sus potencialidades en un tiempo inventado, al parecer, para ella —de la misma manera que el crecimiento parecía inventado para la teoría económica clásica—: el medievo. «La Edad Media parece estar hecha a propósito», asegura Le Goff en una reciente entrevista, pues en ella se produce cierto equilibrio mágico: es una historia de larga duración que, a su vez, es una historia de cambios, pero esos cambios contienen,

[45] Como define Göran Therborn el propósito de la sociología en *Ciencia, clase y sociedad*, Madrid, 1980, pp. 218 ss.

[46] H. Kellner, «Disorderly conduct: Braudel's Mediterranean satire», *History and Theory*, 18 (1979), p. 204.

[47] E. Le Roy Ladurie, *Le territoire de l'historien*, París, 1973, p. 22.

igualmente, tiempos largos [48]. Medievalista y modernista, la historia total ha olvidado el tiempo que inaugura simbólicamente la Revolución Francesa, el tiempo de los cambios revolucionarios.

Las dificultades para explorar las conexiones internas entre las tres duraciones y la decisión estratégica de privilegiar la determinación de la larga duración y de las estructuras sobre las coyunturas y los acontecimientos han sido precisamente los elementos del modelo explicativo braudeliano —y en general, de la segunda generación de *annalistes*— sobre los que más se ha centrado la atención y la crítica. Desde otra perspectiva holista, como el marxismo, se ha reprochado a Braudel haber negado la centralidad de las relaciones de producción, de autoridad y explotación y haber negado implícitamente el proceso histórico [49]. Pero en este punto, casi todos están de acuerdo: la historia mayoritaria de *Annales* es extraña a todo análisis del cambio social e incluso es incapaz de explicar el paso de un sistema histórico a otro. Es lo mismo que ocurre a la sociología estructural-funcional, capaz tal vez de percibir la posibilidad de cambios dentro de un sistema pero confesadamente inútil cuando se trata de explicar cambios de sistema. Realmente, cuando de la explicación histórica se suprime la actividad de sujetos y se olvida el sentido de la acción —en el significado weberiano del concepto— es ardua tarea dar cuenta del cambio: el reciente debate entre marxistas y *annalistes* sobre la estructura de clases agraria y la crisis del feudalismo constituye un claro ejemplo de las dificultades con que tropieza una teoría de la historia que prescinda del factor humano [50].

Naturalmente, y a pesar de que después de Braudel los estudios predominantes en la escuela de *Annales* hayan sido los relativos a hechos sociales dominados por la larga duración, dentro de la misma tradición han surgido en los últimos años, los años de una tercera generación que a duras penas mantiene los caracteres de una escuela unificada, corrientes que han vuelto a hacer respetable el estudio del acontecimiento y que han concedido un fuerte interés a la ordenación simbólica de la vida social y al estudio de las mentalidades colectivas como estructuras situadas, al parecer, lejos y fuera de las luchas de clases, llenándolas de una «connotación decididamente interclasista» [51]. Es significativa, sin embargo, la limitada presencia de historiadores sociales franceses en las discusiones

---

[48] J. Le Goff, *Entrevista sobre la historia*, a cargo de F. Maiello, Valencia, 1988, p. 60.

[49] E. Fox-Genovese y E.D. Genovese, «The political crisis...», cit., p. 209. Tilly llama la atención sobre el hecho de que Braudel, para definir el capitalismo, acentúa las condiciones de intercambio más que las relaciones de producción. La historia total, según Tilly, no podrá salvarnos, *Big structures*, cit., p. 68.

[50] Crítica de Brenner a Le Roy Ladurie y réplica de éste en T. H. Aston y C. H. E. Philpin (comps.), *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, 1988.

[51] C. Ginzburg, «Prefacio», *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981, p. 25.

sobre las transiciones de un tipo a otro de sociedad y en los debates sobre los grandes procesos de cambio social. En este punto, la historia social se ha desarrollado en otras latitudes, más escépticas de teorías sobre la totalidad, más proclives a la consideración de las relaciones de poder y más dadas a la narración como forma del discurso histórico. Se trata de la segunda corriente de historia social que parece pertinente considerar aquí, la constituida por los historiadores marxistas británicos.

3.5. HISTORIA SOCIAL COMO HISTORIA DE PROCESOS DE CAMBIO: LOS HISTORIADORES MARXISTAS BRITANICOS

Si alguien asegura de forma taxativa que lo que define a la historia es «captar los procesos de cambio», existe una altísima probabilidad de que se trate de un británico. Si afirma además que para eso se requiere formular muy cuidadosamente algunos conceptos históricos y servirse de ellos de forma flexible, entonces es posible que, además de británico, sea marxista. Si muestra, en fin, una preocupación por captar esos procesos, valiéndose de tales conceptos, en lo que atañen a la gente corriente, a la clase obrera, a las condiciones materiales de existencia, entonces estaremos ante un historiador marxista británico [52].

Podría todavía establecerse una característica más que define a la mayoría de los historiadores marxistas británicos: su evidente conexión con una tradición de estudios históricos de la que nunca se ha sentido excluida ni personal ni académicamente. Si la nueva historia francesa se hace a partir de una ruptura con las tradicionales instituciones universitarias, y un ataque contra la historia política y episódica, la británica surge a partir de ellas, en el mismo clima académico, en las universidades más tradicionales, con rasgos muy similares a los que definían a la historia tradicional: preocupación por lo factual, forma narrativa de presentación, interés por idénticos objetos de investigación. Hay, sin duda, caracteres propios pero es significativo que ninguno de ellos exija una ruptura institucional y ni siquiera teórica con la historia tradicional.

El primer dato para entender la peculiaridad de la historia social marxista británica es, precisamente, la permanencia en Gran Bretaña de lo que se ha llamado interpretación Whig de la historia, no lejana del ideal «rankeano» pero ajena al núcleo central del historicismo. Es decir, comparte con Ranke la convicción de que la historia es un relato de hechos, sobre todo, de carácter político y constitucional, pero el ideal de la elaboración

---

[52] Tomo las dos primeras características de P. Anderson, *Arguments within english marxism*, Londres, 1980, p. 10.

de un relato elegante, con calidad literaria y que sirva a la formación de buenos funcionarios se inserta en la convicción de que la historia es un proceso lento y racional, guiado por una especie de ley natural de progreso hacia la consolidación de los valores políticos liberales y los valores económicos capitalistas [53]. La lucha social y hasta la lucha de clases no quedaban excluidas de esa visión lineal de la historia e incluso podrían integrarse perfectamente en ella, pues a través de la lucha las sociedades humanas, como las especies animales, se capacitarían para alcanzar niveles más altos de evolución y progreso [54].

Esta concepción de la historia, que gozó en la era victoriana de su máximo esplendor, no sufrió el ataque frontal que, procedente de las ciencias sociales, tuvo lugar en el continente entre 1890 y 1920. Inglaterra no participó activamente en la revolución intelectual europea de fin de siglo e incluso se libró o se vio privada —según el punto de vista que se adopte— de sus efectos [55]. Ni siquiera la guerra de 1914 desvaneció la tradicional confianza Whig, que continuó impregnada de una irónica pero profunda fe en los valores del individualismo liberal y de la seguridad en la metodología rankeana como inexcusable referencia del oficio de historiador.

La fortaleza de la tradición individualista liberal no debe entenderse como si toda la historiografía británica anterior a la segunda guerra pueda adscribirse a ella, sino más bien en el sentido de que ninguna de las otras corrientes se vio libre de su influjo. Ni los inicios con Therold Rogers de una historia económica ni la aparición de una historiografía radical o humanista exigieron una ruptura teórica con las implicaciones del liberalismo individual: todas participaron de sus presupuestos teóricos que podrían resumirse en lo que se ha llamado «idioma empírico» [56].

Seguramente, la permanencia en Inglaterra de una tradición liberal individualista guarda una estrecha relación con su peculiar historia económica y social del siglo XIX. Frente a lo que ocurría en el continente, Inglaterra no volvió a experimentar en este siglo ningún nuevo derrumbe social ni nuevas revoluciones políticas. No hubo así ocasión de repensar o plantear la constitución de la sociedad como objeto de investigación histórico-social. Con cierto desaliento, fruto de la escasa estima que muestra a su propio pasado y de la alta que le merece la historiografía

[53] Iggers, *New directions*, p. 153.

[54] Para la teoría sociológica del evolucionismo, que antecede en unos años a la teoría biológica de Darwin, es interesante el estudio de Spencer que ofrece J. W. Burrow en *Evolution and society. A study in Victorian social theory*, Cambridge, 1966.

[55] G. S. Jones, «History: the poverty of empiricism», en R. Blackburn (comp.), *Ideology in social sciences*, Londres, 1972, p. 100.

[56] E. P. Thompson ha reivindicado como una de la más significativa contribución inglesa la creación de un «empirical idiom», en «The peculiarities of the English», *The poverty of theory and other essays*, Londres, 1978, p. 57.

francesa, Stedman Jones constataba que los historiadores británicos, con muy pocas excepciones de la izquierda, nunca han pretendido construir totalidades históricas[57].

Lo que a esos historiadores ha interesado no es la totalidad, sino el proceso de constitución de su propia sociedad: su experiencia no fue, como la de los alemanes, la frustración primero y la creación después de un Estado nacional; ni, como la que dio origen a la reflexión sociológica en Francia, el cambio radical, revolucionario, de un orden de sociedad, sino la de un cambio profundo, pero al parecer gobernado por alguna mano invisible, dentro de la sociedad. El centro de su problemática no fue, por tanto, el que constituyó el núcleo del historicismo ni de la sociología. A los ingleses les interesó especialmente el impacto de la industrialización, sobre la que los individuos, los actores personales, aislados o en grupos y clases, habían tenido una iniciativa personal.

En la investigación y explicación de este proceso se consolidó, junto a la tradición Whig, la que podría llamarse radical o humanista. Ambas conservaron ciertos rasgos comunes: una evidente inclinación al empirismo y a la documentación de los hechos más que hacia la teoría y las grandes construcciones históricas, un gusto por la narrativa sobre el análisis y, en fin, una generalizada convicción de que son los hombres, más que las determinaciones materiales o estructurales, quienes hacen y sufren la historia. Naturalmente, la tradición Whig se inclinaba hacia el estudio de las elites sociales y de las personalidades poderosas, interpretaba el proceso de industrialización desde la optimista perspectiva del progreso material y, como resultado de ese optimismo, evaluaba favorablemente sus consecuencias de toda índole, incluso las que se referían al nivel de vida de las clases trabajadoras.

Frente a ella, la tradición radical y humanista, además de interesarse por el estudio de las clases trabajadoras, de los sindicatos o del pueblo, destacó desde el principio el alto precio en miseria y sufrimiento que una parte de la población pagó por el desarrollo industrial. A esta tradición —que Stedman Jones define algo sumariamente como una suerte de variante plebeya de la teoría Whig de la historia— pertenece una corriente socialista que puede entenderse como manifestación del ascenso y el creciente poder que iba adquiriendo en la sociedad y el sistema político británicos, el laborismo y los sindicatos obreros. Los trabajos de los Hammond sobre la revolución industrial y su impacto en las antiguas formas de vida comunitaria, en el trabajador del campo, los de Webb sobre los sindicatos y los de Cole sobre la clase obrera, el sindicalismo y el pensamiento socialista, ilustran bien las características de esta corriente.

Menos ambiciosos teóricamente que sus contemporáneos franceses,

---

[57] *L. c.* p. 110.

los británicos no estudiaron sociedades alejadas en el tiempo[58], sino procesos de cuyas inmediatas y visibles consecuencias eran ellos mismos testigos. Y en estos procesos destacaron, sobre todo, no los factores determinantes de una abstracta larga duración, sino la concreta y vívida experiencia de grupos y clases sociales. Lo que les diferenciaba de la historiografía tradicional no era, por tanto, un cambio de objeto o una ruptura teórica, sino la visión del proceso de industrialización y de sus efectos «desde abajo»: es la «history from below». Si en Francia se opuso a la historiografía científica política una económica y social, en Inglaterra a la historiografía Whig se opuso una «from the bottom up», una «people's history» cuyas primeras muestras se remontan a 1877 con la publicación por J. R. Green de su «enormemente influyente *Short history of the English people,* texto fundamental para comprender los orígenes de la historia desde abajo»[59]. La «people's history», que puede considerarse como una variante de la historia social, conocerá, en efecto, un renovado interés y un auge extraordinario en Gran Bretaña con la creación del grupo Workshop History y la publicación de una revista del mismo nombre y de la *History Workshop Series.* Raphael Samuel, su animador, pudo escribir que este tipo de historia constituye «la mayor herencia del trabajo histórico socialista»[60].

Hasta aquí hay, naturalmente, muy poco de marxismo, en cuyo cultivo Gran Bretaña no fue ciertamente una adelantada. Es más, las recientes síntesis sobre las peculiaridades de la historia inglesa efectuadas por los mismos ingleses han destacado ese vacío de una teoría marxista como factor determinante de lo que han conceptualizado como un proletariado subordinado. Parecería como si, en definitiva, la subordinación proletaria fuese un efecto de la carencia de teoría marxista. En todo caso, es evidente que la primera tradición de una historia social —que podría conceptualizarse como humanista y socialista[61] o tal vez como radical democrática, según la expresión de Samuel— estuvo vacía de carga teórica: se hacía la misma historia aunque se hiciera de distinta manera. Social no significó tanto aquí la creación de una problemática para captar la totalidad, sino el punto de mira para entender un proceso desde abajo.

Pero es evidente la línea de continuidad entre esa tradición historiográ-

---

[58] Con la notable excepción —de la que no puedo ocuparme aquí— de G. E. M. de Ste. Croix, que es de la misma generación pero no del mismo grupo y que es autor de una obra monumental, *La Lucha de clases en el mundo griego antiguo,* Barcelona, 1988. Para autor y obra, véase P. Anderson, «La lucha de clases en el mundo antiguo», *Zona Abierta,* 38 (1986), pp. 41-69.

[59] R. Samuel, «British Marxist historians, 1880-1980. Part one», *New Left Review,* 120 (1980), p. 38.

[60] Para las diferentes versiones —de derechas, liberal/demócrata, socialista y marxista de la «people's history»—, véase R. Samuel, «People's history», en R. Samuel (comp.), *People's history and socialist theory,* Londres, 1981, pp. xiv-xxxix.

[61] «Socialist-humanist» es la expresión que utiliza R. Johnson en su crítica de Genovese y Thompson, pero podría valer también para algunos representantes de esta generación.

fica y la aparición de un peculiar marxismo británico a partir de los años treinta. Fue entonces cuando comenzó a fraguarse en las viejas universidades de Oxford y Cambridge, y en medio de un clima de discusión y compromiso político, lo que más adelante sería el Grupo de Historiadores del Partido Comunista. En esa década llegaron a Oxford Cristopher Hill y Rodney Hilton, mientras que Eric Hobsbawm, Raymond Williams y Edward Thompson se encaminaban hacia Cambridge, en cuya universidad enseñaba desde 1924 Maurice Dobb. A partir de entonces, estos cinco historiadores, excepto Thompson a quien su fortuna familiar le permitía mayor autonomía de movimientos, se mantendrán siempre en el mundo académico y no precisamente en situación marginal. La renovación de los estudios históricos que emprenderán después de la guerra se verificó por tanto en el mismo centro de la estructura académica y no, como en el caso francés, fuera de ella.

Esto quiere decir, por una parte, que los historiadores marxistas británicos participaron plenamente y con idénticas armas en los debates historiográficos que constituían la herencia de las tradiciones Whig y radical democrática. La obra de Hilton, Hill o Hobsbawm no se caracteriza por construir nuevos objetos de investigación, sino por entrar, con diferentes enfoques y con una distinta preocupación política, en las discusiones que ya estaban en curso en los medios académicos británicos. Hobsbawm y Thompson estudiarán los efectos de la revolución industrial o la formación de la clase obrera en diálogo o polémica continua con tesis ya establecidas sobre idénticas cuestiones. Esta característica peculiar de la historiografía marxista británica exigía, por una parte, tomar en serio a los oponentes y respetar intelectualmente su obra, aunque se discutiera sus implicaciones políticas y, por otra, adoptar el mismo lenguaje, es decir, el célebre «idioma del empirismo inglés»[62]. Probablemente, estas dos circunstancias ayudaron a que la nueva historia marxista no quedase encerrada en un gueto brillante, pero aislado, sino que participara con idénticas armas académicas —revistas, libros, artículos, reseñas y críticas de libros, seminarios— en las discusiones que tenían lugar sobre cuestiones tales como la formación de la sociedad capitalista, las revoluciones del siglo XVII, la constitución del Estado británico, las causas de la revolución industrial o la formación de las nuevas clases sociales.

Pero quiere decir también, por otra parte, que más allá de las tradiciones Whig y radical o liberal, los marxistas británicos podían trazar una línea que les llevaba hasta el propio Marx y reivindicar la existencia de una específica tradición marxista en la que situaban su obra. Después de todo, escribirá Thompson, teníamos continuamente presente ante noso-

---

[62] «The idiom of English empiricism» del que habla Parker como rasgo común a todos los historiadores británicos, en «Great Britain», G. G. Iggers y H. T. Parker (comps.), *International handbook of historical studies*, cit., p. 202.

tros la línea viva del análisis de la sociedad británica realizado por Marx en *El capital* y en la correspondencia con Engels. Esa línea, siempre según Thompson, «nunca se deformó hasta el punto de que no pudiera recobrarse. Por consiguiente, trabajar como marxista en Gran Bretaña significaba trabajar dentro de una tradición fundada por Marx, enriquecida por visiones independientes complementarias de William Morris, ampliada en tiempos recientes por hombres y mujeres, tales como Gordon Childe, Maurice Dobb, Dona Torr y George Thomson y tener como colegas a *scholars*, tales como Chistopher Hill, Rodney Hilton, Eric Hobsbawm, V. G. Kiernan y, además de otros que podrían mencionarse, los editores de este Register»[63], o sea John Saville y Ralph Miliband. No era mala compañía, desde luego, y Thompson, por su parte, no encuentra ninguna posible causa de deshonor en reclamar un puesto en semejante tradición.

Al escribir esta carta, Thompson reaccionaba contra la tendencia dominante dentro de la nueva dirección de la *New Left Review* que despreciaba como inexistente el marxismo británico y pretendía importar el del continente, sobre todo el francés, en su más reciente elaboración althusseriana. A pesar del tono polémico de su reacción, llevada al extremo en «The poverty of theory», Thompson tiene toda la razón cuando afirma que «la tradición inglesa de historiografía marxista puede resistir la comparación con la de cualquier otro país», y cuando la remonta desde sus colegas hasta Marx pasando por Dobb. En efecto, entre los humanistas o los radical-demócratas al estilo de los Hammond y los nuevos historiadores definitivamente marxistas, hay que situar, entre otras, la figura de Maurice Dobb, cuyo *Studies in the development of capitalism*, aparecido en 1946, habría de ejercer un permanente influjo en el debate historiográfico británico durante varias décadas.

El libro de Dobb y sus anteriores reflexiones *On Marxism today*, de 1932, ayudaron a formular no sólo el objeto central de la específica problemática de la historiografía marxista británica, sino un estilo teórico, más que una teoría, de abordarla. Dobb rechaza cualquier forma de determinismo económico y acentúa la necesidad de investigar la experiencia histórica como un proceso en movimiento en el que el hombre es agente activo. Precisamente, el rechazo de todo determinismo, la insistencia en la *human agency*, y el interés por el estudio de las experiencias de grupos y clases sociales, junto a la consideración del papel central de la lucha de clases, serán las características básicas que definan la tradición teórica del marxismo británico[64], a la que no es ajena, por otra parte, el mismo idioma empírico e idéntico gusto por la narrativa que caracteriza-

---

[63] E. P. Thompson, «An open letter to Leszek Kolakowski», en *The porverty of theory and other essays*, Londres, 1978, p. 123 (orig. 1973).

[64] Véase el capítulo dedicado a Maurice Dobb en H. J. Kaye, *The British marxist historians*, Oxford, 1984, pp. 28-29.

ban también a las tradiciones Whig y radical-democrática o socialista-humanista.

La generación de historiadores marxistas nacidos entre 1912 (Hill) y 1924 (Thompson) hereda las mismas preocupaciones que Dobb, aunque su trabajo estará lejos de constituir una escuela. En Hobsbawm, la preocupación central consiste en liberar a la historia marxista de la influencia que durante décadas ha ejercido sobre ella lo que denomina marxismo vulgar, con su «interpretación económica de la historia», el modelo de base y superestructura, las leyes históricas y su inevitabilidad, los intereses de clase y la lucha de clases como único determinante de la historia o la reducción de objetos de investigación a los señalados por Marx. A este marxismo vulgar, Hobsbawm opone una afirmación que guiará toda su práctica historiográfica: la existencia de estructura social y su historicidad o sea, su dinámica interna de cambio. Buscar esa dinámica y sus determinantes constituye precisamente el trabajo del historiador cuya tarea consistirá en establecer estructuras y percibirlas en su movimiento histórico [65]. De ahí que Hobsbawm proponga una estrategia muy flexible de investigación que abarque el medio material e histórico, las fuerzas y técnicas de producción, la economía y las relaciones sociales o los fenómenos de la conciencia colectiva, los movimientos sociales o los cambios culturales. Hobsbawm se guarda, sin embargo, de pretender que ésa sea la única estrategia posible o de formular una teoría de la historicidad de la estructura más allá de la existencia de sus contradicciones internas [66].

Se comprende que a partir de esos flexibles supuestos teóricos se puedan derivar consecuencias prácticas diferentes dentro de la misma tradición marxista según se insista en el estudio de las estructuras históricas o en el de las experiencias culturales. En un extremo podría situarse a quienes insisten en la crítica al determinismo y en general a toda clase de estructuralismo, sobre todo francés, y califican de «imagen lamentable» la metáfora de la base y la superestructura, como hace E. P. Thompson. En este caso, el acento recae en la clase como acontecimiento cultural, como encuentro de individuos que participan de idénticas experiencias y que desde ellas se embarcan en determinadas prácticas. Puede decirse con razón que todas las obras de Thompson comparten el tema común del conflicto entre dos modelos culturales [67], aunque probablemente Thompson sentiría un escalofrío al leer la palabra modelo y preferiría tal vez un concepto que indicara la historicidad interna de su objeto de investigación, sea éste la Old Corruption o la clase obrera. En

---

[65] E. J. Hobsbawm, «Karl Marx's contribution to historiography», en R. Blackburn (comp.), *Ideology in social science*, cit., p. 270.

[66] E. J. Hobsbawm, «From social history to the history of society», en M. W. Flinn y T. C. Smout, *Essays in social history*, Oxford, 1974, pp. 9-11.

[67] Aracil y García Bonafé, *l. c.*, p. 28.

todo caso, la obra de Thompson ha sido decisiva, dentro de la contribución general de los marxistas británicos a la historia, en su ampliación del concepto de clase, al alejarla de un sociologismo que la considera como mero agregado de individuos y de cierto marxismo que ve en ella una pura determinación de las fuerzas productivas[68].

La importancia de la obra de Thompson puede medirse bien por su posterior influjo en Gran Bretaña y fuera de ella. Es indudable la conexión entre el trabajo de Genovese y de Wilentz[69] con su obra, como lo es también el acento en lo cultural y en la experiencia vivida de la clase obrera que History Workshop ha pretendido captar renovando la historia del movimiento obrero por medio de métodos de trabajo muy relacionados con la historia oral y con la tradicional *people's history*. En el auge de estas formas de hacer historia, en continua expansión sobre todo durante la década de los setenta, puede percibirse también una de las grandes corrientes de historia social británica.

En el otro extremo habría que señalar la creciente importancia de una forma de hacer historia que pretende captar largos procesos de cambio a partir de un estudio que abandona la perspectiva «desde abajo» y se construye intencionadamente «por arriba». La obra más relevante es la de Perry Anderson que expresamente se propone explorar un terreno poco frecuentado por autores marxistas, el que existe entre el estudio de procesos concretos y la construcción de modelos generales abstractos. Anderson piensa que en muchos casos los modelos permanecen tan alejados de la realidad que apenas sirven como instrumento para explicar los casos concretos, mientras que, por otra parte, la investigación de éstos se hace de forma tan alejada de la teoría que apenas pueden extraerse de ellos conclusiones valederas más allá del ámbito local. Para explorar ese territorio, Anderson construye una problemática a partir del Estado como espacio en que confluyen y se resuelven las luchas de clases. Es, como se ve, un intento de historia que pretende reunir en un acercamiento único la teoría —construida con conceptos unívocos— y la práctica en el terreno intermedio del simultáneo examen de una forma específica de Estado tanto en general como en particular[70]. En este sentido, el trabajo de Anderson se situaría más exactamente dentro de ese campo de investigación que en los años sesenta y setenta conoció un crecimiento tan

---

[68] Para la concepción de clase social en Thompson, véase «The poverty of theory or an orrery of errors», en *l. c.* Un interesante debate sobre esta corriente fue iniciado por R. Johnson con «Edward Thompson, Eugene Genovese y la historia socialista-humanista», recogido por Aracil y García Bonafé, ob. cit., pp. 52-85.

[69] Autores de dos obras de excepcional importancia para la historia social: *Roll, Jordan, Roll. The world the slaves made*, Nueva York, 1972, y *Chants democratic. New York City and the rise of the American working class, 1788-1850*, Nueva York, 1984, respectivamente.

[70] P. Anderson, *El Estado absolutista*, Madrid, 1979, pp. 1-5 y *Arguments within English marxism*, Londres, 1980, pp. 5-17.

fulgurante como el de la historia social, es decir, la sociología histórica[71].

Entre la historia cultural y, por abajo, de Thompson y la historia política y, por arriba, de Anderson, hay una amplia gradación de acentos en los que, sin embargo, es posible reconocer una música común, la compuesta por lo que Kaye ha denominado tradición marxista británica. Su «contribución colectiva» radica precisamente en el estudio de las relaciones de clase, y la búsqueda de la determinación de clase, dentro de amplios contextos históricos que les permiten abordar «la esencial dimensión política» de la experiencia de las clases sociales[72]. Los marxistas británicos no han perdido de vista que las relaciones de clase son siempre políticas y que entrañan por ello mismo lucha, dominio y subordinación. Evidentemente, en este objeto central de su más significativa aportación, el interés se ha centrado sobre todo en las clases dominadas y en las formas que ha adoptado su resistencia. Aparte de este objeto central, la historiografía marxista británica ha intentado cumplir el programa trazado desde la fundación de la revista *Past and Present*: explicar las transformaciones que experimenta la sociedad pero no por la aplicación de alguna ley de desarrollo histórico, sino por la propia acción humana. La insistencia en que los hombres son «activos y conscientes constructores de la historia y no meramente sus víctimas pasivas» alejaba la perspectiva de la revista de aquella otra, más estructural, de la escuela francesa. Y es ahí, en esa historia de abajo arriba, y en la importancia que se concede a la *human agency* frente a los límites y las determinantes estructurales donde radica precisamente lo más característico de esta forma de hacer historia.

3.6. HISTORIA SOCIAL COMO HISTORIA DE HECHOS SOCIALES: UN CRECIMIENTO CREATIVO Y DESORDENADO

Limitar la práctica de los historiadores sociales a lo que han escrito después de la guerra mundial la escuela francesa de *Annales* y la tradición marxista británica equivaldría a amputar al estudio de la historia social un campo enorme, caracterizado, a partir de la década de 1960, por su crecimiento «creativo y desordenado»[73]. En efecto, cuando se habla de historia social, en lo que se piensa no es sobre todo en *Annales* ni en el marxismo británico, sino en toda esa reciente expansión de nuevos cursos, seminarios y publicaciones que se presentan bajo la denominación

[71] De hecho, Mary Fulbrook y Theda Skocpol le dedican un capítulo —«Destined pathways: The historical sociology of Perry Anderson»— en el libro editado por la última, *Vision and method in historical sociology*, Cambridge, 1984, pp. 170-210.

[72] Kaye, ob. cit., pp. 221-249.

[73] Así, al menos, la veían los editores de *Social History* cuando sacaron su primer número en enero de 1976.

genérica de historia social —«social history» o «histoire sociale»— en la que se puede encontrar de todo, desde estudios sobre el crimen o el sexo hasta análisis de culturas populares.

Se comprende que esa diseminación de objetos haya impedido la aparición en este floreciente campo de una escuela dominante. Las periódicas reflexiones que se ofrecen sobre tendencias en historia social señalan invariablemente, junto al crecimiento, la ausencia de una teoría o de lo que *Social History* llamaba un paradigma metodológico que haya impuesto determinado orden dentro del campo [74]. Este tercer apartado de la historia social, que he definido como historia de hechos o fenómenos sociales, no los tiene, ni los puede tener, lo que naturalmente entraña una fuerte inseguridad respecto a su propia definición como ciencia social histórica.

Como ya se indicó antes, lo propio de la historia social es, además de la dispersión de sus objetos, la diversidad de teorías explicativas y de metodologías de investigación que los informan. Si la segunda generación de *Annales* y el marxismo británico podían establecer objetos preferentes de análisis y trazar una línea teórica y metodológica dominante, aunque susceptible de variantes, en la historia social concebida como historia de fenómenos sociales entramos en un terreno en el que todo parece valer, tanto en lo que se refiere a teorías de la sociedad —desde el evolucionismo al estructuralismo— como a metodologías de investigación —desde el individualismo al holismo— o a los objetos de estudio —desde la infancia al crimen.

En esta proliferación de objetos, métodos y teorías es perceptible, ante todo, el claro influjo de las diferentes tradiciones historiográficas dominantes en cada país cuando los hechos sociales comenzaron a estudiarse en su dimensión histórica. Un segundo factor de diferenciación radica en la búsqueda de respuesta a los diversos conflictos sociales y movimientos de protesta que cada región experimentó en las décadas de 1960 y 1970, y que señalaron los límites a la ideología del equilibrio sobre la que se estableció el consenso social en los años inmediatamente posteriores a la segunda guerra. En tercer lugar, el interés por unos u otros objetos de historia social y el uso de diversos métodos de investigación ha sido diferente también según la relación que los historiadores hayan logrado establecer con otras ciencias sociales, como la etnología, la demografía, el urbanismo o la sociología y el grado o nivel de desarrollo alcanzado por cada una de estas disciplinas. En fin, es obvia la diversidad de historias sociales según la escuela teórica en la que se sitúa cada historiador o cada

[74] Sobre desarrollo y situación de la historia social en 1976 es interesante el número monográfico de *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), con artículos regionales sobre Gran Bretaña, Alemania y Francia.

grupo de investigadores dentro de la misma estructura académica, si ésta no era incompatible con el pluralismo teórico y metodológico.

Diferentes tradiciones historiográficas, preocupación por distintos hechos sociales, conexiones con otras ciencias de la sociedad, escuelas de pensamiento: según se tomen uno u otro de los influjos recibidos por la historia social de los años sesenta y setenta se podrían agrupar de forma distinta la multiplicidad de temas y enfoques que ha caracterizado su desarrollo en distintas áreas geográficas. Puede hablarse así, con razón, de una historia social en Estados Unidos que ofrece temas y perspectivas muy diferentes a los de América Latina, China o Europa occidental [75]. Y dentro de cada una de estas grandes regiones es evidente la diferencia según los objetos y estrategias —dependiendo ambos de las teorías y del desarrollo de otras ciencias sociales— de investigación. Aquí no se puede hacer más que dejar constancia de esa diversidad y riqueza e indicar, sin ánimos de exhaustividad, algunas corrientes que parecen haberse consolidado cuando estamos a punto de cerrar la década de 1980.

Para seguir el orden de los factores acabados de mencionar, podrían distinguirse, en primer lugar, las nuevas corrientes de historia social que heredan, modificándolos, patrimonios anteriores de Francia y del Reino Unido. En ambas naciones ha sido perceptible desde los años sesenta un renacido interés por la perspectiva desde abajo, más tradicional entre los británicos, más novedosa entre los franceses, que ha dado lugar, por una parte, al florecimiento de historias de la vida privada y de la vida diaria de grupos sociales populares y, por otra, al auge de una historia cultural popular. Dentro de estas corrientes, es notoria la presencia de conocidos *annalistes* en la expansión de la historia de la vida privada, pero en lo que se refiere a culturas populares no falta la activa presencia de marxistas. En el renacimiento de la *people's history* o de la *history from below*, muy visible en Gran Bretaña, ha desempeñado un papel central History Workshop, convertido recientemente en centro para el estudio de la historia socialista y feminista, lo que indica bien las preocupaciones políticas que animan al grupo.

El renacimiento de la historia social no puede limitarse en Gran Bretaña y, más allá, en el mundo de habla inglesa, a los herederos «culturales» de la tradición marxista. Dentro de esa corriente general que pretende recuperar una historia por abajo conviven múltiples tendencias. La atención al grupo, a su cultura, a su mentalidad, a su lenguaje o a su vida diaria, con la apertura de nuevos temas tales como el ocio, la bebida, el deporte, las canciones o el *music-hall*, la ciudad, puede insertarse en un

---

[75] A los análisis sobre la situación de la historia social que periódicamente ofrecen *Social History* o *Journal of Social History*, pueden añadirse los capítulos dedicados a historia social en China, Estados Unidos y América Latina, Europa y Africa incluidos en O. Zunz (comp.), *Reliving the past. The worlds of social history*, Chapel Hill, 1985.

análisis de las relaciones de poder o, por el contrario, mantenerse en un tipo de historia cultural ajena a esta problemática. Es evidente que, en este caso, la dirección de la investigación no está determinada por el mismo objeto —el lenguaje, por ejemplo—, sino por la teoría social en la que se aborde su estudio. Hay así una historia social del lenguaje que ha podido clarificar cuestiones ocultas de las relaciones de poder o de la conciencia colectiva, como hay también una historia social del mismo fenómeno que se mantiene lejos de esa perspectiva. No es idéntico el análisis de la extensión del idioma francés realizado por Eugen Weber en el marco de una teoría de la modernización que el estudio del lenguaje de los esclavos efectuado por Eugene Genovese en el marco de una teoría de la dominación, pero es obvio que ambos entran en la categoría de la «social history of language», del que precisamente Peter Burke ofrece una recopilación de estudios o del que William Sewell se valió para ofrecer algunas observaciones de interés sobre la conciencia obrera francesa a mediados del siglo XIX[76].

Hay que retener, por tanto, la relevancia —sea cual fuere la teoría subyacente— que para la historia social ha tenido el reciente auge de estudios sobre lenguaje y culturas colectivas, herederos de una tradicional preocupación de la historiografía británica pero que ha rebasado claramente sus primeras problemáticas en torno a los procesos sociales, y que puede constituir el objeto de investigación de historiadores tan dispares, como Asa Briggs, un «Macaulay del Welfare State» —como le ha llamado David Cannadine— y Gareth Stedman Jones, un historiador marxista que reclama la necesidad de historia teórica. Algo similar a lo sucedido con la historia del lenguaje ha experimentado también la historia de los movimientos sociales o de protesta social, entre los que se pueden encontrar a herederos directos de la tradición marxista, como George Rudé, o a historiadores que rechazan explícitamente cualquier teoría social y se acogen en la práctica a alguna especie de individualismo metodológico, como Richard Cobb[77].

En la misma Gran Bretaña, el período que aquí nos ocupa presenció lo que David Cannadine llamó una edad de oro de la historiografía, en el que participaron sobre todo los historiadores sociales. Es el momento en que

[76] E. Weber, *Peasants into Frenchmen. Modernization of rural France, 1870-1914*, Londres, 1977; E. Genovese, ob. cit.; P. Burke y R. Porter (comps.), *The social history of language*, Cambridge, 1987; W. H. Sewell, Jr., *Work and Revolution in France. The language of labor from the Old Regime to 1848*, Cambridge, 1980.

[77] De Asa Briggs, su artículo pionero «The language of "class" in early Nineteenth-century England», en A. Briggs y J. Saville (comps.), *Essays in Labour history*, Londres, 1986, pp. 43-73. Stedman Jones ha recopilado varios de sus artículos bajo el título algo abusivo de *Languages of class. Studies in English working-class history, 1832-1982*, Cambridge, 1983. Las diferencias de enfoque y contenido entre Rudé y Cobb se perciben inmediatamente con sólo leer *The crowd in history*, Nueva York, 1964, y *The police and the people*, Oxford, 1970, subtituladas respectivamente *Popular disturbances* y *Popular protest*.

la revolución industrial ha producido ya todos sus efectos y el mundo y la sociedad pasada se dan por definitivamente perdidos, lo que provoca algunas reflexiones cargadas de nostalgia, como la efectuada por el animador del Grupo de Cambridge para el estudio de la población y de la estructura social, fuertemente ligado a las tendencias cuantitativistas de historia social dominantes en Francia [78]. Pero es también la época en que historiadores de diversas procedencias teóricas pasan revista a los grandes temas de la historia inglesa situándolos en lo que, por seguir con Cannadine, se podría llamar una «welfare-state version of the past» [79]. Los historiadores sociales desempeñaron en la construcción de esta versión un papel fundamental del que atestigua claramente la figura de Asa Briggs, con sus estudios sobre la ciudad victoriana. Por supuesto, la tradición marxista británica era demasiado fuerte como para dejar el campo únicamente a la historiografía liberal o humanista: pisándole los talones a Briggs aparecen varios estudios de historia local que vuelven a colocar la lucha de clases y las relaciones de dominación y subordinación en el centro del discurso histórico [80]. En definitiva, el período de las grandes revoluciones políticas y de la revolución industrial se percibe dentro de un ordenado y coherente progreso hacia la sociedad actual o como resultado de una lucha de clases postulada por la tradición marxista.

La dirección dominante entre los historiadores sociales franceses ha estado más influida que la británica por su diálogo con la etnología. Es significativo, sin embargo, que el cambio de acento desde la larga duración y la determinación estructural hacia la corta duración y los azares de la vida diaria, y lo que este giro implica de recuperación del acontecimiento, haya sido protagonizado en parte por los mismos autores que antes hemos definido como segunda generación de *Annales*. Puede verse en este giro el efecto de la crisis de finales de los años sesenta y la necesidad de reinsertar al sujeto en la historia, como puede verse también el agotamiento de la mirada estructural. En todo caso, es largo el camino recorrido por Le Roy Ladurie entre *Les paysans de Languedoc*, con sus análisis cuantitativos y su atención preferente a la demografía o al clima, y *Montaillou*, que no teme demorar la atención del lector en relatos biográficos de gentes del común a las que se nos presenta por sus nombres y cuyas peripecias se siguen con detalle, sobre todo cuando se trata de documentar conductas

[78] En España se ha publicado la segunda edición: P. Laslett, *El mundo que hemos perdido, explorado de nuevo*, Madrid, 1987.

[79] D. Cannadine, «British history, past, present and future?», *Past and Present*, 116 (1987), pp. 170-5.

[80] De A. Briggs, *Victorian people* y *Victorian cities* son respectivamente de 1954 y 1963. De muy otro significado teórico, pero participando de idéntico interés por la ciudad en la revolución industrial, John Foster, *Class struggle and the industrial revolution. Early industrial capitalism in three English towns*, Londres, 1974, o de Gareth Stedman Jones, su excelente *Outcast London*, Oxford, 1971.

'desviadas'. No es idéntica tampoco la preocupación que guía a Duby cuando escribe su *Economía rural* y las razones que le mueven a escribir un libro como *El domingo de Bouvines*, en el que un acontecimiento —para mayor paradoja político y, dentro de esta categoría, militar, como es una batalla— adquiere un tipo de densidad ontológica y, por tanto, epistemológica que se diría proscrita en el seno de la misma escuela de la que Duby procede[81]. Pocos compartirían hoy, incluso entre los *annalistes*, la afirmación de Furet de que sólo por el número y el anonimato puede reintegrarse en la historia a las clases inferiores. La historia de las mentalidades como historia de estructuras de ideas, valores o creencias dotadas de cierto halo de intemporalidad, como características de una especie de subconsciente colectivo[82], ha dejado paso a la exploración de culturas populares históricas[83], incluso a través de individuos o acontecimientos excepcionales cuyas huellas saltan a la atención del historiador y se convierten en centro de su relato.

En este punto es imprescindible tomar nota de lo que parece prometedora conjunción de una microhistoria, que debe mucho en su enfoque a la etnología, con el nuevo interés por el lenguaje y la historia cultural ya señalados. El panorama, naturalmente, se complica porque la microhistoria puede reducir su foco hasta centrarlo en un solo individuo, lo que presumiblemente descartaría su definición como historia social (si por tal se entiende el estudio por el ordenador de series de elementos susceptibles de repetición), aunque por medio del estudio del lenguaje y de la cultura en su más amplia acepción, puede abrirlo tanto que desemboque, a través de ese individuo, en la reconstrucción de una sociedad. Las historias de Menocchio, Martin Guerre —o del impostor que asumió su personalidad— y de Benedetta Carlini, por mencionar sólo a tres personajes del común a quienes sucedieron cosas excepcionales, nacidos en el siglo XVI, dicen más acerca de la sociedad de ese siglo que muchas historias sociales que se limiten a elaborar largas series de datos cuantificables[84]. A notar también, claro está, que esta forma de historia social hoy en auge recupera, de la vieja historia política, el gusto por la estructura narrativa: no se trata sólo de analizar lo que le ocurrió a un molinero o a una monja, sino de saber contarlo de tal forma que pueda atraer a lectores tan comunes como las vidas de los sujetos que narran.

[81] Y que obligan al autor a escribir un prólogo autojustificatorio en el que aduce la «seducción del placer» y el gusto por la libertad como motivos determinantes de su elección: *El domingo de Bouvines*, Madrid, 1988, p. 8.

[82] De lo que *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1983 [orig. 1977] o *La peur en Occident*, de J. Delumeau, París, 1978 [hay una reciente traducción, Madrid, 1989] son magníficos ejemplos.

[83] En la que han jugado también un papel relevante historiadores británicos, como atestigua la obra de Peter Burke, *Popular culture in early Modern Europe*, Londres, 1978.

[84] C. Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, 1981; N. Z. Davis, *El retorno de Martín Guerre*, Barcelona, 1982; J. C. Brown, *Inmodest acts. The life of a lesbian nun in Renaissance Italy*, Oxford, 1986.

Preocupaciones políticas y sociales y diferente relación con las ciencias sociales, más que los influjos recibidos de anteriores tradiciones, han sido los principales determinantes en la eclosión de la nueva historia social en Estados Unidos. Hasta allí ha llegado el influjo de la tradición marxista británica o de los *annalistes* franceses, y allí han aparecido interesantes estudios de historia cultural y de microhistoria. Pero no se trata ahora de esas corrientes comunes, fruto a veces de la identidad de lengua y siempre de la continua corriente de ideas entre Europa y Estados Unidos, sino de la aparición y consolidación en sus departamentos universitarios de una historia social propia, que difícilmente deja encerrarse en una definición o limitarse a una herencia. Interesa, más que definirla, seguirla en su impulso y sus resultados.

El primero procede de la consolidación en el sistema universitario americano de departamentos de ciencias sociales y de la gran expansión que estas ciencias experimentaron en un período en que aparecieron grietas en el clima de consenso social y político dominante tras el fin de la guerra mundial. A partir de la década de 1960, la sociedad americana se enfrentó a manifestaciones de protesta y disentimiento político con la aparición de nuevos movimientos sociales, como el feminista, el de la igualdad de derechos o contra la guerra. A los veinticinco años de imperio estructural-funcionalista, con su acento en el equilibrio y el consenso, siguió un período de temas conflictivos y de búsqueda intelectual en todas direcciones, desde la neoevolucionista hasta la teoría de la modernización o el marxismo.

En este clima de discusión política y de vitalidad intelectual, la historia social «integró lo que parecía ser un número infinito de nuevos temas» [85]. Durante esas dos décadas se produjo lo que Stearns ha llamado una explosión de temas sociohistóricos, entre los que destacaron muy pronto los estudios sobre negros, jóvenes y mujeres. La etnicidad, la edad y el género fueron algunos de los nuevos criterios para el estudio de grupos sociales [86]. La vida humana en toda su extensión y con todas sus posibles circunstancias, desde el nacimiento a la muerte, pasando por la familia, el ocio, la educación o el trabajo, se convirtió en el núcleo de los estudios de historia social desplazando a la visión «romántica y esencialmente indefinida del pueblo» [87].

La posible tendencia centrífuga de esta historia social, que no pocos temían, se corrigió por la inmediata relación que los historiadores debieron establecer, en un sistema académico que facilita el acceso de los estudiantes a cursos y seminarios impartidos por diferentes departamen-

[85] O. Zunz, «The synthese of social change. Reflections on American social history», en O. Zunz, ob. cit., p. 53.

[86] P. Stearns, «Toward a wider vision. Trends in social history», en M. Kammen, *The past before us*, cit., p. 220.

[87] O. Zunz, *l. c.*

tos, con las ciencias sociales. La infinitud de «topics» se fue organizando en torno a varias cuestiones fundamentales, de las que Oliver Zunz ha señalado como más relevantes los movimientos migratorios, las dimensiones de la experiencia industrial, las dimensiones de la experiencia urbana y la cambiante familia americana. En efecto, migración, industrialización, urbanización y familia han sido algunas de las grandes cuestiones en torno a las que se ha organizado lo que en su origen fue un territorio fragmentado. Pegados a uno u otro de esas grandes cuestiones, han aparecido estudios sobre toda clase de temas imaginables que un sistema universitario en continua expansión hasta fechas recientes podía perfectamente engullir.

De esa proliferación, menos caótica de lo que a primera vista pueda parecer, se han seguido dos fenómenos que no han dejado de llamar la atención de los propios historiadores sociales. Por una parte, al especializar el objeto de investigación y al recurrir a ciencias sociales metodológicamente muy desarrolladas, las diferentes parcelas de la historia social en cuanto historia de fenómenos sociales han tendido a buscar su propia autonomía: si Hobsbawm podía tratar hace veinte años a la historia urbana y a la historia de la familia como parcelas de la historia social, los más recientes estudios de historiografía, aun manteniendo un capítulo para la historia social, abren capítulos específicos para cada una de ellas: junto al obligado capítulo sobre «social history» aparecen diferenciados, entre otros, los capítulos sobre «urban history» o «family history» por no hablar de la historia de la mujer o de la infancia. La historia urbana, en relación con el urbanismo, y la historia de la familia, muy vinculada a la antropología y la demografía, son ya campos autónomos y especializados de la historia.

Por otra parte, al centrar la mirada en un objeto constituido ya autónomamente, este tipo de historia social ha perdido, si no en la teoría, al menos en la práctica, su ambición totalizadora. No se trata de que la historia social haya abandonado la política, puesto que de la misma manera que hay una historia urbana o de la familia también ha aparecido una historia social del poder. Se trata más bien de que el paso de la historia social a la historia de la sociedad, tal como fue enunciado por Hobsbawm, es físicamente imposible si la historia social se fragmenta en varias historias autónomas y fuertemente consolidadas: bastante trabajo tiene el historiador de la familia como para demorar la atención en otras cuestiones que, a su vez, se han vuelto arduas aunque no fuera más que por las montañas de papel que han caído sobre ellas.

Esta constatación puede desanimar a los investigadores que, nostálgicos de la historia total, creen realizarla limitando geográficamente el ámbito de su investigación. De ahí, probablemente, el auge de una nueva especialización de historia social, la historia local. Pero de ahí también que los historiadores hayan abandonado el terreno de las discusiones macro-

históricas. Geoff Eley constataba que las más estimulantes discusiones sobre el desarrollo histórico británico habían tenido lugar fuera de la profesión y en revistas de sociología o de teoría marxista[88]. Significativamente, el momento de mayor expansión y triunfo de la historia social coincide, en efecto, con el abandono del estudio de los grandes procesos o de la búsqueda, dentro de la historia, de la sociedad en su conjunto. No se trata sólo de que se vuelva al acontecimiento o se entretenga la atención en la vida privada, sino de que parecen agotados aquellos grandes temas —formación del Estado nacional, revolución industrial, transición de la sociedad feudal al capitalismo— que durante décadas alimentaron a la historia social antes incluso de que hubiera adoptado ese nombre. Curiosamente, después de un período de expansión sin precedente, los estudios que tratan de la historia social en cualquiera de las acepciones que aquí hemos explorado llaman la atención por su tono pesimista, de fin de siglo o al menos de fin de época.

De todas partes se levanta el mismo lamento: al socavar el dominio tradicional de la historia política y al fragmentarse en temas especializados y sin conexión entre sí, la historia social se muestra incapaz de ofrecer visiones coherentes de un largo proceso o de una totalidad social. La historia se ha desmigajado o ha perdido un núcleo que le permita reconstruir su coherencia estructural: se gasta cada vez más tiempo y más energías en conseguir resultados cada vez más irrelevantes y más destinados al estrecho círculo de los especialistas. Del historiador como elemento configurador de la memoria colectiva se pasa al especialista incapaz de comunicar. El futuro aparece sombrío después de un período de esplendor y la razón es siempre la misma: la historia social es incapaz de abordar la totalidad que deja en manos ajenas a la profesión, a manos de sociólogos o de teóricos marxistas o funcionalistas. Una historia en migajas, una historia para profesionales: tal es el tono dominante.

Que contrasta vivamente con el de quienes pretenden reconstruir esa totalidad a partir de la sociología. La incertidumbre sobre el objeto de la historia social, de desaliento ante la multitud de sus disciplinas ya consolidadas y sin apenas comunicación interna, de crítica por «la ausencia de una auténtica problemática o cuestión» se convierte, sin embargo, en optimismo y hasta euforia ante los nuevos programas de investigación trazados por quienes titulan su disciplina como sociología histórica. Parece como si hubiera cundido cierto desaliento entre los historiadores que se han asomado a las ciencias sociales mientras domina la euforia entre los sociólogos que han redescubierto el placer de leer historia. Tal vez sea buen momento para volver hacia ellos la mirada y ver por dónde se han movido durante los últimos años.

---

[88] G. Eley, «Some recent tendencies in social history», en G. G. Iggers y H. T. Parker (comps.), *International handbook*, cit., pp. 64-5.

4. LA SOCIOLOGIA HISTORICA

En el prefacio de una obra ambiciosa, Michael Mann confesaba que una inmersión de diez años en un proyecto tan ilusorio como escribir la historia mundial del poder le hizo «redescubrir el placer de devorar historia». A muchos politólogos y sociólogos les ha alcanzado, especialmente desde los últimos años de la década de 1950 y, sobre todo, en las dos décadas siguientes, la misma placentera sensación, producto a su vez de una convicción racional, que comparto en su totalidad: la teoría sociológica no se puede desarrollar sin conocimiento de la historia»[1].

La experiencia personal de Mann es el contrapunto de una sociología que, olvidando sus orígenes, abandonó la historia y sucumbió ante la «gran teoría». Redescubrir es en este caso retornar a las fuentes, pues la teoría social ha sido desde sus primeros esbozos una reflexión sobre sociedades cambiantes en el tiempo y, por tanto, cargada de un fuerte contenido histórico, fuese filosófico, conjetural o positivo. Desde los ilustrados —en quienes Durkheim situaba el origen de la ciencia social— hasta Max Weber, todos los sociólogos han intentado encontrar alguna explicación a los cambios provocados por las revoluciones políticas y económicas, de las que muchas veces fueron privilegiados testigos, sirviéndose de conocimientos más o menos profundos de la historia e integrando el análisis de estructuras sociales en una interpretación de la acción humana. Si esa tradición se perdió y hubo que redescubrir el viejo placer de devorar historia fue porque, en el momento del triunfo del historicismo, no pocos sociólogos consideraron superflua para sus teorías de la sociedad la acumulación de información histórica sobre detalles carentes de lo que Weber llamaría relevancia de sentido para nosotros.

4.1. ECLIPSE DE LA HISTORIA EN LA CIENCIA SOCIAL

En efecto, no ya los teóricos sociales de la Ilustración, sino quienes participaron en los intentos de reconstrucción de una comunidad moral

[1] M. Mann, *The sources of social power*, vol. 1, *A history of power from the beginning to a. D. 1760*, Cambridge, 1986, p. vii.

tras los procesos revolucionarios que liquidaron los fundamentos sociales del Antiguo Régimen, y hasta quienes vivieron para asistir a las transformaciones provocadas por el capitalismo y la industrialización, compartieron la común preocupación de entender históricamente la sociedad que se transformaba bajo su mirada. La transición de una forma de sociedad a otra —agrícola a comercial, feudal a industrial, simple a compuesta, segmentaria a orgánica— y los determinantes que causaban ese tránsito constituyeron el núcleo central de lo que primero se llamó historia conjetural, luego filosofía social y, en fin, sociología. Que esa determinación se buscara en el funcionamiento de una ley universal de progreso que exigiría recorrer a la humanidad una serie de etapas de crecimiento acumulativo; que fuese por efecto de una ley general de evolución que habría tenido el mismo resultado no ya por la acumulación, sino por diferenciación y complejidad o que fuese por un proceso singular y único, en todo caso, la sociología poseía siempre un contenido estrictamente histórico y consideraba el tiempo, tanto como el espacio, como categoría imprescindible para el análisis teórico de la sociedad. En ese sentido, se puede decir razonablemente que la sociología fue en su origen historia de la sociedad y que, por tanto, entre ella y la historia no podía trazarse una frontera nítida.

Esta era, como ya quedó indicado, la convicción de Durkheim y, sobre todo, de Weber, cuya biografía personal de historiador que se encuentra al cabo de los años revestido del traje de sociólogo es paradigmática de una forma de concebir la relación profunda entre historia y sociología. Weber repensó en otros términos y propuso soluciones diferentes a la problemática relación entre lo singular y lo general y entre acción humana con sentido y estructura de la sociedad, de las que emergería una específica relación entre historia y ciencia social. Por supuesto, Weber negó las aparentes diferencias entre historia y sociología, como si la primera pudiera renunciar al análisis causal y la segunda al conocimiento de lo concreto histórico. El historiador, por muy limitado al caso singular que apareciera y por muy apegado que estuviese a la concepción de la historia como ciencia idiográfica, verificaba siempre, en la misma reconstrucción secuencial de los hechos y aun en el caso de que no lo intentara expresamente, un análisis causal.

La originalidad de Weber consistió en proponer que tal análisis se explicitara por medio de una construcción irreal del mismo proceso histórico. No se puede saber, en efecto, si un elemento de ese proceso es causa de otro a no ser que sepamos que, en ausencia de tal elemento y manteniéndose constante el resto de variables, el otro no se habría dado. Naturalmente, este planteamiento exigía el análisis comparado del proceso real conocido con el irreal construido por el propio investigador, lo que no dejaba de provocar cierta impaciencia entre los historiadores, adversarios por instinto de la reconstrucción mental de procesos irreales, o por

decirlo con el concepto de la nueva historia económica, de la construcción de contrafactuales. Pero la atribución de una causa a un fenómeno único e irrepetible es lógicamente imposible si su efecto no se controla, ya que no experimentalmente, al menos mentalmente. Para lograrlo, Weber proponía que el científico social se dotara de un instrumento construido por él mismo: el tipo ideal.

La utilización de ese instrumento para el caso singular de la aparición en el Occidente europeo del capitalismo moderno y racional muestra bien lo que Weber entendía por una ciencia social histórica: los rasgos que presenta un individuo histórico concreto —el capitalismo— se estilizan con objeto de comprender lo que lo constituye como tal. En el marco de tal estilización aparecen aquellos elementos que lo determinan, entendiendo por determinación no el funcionamiento de una causa única y universal, sino de las múltiples causas que hicieron objetivamente posible su aparición. Que finalmente el hecho singular se produjera no obedece por tanto a una determinada causa, sino al conjunto de ellas mediada por el sentido del que los agentes históricos impregnaron su acción. De esta manera, el hecho histórico concreto aparece a la vez como determinado pluricausalmente y, por tanto, no casual, no azaroso, e indeterminado, es decir, no necesario. La historia no se presenta como secuencia regida por la necesidad, pero tampoco como mero producto del azar. Weber rompía así el proceder habitual de los historiadores que, al presentar la secuencia de un proceso en una narración cronológicamente ordenada de un *continuum* espacio-temporal, tienden a considerar o a dar por supuesto que el pasado ha sido fatal y que el futuro es indeterminado[2]: ni es necesario el pasado ni está libre el futuro de determinaciones.

Este es el núcleo de la herencia weberiana que recogerá más tarde uno de los más relevantes sectores de lo que se ha llamado sociología histórica o análisis sociológico de la historia. Plantear explícita, abiertamente, el análisis de la pluricausalidad del hecho histórico y entender ese hecho como fenómeno cultural, esto es, como individuo singular y, por tanto, dotado de sentido que es necesario explicar y comprender. Por otra parte, el análisis de la causalidad y la comprensión del sentido exigen, según Weber, una neutralidad valorativa de parte del investigador que debe hacerse compatible, sin embargo, con la relevancia de sentido que para él posee el hecho histórico.

Como luego se indicará con mayor atención, los problemas planteados por Weber no pueden encontrar una solución satisfactoria si no se renuncia previamente a la tesis que le sirve de punto de partida: definir la historia como explicación causal de hechos particulares y la sociología como formulación de generalizaciones sobre esos mismos hechos. Si se

[2] Según el libre comentario de Aron al pensamiento de Weber en *Les étapes de la pensée sociologique*, París, 1967, p. 514.

renuncia a esta innecesaria distinción, la obra de Weber tiene el doble mérito de asestar un duro golpe al supuesto historicista de la posibilidad de una historia carente de teoría de la causalidad y de romper la identificación de historia y sociología basada en el supuesto de una causalidad entendida como ley natural de la evolución de la sociedad humana. Por lo demás, su concepción de la ciencia social como una ciencia de la realidad que pretende comprender «la peculiaridad de la vida que nos rodea y en la que nos hallamos inmersos; por una parte, el contexto y el significado cultural de sus distintas manifestaciones en su forma actual y las causas de que históricamente se haya producido precisamente así y no de otra forma»[3] —es decir, su objetivo de comprender la realidad actual en su génesis histórica y el postulado de una plural causalidad histórica como probabilidad objetiva[4] de que las cosas hayan sido así y no de otra manera— puede allanar el camino que conduzca a la superación de su propia definición de la historia como ciencia de lo particular y único frente a la sociología como ciencia de lo general y recurrente.

Pero el camino abierto por Weber no fue recorrido por quienes le sucedieron como teóricos de la acción: la de Weber fue la última de las grandes construcciones sociohistóricas producidas antes de que sociólogos y antropólogos comenzaran en los años de la primera posguerra lo que Peter Burke define como un «diálogo de sordos» con los historiadores. No se trata de que «rompieran bruscamente con el pasado en torno a 1920»[5] y se produjera entonces una irreparable cesura entre la abstracción y la investigación concreta que habría convertido a la sociología y a la historia en dos campos separados de trabajo, como si todo pudiera cargarse a la cuenta de unos historiadores que se sirvieron de forma acrítica de una epistemología positivista simplificada[6]. En realidad, a la distancia que los historiadores científicos marcaron respecto a la teoría social, correspondió, después de la guerra, la distancia similar que los teóricos sociales tomaron de la historia. De Weber hasta Parsons y Schutz se ha producido en la teoría social un eclipse —total o parcial, pues de todo hay opiniones— de la historia: la fusión de historia y teoría que había servido de cimiento a la construcción de los grandes esquemas conceptuales de la sociología clásica dejó paso a la especialización académica de la sociología y, con ella, a la aparición, por una parte, de la figura del sociólogo como esforzado científico empírico de su inmediata realidad

[3] M. Weber, «La objetividad del conocimiento en las ciencias y la política sociales», en *La acción social: ensayos metodológicos*, Barcelona, 1984, p. 140.

[4] J. Freund, «German sociology in the time of Max Weber», en T. Bottomore y R. Nisbet, *A history of sociological analysis*, Londres, 1979, pp. 169 y 171, y del mismo autor, *Sociología de Max Weber*, Barcelona, 1986, pp. 121-134.

[5] P. Burke, *Sociology and history*, Londres, 1980, p. 21.

[6] Como afirma C. Lloyd, *Explanation in social history*, Oxford, 1986, p. 1.

social y, por otra, a la hegemonía de «teorías abstractas divorciadas del trabajo histórico»[7]. La investigación empírica y las teorías generales de la acción, interesadas en el análisis de los sistemas sociales y de su funcionamiento, y preocupadas por la preservación de su equilibrio, eliminaron de la reflexión sociológica la dimensión histórica —o genético/estructural— que la había caracterizado hasta el tiempo de Weber.

En este abandono puede verse el efecto acumulado del propio desarrollo de ambas disciplinas y el resultado de la crisis de sociedad y poder que atravesó Europa a consecuencia de la guerra mundial. Por una parte, la acumulación de conocimientos históricos y la muy reciente madurez de la historia concebida como ciencia positiva, hizo cada vez más difícil que la sociología pudiera servirse de causas de validez universal para aplicarlas a toda la historia universal. El paradigma evolutivo de la teoría social, en su doble y sucesiva versión filosófico/conjetural, a la manera de las escuelas históricas de la Ilustración, y en lo científico/natural, a la manera del positivismo del siglo XIX, dejaron de servir como instrumentos explicativos de unas sociedades y unos procesos que evidentemente no eran ya ni únicos ni parecían regidos por una ley universal de carácter acumulativo. La concepción de una historia de la humanidad a partir de un origen único y siguiendo etapas sucesivas de desarrollo hacia una superior y más compleja organización no resistió ante los descubrimientos de la historia científica. Durkheim y Weber fueron los últimos sociólogos que aún pudieron pensar teóricamente totalidades sociales cambiantes en el tiempo, pero ya el mismo Weber limitó su teoría de la burocratización y racionalización al caso exclusivo del capitalismo occidental y todo lo demás le interesó en cuanto proporcionaba una contraprueba de esa singularidad histórica.

Por otra parte, la guerra y los movimientos revolucionarios que la acompañaron y siguieron, además de acelerar la pérdida de hegemonía de Europa, liquidaron la visión histórico/social de un ilimitado progreso de la humanidad hacia metas superiores y pusieron fin al eurocentrismo implícito en tal visión e incluso al postulado que la sustentaba: la afirmación de un sentido en la historia. La fe en el progreso, la percepción de la sociedad europea como destino histórico universal —sea como realización de la historia universal de la razón, al modo de Hegel, o como probabilidad objetiva de una dirección evolutiva de carácter universal, al modo de Weber— desapareció en el campo de batalla de la misma Europa. El proyecto de los pioneros de la sociología de construir una ciencia natural del hombre y de la sociedad y el proyecto de la sociología

[7] D. Zaret, «From Weber to Parsons and Schutz: the eclipse of history in modern social theory», *American Journal of Sociology*, 85: 5 (1980), pp. 1180-1201. Th. Skocpol habla sin embargo de un «partial eclipse of historical sociology» en «Sociology's historical imagination», en Th. Skocpol (comp.), *Vision and method in historical sociology*, Cambridge, 1984, p. 2.

clásica de construir marcos teóricos para la comprensión de la realidad actual en su específica causalidad histórica entraron simultáneamente en crisis durante lo que Arno Meyer ha llamado con razón segunda guerra de los treinta años.

Así, mientras la historia se volvía predominantemente positivista, centrando su interés en el hallazgo de documentos, la crítica de fuentes y la acumulación de datos, la sociología dedicó una atención preferente al análisis abstracto de la estructura y el funcionamiento de la sociedad, independientemente de cualquier espacio o tiempo histórico. La sociedad se consideró como sistema social, compuesto de subsistemas que garantizaban su funcionamiento y equilibrio. La cuestión central de la sociología no consistió ya en la reconstrucción de la comunidad moral tras las revoluciones del siglo XIX —como fue el caso con Durkheim y su teoría de la solidaridad social orgánica—, o en el intento de comprensión de un proceso histórico singular —como fue el caso con Weber y su teoría del capitalismo occidental y racional—, sino en preservar el equilibrio que las tensiones abiertas en Europa a raíz de la primera guerra, de la revolución soviética de 1917 y del posterior auge de los fascismos hacían precario.

Esta línea de pensamiento sociológico alcanzó su expresión culminante en Talcott Parsons[8], que leyó en el período de entreguerras a Durkheim y Weber como teóricos de la acción social para vaciarles por completo, ya en la segunda posguerra, de cualquier contenido histórico. Surgió así lo que Mills denunciaría en un célebre manifiesto como «gran teoría»[9], con un grado de abstracción tal en sus análisis de la sociedad, de sus instituciones y valores, que sus construcciones sistémicas —que parecieron impresionantes sólo tal vez por la abstrusa jerga en las que llegaban servidas— resultaron inútiles a la hora de explicar el cambio social: «una teoría general de los procesos de cambio de los sistemas sociales no es posible en el presente estadio de la ciencia», aseguraba Parsons en su nueva summa sociológica, para afirmar a continuación que la teoría del cambio en la estructura de los sistemas sociales tenía que ser una teoría de «subprocesos particulares *dentro* de esos sistemas, no de la totalidad de los procesos de cambio *de* los sistemas como tales sistemas»[10]. Sea cual fuere el juicio que merezca su posterior introducción de los «evolutionary

---

[8] La síntesis parsoniana —escribe Gouldner— creció durante la crisis de las sociedades de clase media provocadas por las cuatro grandes convulsiones del período: la guerra, la revolución soviética, el fascismo y la crisis económica mundial: *The coming crisis of western sociology*, Londres, 1971, p. 144.

[9] C. W. Mills, *The sociological imagination*, Nueva York, 1959, cap. 2.

[10] T. Parsons, *El sistema social*, Madrid, 1966, p. 484. Es significativo que esta primera impotencia haya conducido luego al intento de construir un nuevo evolucionismo tal como se teoriza en *La sociedad. Perspectivas evolutivas y comparativas*, México, 1974, y *El sistema de las sociedades modernas*, México, 1974. Para la «imposibilidad categorial y formal de la teoría del cambio social», José Almaraz, *La teoría sociológica de Talcott Parsons*, Madrid, 1981, pp. 395-411.

universals» en el sistema social, es lo cierto que la sociología inspirada por la gran teoría estructural-funcionalista se volvió de espaldas a la historia, dedicándose al análisis abstracto de las estructuras y funciones de intemporales sistemas sociales mientras abandonaba a los historiadores un tipo de trabajo que siempre había sido el suyo, el estudio particular de procesos de cambio dentro de la sociedad y de las transiciones de una sociedad a otra[11]. A finales de los años cuarenta, la sociología americana «simplemente ignoraba la historia»[12].

Aunque ciertamente pueda afirmarse que el divorcio entre historia y ciencia social «fue el desarrollo más devastador en la americanización de la ciencia social»[13], la construcción de fronteras entre teoría social e historia no fue asunto al que se aplicaron únicamente sociólogos americanos. En el período de entreguerras, y más decididamente, durante la segunda posguerra, las diferentes disciplinas sociales entonces emergentes mostraron una pronta voluntad de autonomía e independencia, que se manifestó en la búsqueda de métodos nuevos, y específicos a cada una de ellas, y en la reivindicación de campos teóricos particulares. Entre las ciencias sociales, la antropología alentó una reacción antihistoricista que llegó a afectar profundamente a la nueva escuela estructural: si el estructural/funcionalismo hacía en Estados Unidos tabla rasa de la historia, el estructuralismo francés se mostraba beligerante respecto a la historia y reivindicaba una especificidad en la perspectiva del estudio de sociedades alejadas en el espacio, cuando no en el tiempo. La reacción antihistórica afectó, como ya se indicó antes, incluso a algunas corrientes del marxismo que en su diálogo con el estructuralismo llegaron a reivindicar una historia sin sujeto o, como escribía Balibar, una historia «*cuyo sujeto es inencontrable*» puesto que el «verdadero sujeto de toda historia parcial es la *combinación* bajo cuya dependencia están los elementos y su relación, es decir, *algo que no es un sujeto*»[14], una historia que se reduciría entonces a la mera combinatoria formal de elementos o instancias. Ya se ha visto que una escuela de historiadores como *Annales* no permaneció insensible a esa reacción de posguerra y privilegió el estudio de los sistemas en detrimento del estudio del cambio: la mayor parte de su producción correspondiente a este período es extraña a todo análisis del cambio social y a la explicación del paso de un sistema histórico a otro.

En este punto, se estaría tentado de decir que la dificultad parsoniana

---

[11] Para una crítica de este Parsons evolucionista, Nisbet, «Discussion», en *L'historien entre l'ethnologue et le futurologue*, París, 1972, p. 159. Almaraz, pp. 535-548 ofrece un punto de vista más favorable y sitúa el esfuezo de Parsons en el renacido interés por «el planteamiento histórico-comparativo de las sociedades».

[12] Guenther Roth, en la reseña a Reinhard Bendix, *Force, fate and freedom*, en *History and Theory*, XXIV, 2 (1985), pp. 196-208.

[13] P. T. Manicas, *A history and philosophy of the social sciences*, Oxford, 1987, p. 281.

[14] L. Althusser y E. Balibar, *Para leer El capital*, México, 1972, p. 272 (subrayados del autor).

de explicación del cambio dentro de una sociedad y de cambio de una sociedad a otra tuvo idénticas raíces que la experimentada por la antropología estructural, por el marxismo de la historia sin sujeto y por la segunda generación de *annalistes.* No por casualidad, todo estos movimientos culturales fueron simultáneos en el tiempo. Si positivismo y evolucionismo impregnaron por igual a la sociología y a la historia en la segunda mitad del XIX, el estructuralismo y el antihistoricismo las impregnarían por igual un siglo después. No es que historia y sociología se hayan vuelto de espaldas, sino que algunos de sus más importantes cultivadores han recorrido un camino en el que era imposible encontrarse: la visión histórica de Braudel, con sus diferentes niveles y su tiempo inmóvil podría entenderse como correlato para sociedades de larga duración de la visión sistémica de Parsons con sus diferentes subsistemas y su ahistoricidad para una sociedad sin tiempo. Por otra parte, los supuestos teóricos del funcionalismo parsoniano no están alejados de los del marxismo althusseriano, ya que en ambos casos la dualidad objeto/sujeto se soluciona a favor de la determinación por el objeto [15], lo que podría hacerse extensivo a las teorías de la historia que han acentuado la determinación por las estructuras de larga duración.

En la reacción de los sociólogos contra la historia hubo determinantes de otra índole además de los sucesivos colapsos del paradigma histórico del evolucionismo, de la teoría del progreso lineal y acumulativo o del marxismo entendido como teoría de un desarrollo natural de modos de producción. Entre ellos, tuvo una especial relevancia la apertura de nuevos campos teóricos y la definición de distintas metodologías, y la correspondiente voluntad de institucionalizar y, por tanto, separar, diferenciar los diversos acercamientos a la realidad social. Se produjo entonces, a partir de los años cincuenta, un desarrollo autónomo de un creciente número de ciencias sociales que reivindicaban su emancipación del tronco común y renunciaban de antemano a la pretensión de una ciencia social total. Lo que interesa en el actual contexto es que las diferentes ciencias sociales se afirmaron durante esas décadas no sólo unas frente a otras, sino en su conjunto frente a la historia. Las fronteras parecían ciertamente sólidas, a pesar de que no pocas voces se levantaban para exigir un acercamiento. Obviamente, la reclamación de interdisciplinariedad, tan reiterada en las décadas de 1950 y 1960, habría sido superflua si cada una de las nuevas disciplinas no hubiera seguido, para afirmarse, un camino autónomo que la alejaba, por su dinámica interna y por los intereses gremialistas que enseguida catalizaba, de todas las demás.

Pero si esa línea de progresivo distanciamiento es evidente, no lo es menos que desde el mismo momento en que historia científica y teoría

---

[15] A. Giddens, *Central problems in social theory,* Somerset, 1979, p. 52, que señala además la proximidad del concepto de ideología en Althusser con la internalización de valores de Parsons.

social reivindicaron su peculiaridad y tomaron sus distancias, se planteó también la necesidad de su mutua relación. En realidad, y a pesar de la dominante tendencia antihistórica, la separación de campos entre sociólogos e historiadores, condenados por el propio objeto de su trabajo —la sociedad— a ser vecinos fronterizos, nunca llegó a consumarse. Podría establecerse tal vez un paralelismo entre la reacción de los historiadores contra la historia política y positivista durante el primer tercio de nuestro siglo —y la aparición, como resultado, de la historia económica y social con todas sus posteriores ramificaciones— y la reacción de los sociólogos contra la sociología sistémica y ahistórica iniciada ya en los años cincuenta, muy notable a lo largo de la siguiente década y que adquiere aires de triunfo en los setenta. El paralelismo podría llevarse más allá: si la primera posguerra despertó en algunos historiadores la necesidad de incorporar la ciencia social a su trabajo, la segunda produjo entre no pocos sociólogos la necesidad de incorporar a sus construcciones teóricas un amplio conocimiento de la historia. Se iniciaron así dos poderosas corrientes de trabajo procedentes cada una de ellas del interior de la propia disciplina. Fueron historiadores quienes, al contacto con la ciencia social, declararon de forma más agresiva la necesidad de una «nueva historia» y combatieron a la vieja historia positivista y narrativa; fueron sociólogos quienes, ahítos de lecturas de historia, criticaron con más acidez las grandes teorías y el empirismo abstracto dominantes en la década de 1950 y mostraron un creciente interés por lo que indistintamente se denominó sociología o historia comparada. Al proclamar la urgencia de una nueva historia, los historiadores proponían una forma de hacer historia que no ignorase la ciencia social; al reivindicar otra sociología, los sociólogos proponían una forma de hacer sociología que, recuperando el aliento de sus orígenes, se llenara otra vez de historia. La historia económica y social, que fue la primera designación con la que se bautizó a la nueva historia, fue asunto de historiadores insatisfechos con los efectos producidos en su propia disciplina por el método rankeano; la sociología histórica, que es como se comenzó a designar a esa nueva sociología, fue la práctica de sociólogos que, fatigados de la jerga parsoniana, leyeron de nuevo a Weber no ya como teórico de la acción, sino como teórico de la constitución en un tiempo y espacio histórico determinado del moderno capitalismo racional y, en sus huellas, emprendieron estudios comparados de totalidades sociales históricas.

Historia económica y social —o, sencillamente, historia social— y sociología histórica fueron por tanto dos vías allanadas con el propósito de fortalecer una comunicación que, en realidad, nunca se había abandonado por completo. Por la primera de esas vías circularon preferentemente los historiadores; por la segunda echaron a andar los sociólogos. Como más adelante se razonará, no parece que exista ningún motivo para unificar esos caminos: tal vez la diferencia entre historia social y sociología

histórica no deba volverse irrelevante[16]; ni creo que sea algo más que la expresión de una trasnochada nostalgia o de un exacerbado corporativismo el sueño de volver al camino real o imperial de una ciencia social única y el intento de descalificar cualquiera de estas prácticas de investigación para absorberla en la otra. Historia social y sociología histórica se han constituido como programas diferentes de conocimiento científico de la sociedad y seguirán manteniendo las prácticas diferenciadas que fueron resultado histórico de sus respectivas estrategias de investigación. No existe ningún motivo para que, a la par que se establece una buena comunicación entre ambas, se unifiquen sus terrenos. Hoy ya sabemos que aquella ciencia social total —fuese la historia total o la gran teoría— no es más que la expresión de un imperialismo frustrado; sabemos también que los diálogos de sordos entre sociología e historia conducen a la formalización abstracta de la primera y a la pura crónica de hechos de la segunda. No hay razón para que ninguna de ellas desaparezca en el abrazo con la otra ni para que se vuelvan de espaldas. Quizá lo mejor es que sean buenas amigas[17], pero esto es adelantar acontecimientos, pues, antes, habrá que ver qué se esconde bajo la rúbrica «sociología histórica».

4.2. VARIEDADES DE SOCIOLOGIA HISTORICA

Pero ¿qué es la sociología histórica? Si se sigue, para aprehender el contenido de esta nueva expresión, el mismo camino que Louise Tilly para definir historia social, la respuesta sería clara: sociología histórica es la práctica de quienes se llaman a sí mismos sociólogos históricos. En este tipo de definiciones, muy del gusto de la comunidad académica de Estados Unidos, menos presa de designaciones tradicionales que otras, hay al menos un contenido objetivo, pues sociólogos históricos son quienes trabajando en departamentos de sociología engrosan las filas crecientes de la sección de sociología histórica de la American Sociological Association. No habría más que estudiar qué hacen esos sujetos y cuáles son sus «agendas» y «estrategias» de investigación para delimitar qué es efectivamente eso de la sociología histórica.

Y lo primero que se impone al observador es la procedencia del concepto y de sus cultivadores. La sociología histórica es, en su origen, un producto de la comunidad académica de Estados Unidos, es decir, procede del mismo ámbito en que reinó hegemónicamente la sociología ahistórica. Tal es la primera constatación. La segunda es que, dentro de esa

[16] Como desea, sin embargo, Peter Burke, en ob. cit., p. 30.

[17] «Social history and sociology: more than just good friends», titula D. Smith un artículo aparecido en *Sociological Review*, 30 (1982), pp. 286-308.

comunidad, la sociología histórica fue mayoritariamente obra de autores que habían leído a Durkheim y, sobre todo, a Weber —o recibido su herencia— sin reducirlos a «teóricos de la acción», y que reaccionaban, por una parte, contra la abstracción ahistórica de los herederos de la tradición clásica de la sociología y, por otra, contra cualquier teoría que pretendiera poseer un alcance universal como lo fue la teoría de la modernización —en cuanto establecía una especie de ley natural de evolución a través de fases o etapas de obligado tránsito desde las sociedades tradicionales a las modernas— o la teoría neovolucionista de Parsons cuando restablecía el valor de grandes etapas o fases de desarrollo de la sociedad. Por supuesto, la sociología histórica no es únicamente la reacción contra la lectura ahistórica de la sociología clásica, sino también el intento de responder, desde las dos principales ramas de esa misma sociología —durkheimiana y weberiana— al marxismo como teoría histórica de la sociedad.

Por su origen académico, por su diálogo con la sociología clásica y por su discusión con el marxismo, la sociología histórica tomará en seguida dos rumbos bien diferenciados que atañen a cuestiones de metodología, a teoría de la sociedad y —lo que aquí más nos interesa— a la relación postulada entre teoría e historia o entre conceptos y hechos. Por una parte, los herederos de la tradición durkheimiana adoptaron rápidamente la teoría del sistema social tal como fuera formulada por Parsons e intentaron aplicarla a casos históricos —industrialización, revoluciones— con objeto de indagar las condiciones de estabilidad del sistema, predecir posibles perturbaciones y proponer medidas de política social pertinentes para su previsión o corrección [18]. Por otra parte, la sociología histórica que se sitúa más directamente en la tradición weberiana y que, frente a la anterior, no está tan interesada en la aplicación de una teoría a la realidad histórica como en interpretar y/o explicar causalmente determinados procesos históricos por medio de la búsqueda de regularidades causales y de una utilización sistemática de la metodología comparativa. En el interés por Weber hay implícito no sólo el rechazo crítico de la sociología imperante, sino la necesidad de reanudar el antiguo diálogo que el mismo Weber tuvo con Marx y con la interpretación económica de la historia. Es en la indagación de un camino que simultáneamente se aleje de la pura abstracción y de una teoría que pretende ser la llave para explicar toda la historia por donde se abrirá paso esta rama de la sociología histórica.

Todo eso es ya evidente en los dos pioneros —si no fundadores— de esta práctica de investigación que ha recibido también el nombre de análisis macrosocial y de historia comparada. Uno de ellos, Reinhard Bendix, inaugura este tipo de análisis con *Work and authority in industry: ideologies fo management in the course of industrialization* (1956), e

---

[18] Un buen diagnóstico puede evitar una enfermedad: tal es la función que Chalmers Johnson atribuye al científico social en *Revolutionary change*, Boston, 1966.

introduce a Max Weber al público americano con *Max Weber: An intellectual portrait* (1960). Bendix es alemán, nacido en Berlín en 1916 y huido del nazismo en 1938. Su biografía, y el contenido de sus trabajos, puede servir para entender una de las grandes tendencias de la sociología histórica americana como heredera de corrientes de pensamiento que el auge del nazismo y el estallido de la guerra impidieron germinar en Centroeuropa. De Weber heredó Bendix el núcleo de su problemática histórico/teórica, la constitución del Estado occidental, y de él heredará también la metodología comparada como vía para definir la especificidad de un determinado proceso histórico.

Pero en el origen de la sociología histórica hay también el esfuerzo llevado a cabo por los herederos, a través de Parsons, de una tradición sociológica que se remonta a Durkheim y al positivismo organicista y que pretende demostrar la operatividad de la teoría estructural/funcionalista para explicar fenómenos históricos. Aquí no se trata tanto de construir la explicación teórica de un determinado proceso histórico —el origen de la democracia; la formación del capitalismo— y menos aún de interpretarlo por sus sujetos, cuanto de aplicar a uno o más casos una teoría preconstruida con objeto de deducir el hecho de ella y mostrar así su validez; es, en definitiva, un procedimiento similar al utilizado por los economistas neoclásicos cuando buscan en el estudio del pasado una demostración o prueba de su teoría económica. La primera de las obras que se sitúa en los inicios de esta segunda tradición es la de un parsoniano, Neil J. Smelser, y sus trabajos sobre la revolución industrial y sobre la conducta colectiva, esto es, todos aquellos episodios de «conducta dramática» —pánico, revuelta, revolución— a que los hombres de todas las civilizaciones se ven empujados en determinadas circunstancias y de los que la sociología debe averiguar por qué, cuándo, dónde y cómo ocurren [19].

A partir de esos diferentes orígenes y preocupaciones, la sociología histórica delimitó prácticamente una problemática específica en torno al desarrollo del capitalismo, los procesos de urbanización e industrialización y sus efectos sociales, los orígenes de la democracia o del Estado moderno y la aparición de sistemas mundiales. Barrington Moore, con su *Orígenes sociales de la dictadura y la democracia* (1964); Reinhard Bendix de nuevo, con *Estado nacional y ciudadanía* (1964) y *Kings or people: power and the mandate to rule* (1979); Charles Tilly, con *La Vendée* (1964) y, en colaboración con Edward Shorter, *Huelgas en Francia, 1830-1968* (1974); Perry Anderson, con *Transiciones de la antigüedad al feudalismo* y *El Estado absolutista* (ambas de 1974), Wallerstein con *El moderno sistema mundial* (2 vols., 1974 y 1980), y Theda Skocpol, con *Estados y*

---

[19] N. Smelser, *Theory of collective behavior*, Nueva York, 1962.

revoluciones sociales (1979) contribuyeron a delimitar durante los años sesenta y setenta una problemática que siempre ha girado en torno a lo que Tilly más adelante llamaría grandes estructuras, largos procesos y enormes comparaciones [20]. Es en ese marco donde debe situarse también el notable auge que en Estados Unidos ha recibido el estudio de las revoluciones, sea como fenómenos pertenecientes a la *conducta* colectiva —en la terminología de Smelser— o *acción* colectiva —en la de Tilly [21]—, sea como cambios violentos y rápidos en la estructura del sistema de poder que acarrean cambios en la sociedad, de acuerdo con la definición de Skocpol.

Tales fueron los orígenes del análisis sociológico aplicado a la historia. De ellos resultaron para la sociología histórica algunas características comunes pero también fuertes diferencias. En principio, es común a la sociología histórica el estudio de grandes procesos históricos o lo que uno de sus cultivadores ha llamado «procesos de estructuración de sociedades en el tiempo». Frente a la sociología sistémica, la historia reivindica el tiempo como una categoría fundamental para el análisis teórico de la sociedad. De ahí que se haya definido la nueva disciplina como intento de entender la relación entre acción humana, personal o colectiva, y organización o estructura social como algo que se construye de forma continua en el tiempo [22].

Tal sería, precisamente, la segunda nota común al análisis sociológico de la historia: su intento de asir simultáneamente los dos extremos de la tradicional dicotomía entre acción humana y estructura de la sociedad. Si Marx no fuera para algunos de estos sociólogos un nombre vitando, se diría que la sociología histórica pretende explicar que los hombres hacen su propia historia pero que la hacen en circunstancias no elegidas por ellos. Es significativa la centralidad que la discusión sobre la relación entre acción (agency) y estructura ha adquirido en la reflexión sociológica e histórica de los últimos años y que historiadores y sociólogos recurran precisamente a Marx como el más importante «single fund of ideas that can be drawn upon in seeking to iluminate problems of agency and structure», por decirlo con palabras de Giddens [23]. Acción y estructura constituyen también el núcleo de la discusión entre marxistas, como ha revelado el ataque de E. P. Thompson a Althusser y la respuesta al primero por parte

[20] En «Historical sociology», *Current Perspectives in Social Theory*, 1 (1980), p. 58. Más recientemente, el propio Tilly ha dado el mismo título a un libro: *Big structures, large processes, huge comparasions*, Nueva York, 1984.

[21] Que quiere destacar, con este término, una combinación de intereses, organización, movilización y oportunidad ausente en el análisis de Smelser: *From mobilization to revolution*, Nueva York, 1978.

[22] Ph. Abrams, *Historical sociology*. Somerset, 1982, p. 16. Para la introducción, a través del concepto de estructuración, de la temporalidad en la teoría social véase A. Giddens, *Central problems in social theory*, Cambridge, 1979, pp. 198-233.

[23] A. Giddens, ob. cit., p. 53.

de historiadores que acusan de culturalista su acercamiento a la historia, por privilegiar el sentido de la acción humana frente a las determinaciones objetivas que serían las propias del marxismo[24].

Esos procesos que estudia la sociología histórica poseen, además, lo que Max Weber llamaría relevancia de sentido para nosotros: tal es la tercera característica que define la nueva disciplina. Realmente, cuando un sociólogo histórico se pone al trabajo, lo que pretende es interpretar, por los métodos que enseguida veremos, algún proceso que esté en el origen de la actual sociedad ya se entienda como industrial, urbana, capitalista o democrática, es decir, ya se trate de estudiar sus procesos tecnológico, social o político. De ahí que, generalmente, la sociología histórica haya abordado sus problemas sin arrodillarse ante el ídolo de la cronología y que se pueda decir por tanto, con razón, que los problemas que aborda no emergen directamente de la lógica que concatena los hechos de un determinado período, sino de un aparato conceptual[25]. La sociología histórica plantea sus problemas pasando por encima de las fronteras de espacio y de tiempo y en la medida en que interesan a la discusión sobre la sociedad actual o sus orígenes.

Todo lo anterior sería imposible sin el recurso a la comparación. Y con ella entramos en lo que parece contribución específica de la sociología a la historia. No que los historiadores no comparen, pues como ya había visto Weber la singularidad de un fenómeno no puede nunca establecerse sin compararlo con otros; sino que habitualmente no lo hacen de forma explícita. Lo propio de la sociología histórica consiste en explicitar «las premisas teóricas subyacentes en la interpretación de los hechos históricos»[26] y en argumentar a partir de la construcción de una teoría entendida como conjunto de conceptos interrelacionados que pueden ofrecer una interpretación de un concreto fenómeno histórico.

Victoria Bonnell ha señalado que la misma lógica de la construcción de teoría es lo que, en sociología histórica, conduce directamente al estudio comparado. La comparación es, por consiguiente, una parte esencial de la empresa sociohistórica[27]. Lo es también de cualquier empresa histórica, pero la sociología, como ya quedó indicado, explicita los supuestos teóricos que permiten comparar fenómenos históricos distantes temporal

[24] No por casualidad el núcleo de la discusión es el concepto de clase, sujeto de la historia para Thompson, función del proceso de producción para Althusser. Véase, del primero, *The poverty of theory*, Londres, 1978, pp. 298-299 para este tema. Puede seguirse la discusión suscitada en *Hacia una historia socialista*, Barcelona, 1983. Es de interés, P. Anderson, *Arguments within English marxism*, especialmente los capítulos «Historiography» y «Agency», Londres, 1980.

[25] Según escribe N. Smelser, *Essays in sociological explanation*, Englewood Cliffs, 1968, p. 35.

[26] L. Paramio, «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38 (1986), p. 9.

[27] V. E. Bonnell, «The uses of theory, concepts and comparison in historical sociology», *Comparative Studies on Society and History*, 22, 2 (1980), p. 160.

y espacialmente y procede de forma expresa a su comparación. Será en el distinto uso que se haga de la teoría y de la comparación donde puedan percibirse mejor las diferencias entre las distintas estrategias vigentes en sociología histórica y sus distintos métodos de investigación. Naturalmente, esos diferentes usos de la teoría y de los métodos comparativos indican también una evidente pluralidad en torno a la cuestión de la causalidad en historia.

En definitiva, pueden señalarse dos principales estrategias de investigación que confirman la existencia de dos grandes ramas o variedades de sociología histórica[28] tanto por lo que se refiere al uso del método comparativo como al supuesto de la causalidad histórica. La primera construye un modelo teórico general y lo aplica a un determinado fenómeno histórico que normalmente sirve como ilustración de la teoría, pretenda ésta ser válida para una determinada sociedad y tiempo o aspire, por el contrario, a una validez universal. La segunda pretende comprender por medio del análisis comparado la génesis estructural de un determinado proceso o fenómeno histórico siguiéndolo en su específico proceso de estructuración como individuo histórico.

El caso más notable de la primera práctica es el de los estructural/funcionalistas que buscan expresamente en el hecho sometido a estudio los elementos que permiten comprobar la validez de su teoría. Smelser fue su primer y más decidido partidario al emprender el estudio de la revolución industrial y de sus efectos sobre la familia y los cambios sociales con el aparato conceptual de la teoría parsoniana o cuando, con idéntico aparato, procedió a construir una tipología de la «conducta colectiva». Pero no es el único: una de las corrientes de sociología de las revoluciones está, desde su mismo origen, bajo el imperio de esta estrategia de investigación cuyo influjo es perceptible desde la aplicación de una especie de ley natural a su desarrollo fenoménico, propugnada por Crane Brinton —pero también por todos aquellos que, como Trotski, pretendían ver en cada fase de la revolución rusa una especie de repetición de la francesa— hasta quienes buscan como causa de las revoluciones un desequilibrio en el funcionamiento del sistema social que provoca la aparición del patológico fenómeno de la violencia como único medio para introducir los necesarios cambios del sistema[29].

En esta primera modalidad de sociología histórica, la confrontación puede darse entre un solo hecho con la teoría, y entonces, más que

[28] Th. Skocpol, «Emerging agendas and recurrent strategies in historical sociology», en Th. Skocpol (comp.), *Vision and method in historical sociology*, Cambridge, EEUU, 1984, pp. 356-391, señala tres, pero la segunda —que llama sociología histórica interpretativa— no es exclusiva y ni siquiera propia de los sociólogos.

[29] Antes de Brinton y su *Anatomía de la revolución* (Madrid, 1962), Lyford P. Edwards estableció la pauta, que todos los demás seguirían con más o menos variantes, en *The natural history of revolution*, Chicago, 1970 [orig. 1927].

comparar, de lo que se trata es de llenar con fragmentos del hecho las diferentes casillas que componen la teoría: el hecho, por así decir, no tiene más valor que el de ilustrar la teoría. Puede ocurrir también que se proceda no tanto a la confrontación de un determinado caso con el modelo, sino de varios casos entre sí para establecer, dentro de la validez general del modelo, los distintos tipos de casos posibles. Estaríamos entonces ante una variante no ya ilustrativa, sino analítica del mismo procedimiento: el investigador procederá a analizar los diferentes casos, o los elementos de estos casos, para establecer las diferencias y similitudes de sus características formales que le permitan la construcción de distintos tipos de fenómenos dentro del mismo fenómeno general. También en sociología de las revoluciones o de la violencia política se ha dado esta modalidad más analítica en la misma obra de Smelser, cuando utiliza diversos ejemplos para establecer su tipología de la «conducta colectiva» o en los análisis del «cambio revolucionario» efectuados por Chalmers Johnson con el explícito propósito de introducir medidas que eviten la aparición de esta forma de patología social. Una variante de este mismo enfoque estructural/funcionalista es la de Ted Gurr cuando pasa de un caso a otro de «violencia colectiva» con objeto de demostrar la validez de la teoría general de la deprivación como causa de los movimientos revolucionarios[30]. Naturalmente, a medida que se sube en el proceso de formalización, el interés por los casos particulares desciende hasta llegar a reducirse a meras ilustraciones del análisis, lo que introduce el riesgo de selectividad en la elección de los casos o, dentro de ellos, de aquellos elementos que parecen concordar mejor con las exigencias de la teoría.

La construcción de estos modelos y tipologías formales busca precisamente la formulación de hipótesis causales de validez universal: la revolución —por seguir con los ejemplos anteriores— tendrá su origen en la incapacidad del sistema para introducir aquellos cambios que la hubieran impedido; o bien: la percepción de la distancia insalvable entre los «value expectations» y las «value capabilities» produce una deprivación relativa que es a su vez la causa de la rebelión. La antigua aspiración de la sociología a alcanzar el estatuto de ciencia capaz de formular leyes generales con valor predictivo late en esta estrategia de investigación.

En este sentido, ciertos desarrollos de la teoría marxista de causalidad histórica podrían incluirse también dentro de esta primera corriente de la sociología histórica en cuanto, por una parte, suponen un modelo universal de causación histórica y, por otra, pretende determinar los distintos tipos de fenómenos que componen la totalidad del modelo: tal es el caso, por ejemplo, de Manfred Kossok y sus cuatro tipos —con un grado de abstracción y formalización que nada envidia a la escuela

---

30 Ted R. Gurr, *Why men rebel*, Princeton, 1970.

parsoniana— de revolución burguesa[31]. También aquí el desarrollo de la teoría de la revolución podría servir como mejor ilustración de esta práctica: la revolución se enuncia como resultado de la contradicción entre las fuerzas productivas, dotadas de un dinamismo propio, y las relaciones de producción que o bien pueden actuar como impulsoras del desarrollo de las fuerzas productivas o como su freno. En este segundo caso, se abriría inevitablemente un proceso revolucionario en el que finalmente las fuerzas productivas impondrían su ley y acabarían transformando las relaciones de producción y con ellas toda la estructura de la sociedad. Dentro de esa teoría de validez universal, pueden darse sin embargo diferentes casos o distintas vías que el historiador se esfuerza por especificar con ayuda de algún aparato conceptual, mezcla en algunos casos de conceptos marxistas y terminología aristotélica[32].

La segunda estrategia de investigación es heredera de la desconfianza y el escepticismo ante las teorías abstractas de la sociedad y las grandes generalizaciones o leyes históricas y su poder heurístico cuando se enfrentan a fenómenos o procesos históricos concretos. En este caso, lo que importa es el fenómeno individual en su especificidad histórica. Para ello, sin embargo, el historiador o el sociólogo no se fían tampoco de la pura lógica narrativa que se desprende de la concatenación cronológica de los hechos, sino que intentan comprenderlos haciendo uso de análisis comparados. Se trata, en efecto, de comprender e interpretar el fenómeno con ayuda de conceptos y hasta de teoría pero sin que ni el concepto ni la teoría vayan más allá de lo necesario para la interpretación del sentido que los sujetos individuales o colectivos dieron a su acción y la comprensión de las determinaciones estructurales que la hacen posible.

Como se comprenderá fácilmente, esta segunda corriente se aparta radicalmente de la primera en la medida en que rechaza la aplicación de una teoría a uno o varios casos históricos. Pero dentro de ella puede haber una amplia gradación desde el interés prioritario por el sentido de la acción o la atención a los sujetos individuales y colectivos hasta la búsqueda de las determinaciones estructurales y el interés por generalizaciones causales válidas para varios casos históricos. Puede haber, por tanto, un balanceo y un amplio terreno de trabajo entre comprender e interpretar un proceso histórico singular con ayuda de conceptos y explicar una regularidad causal por medio del análisis comparado. El acento puede estar situado en la interpretación o en el análisis, en lo que

[31] M. Kossok, «Historia comparativa de las revoluciones en la época moderna», en VVAA, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, 1984.

[32] J. Fontana afirma que la «naturaleza» del proceso de transición del feudalismo al capitalismo es idéntica en todas partes, mientras que su «forma» varía en cada lugar, lo que posibilita la aplicación del «esquema general» a las diferentes vías o casos: *La crisis del Antiguo Régimen, 1808-33*, Barcelona, 1979, p. 9.

Weber llamaría comprensión del sentido de la acción o explicación de sus causas.

En un extremo de esa línea —interpretación de un caso singular por medio de conceptos— no podría hoy percibirse ninguna diferencia entre el sociólogo histórico y el historiador «teorético» tal como reclamaba Stedman Jones: los historiadores interpretan hoy, de forma habitual, los hechos valiéndose de conceptos. No existe ninguna diferencia, por tanto, entre la obra de un historiador social interpretativo y la de un sociólogo histórico que pretendiera por medio de conceptos interpretar un determinado fenómeno o dar cuenta de un sólo hecho histórico. Tal vez el sociólogo fundamente su narración sobre todo en fuentes secundarias y el historiador vaya más a las primarias, o quizá el primero tienda más a recurrir a comparaciones con otros casos con objeto de ilustrar mejor su especificidad mientras que el historiador se mantiene en su estructura narrativa dentro de una lógica determinada por los hechos, pero se tratará en todo caso de matices dentro de una práctica similar en la que la búsqueda de cómo han pasado los hechos predomina en todo caso sobre la búsqueda de sus causas estructurales.

Pero entre esa interpretación y lo que Theda Skocpol denomina sociología histórica analítica hay un terreno en el que se pretende preservar «un sentido de la particularidad histórica a la vez que se comparan diferentes países»[33]. Para realizar esta tarea, el investigador utilizará conceptos de medio alcance, más amplios en su pretensión de abarcar diversas situaciones que los utilizados por el historiador o el sociólogo del caso singular, pero también menos comprehensivos que los más abstractos y sistemáticos de la teoría social. La comparación se realiza aquí en el mismo curso de la narración interpretativa de los varios casos cuya particularidad histórica se pretende preservar dentro de la más amplia interpretación de un proceso específico que ha afectado a todos aunque en diversos contextos y con diversos resultados. Un ejemplo de este procedimiento es la obra de Bendix, *Kings or people*, en la que se estudia el proceso de cambio en el mandato de poder desde los reyes al pueblo en diversos países europeos. Cada uno de ellos es objeto de una específica narración histórica —lo que preserva, como dice Bendix, su particularidad— aunque los conceptos que se emplean sirven para comparar las diversas situaciones en que los reyes abandonaron o fueron desposeídos de su poder y el pueblo o la nación se organizó para su ejercicio.

Se comprende bien la diferencia de este procedimiento con el que pretende establecer, por medio de análisis comparados, las regularidades causales de determinados fenómenos históricos. Aunque por este lado —los fenómenos que estudia— no se diferencia del anterior, el acento no recae ahora en «cómo» ocurrió el proceso, sino en «por qué» ocurrió. Ahora

[33] R. Bendix, *Kings or people*, Berkeley, 1980, p. 15.



bien, en la búsqueda de las causas, esta metodología analítica huye de cualquier pretensión de universalidad, como ocurría en los análisis teóricos propios de la primera de las dos grandes corrientes. No se trata de saber por qué ocurren todas las revoluciones y todos los movimientos de rebeldía, ni tampoco de establecer su tipología, sino de investigar las causas de determinadas revoluciones —aquellas en que hipotéticamente se observan algunas características comunes— y establecer, si es posible, algunas regularidades. Es por consiguiente un procedimiento inductivo y comparado más que una deducción teórica para la que se buscan ilustraciones.

Es esta estrategia con la que aparecen más identificados quienes más interés han mostrado en ser conocidos como sociólogos históricos y es en ella donde más se puede discernir una herencia weberiana, pues la pregunta a la que esta estrategia responde es idéntica a la formulada por Weber cuando trató de definir su ciencia social histórica: por qué —preguntaba Weber— las cosas han llegado a ser lo que son y no son de otra manera. Hay en ella, por tanto, el intento de definir en su concreta individualidad un determinado fenómeno histórico; hay, en segundo lugar, la exigencia de definir inequívocamente y en sus términos teóricos de qué fenómeno se trata y, finalmente, hay el propósito de explicar el fenómeno por sus causas. Su objetivo consiste en descubrir las regularidades causales de un determinado fenómeno o proceso histórico.

Al buscar regularidades, la sociología histórica analítica no indaga tanto en el sentido que los sujetos dan a su acción cuanto en las estructuras que la determinan, es decir, dentro de aquel balanceo entre estructura y acción como piezas inevitables de la ciencia histórica social, la sociología histórica analítica se inclina por el estudio de la primera aunque no niegue la importancia de la segunda. En este sentido, no parece oportuno criticar esta metodología acusándole de no hacer precisamente aquello que no quiere hacer, o sea, atender a lo que hicieron los agentes o sujetos sociales[34]. No que afirme que esos sujetos fueron irrelevantes para el resultado, sino que la medida y la forma en que lo fueran lo deja a otros investigadores. Aquí lo que interesa es determinar las causas que posibilitaron que los sujetos actuaran precisamente como lo hicieron.

Esta estrategia exige, más que cualquier otra, la comparación sistemática de los diferentes casos para los que se pretenden establecer posibles conexiones causales. Este es, en efecto, el requisito básico para manejar múltiples variables e hipótesis alternativas que posibiliten un análisis

---

[34] No se puede criticar, por ejemplo, a Theda Skocpol por haber explicado la revolución sin tomar en cuenta a los revolucionarios como hace J. Casanova en «Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo», *Zona Abierta*, 41-42 (1987), pp. 81-101, pues lo que Skocpol se propone es buscar las causas que posibilitan la acción deliberada y «purposive» de los revolucionarios y no lo que éstos hicieron, como es obvio desde las primeras páginas de su libro.

pluricausal y multivariante. Skocpol y Somers recurren a J. S. Mill para establecer dos posibles métodos de comparación, el de concordancia y el de diferencia[35]. Por el primero se establece que los diversos casos en los que se da el fenómeno objeto de investigación tienen en común varios factores —los hipotéticamente causales— aunque varíen en otros; por el segundo, se compara un caso positivo, en el que esté presente el fenómeno en cuestión y sus hipotéticas causas, con otro negativo, en el que no aparece el fenómeno ni algunas de las causas aunque existan múltiples similitudes con el caso positivo.

Al final del arduo trabajo comparativo, el sociólogo analítico no habrá encontrado un esquema general de un proceso o fenómeno histórico ni habrá descubierto su naturaleza; tampoco habrá aplicado una teoría previa de la sociedad y de la historia, de validez general, a uno o varios casos conocidos. Si la operación tiene éxito, lo que habrá descubierto será únicamente las regularidades causales que hacen objetivamente posible que un proceso histórico o un hecho social haya tenido efectivamente lugar. Cómo ocurrió tal proceso, cuál fue la acción que transformó en hecho histórico la probabilidad objetiva que este enfoque analítico y estructural descubre es asunto en que —por la propia exigencia de su trabajo— no entra el sociólogo histórico analítico, que lo deja de muy buena gana al cuidado del sociólogo o del historiador «interpretativos». Se anuncia así una división del trabajo sobre la que quizá haya que construir el futuro de la relación entre sociología histórica e historia social.

[35] Th. Skocpol y M. Somers, «The uses of comparative history in macrosocial enquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 174-197. Una elaboración posterior de la misma Skocpol en «Emerging agendas...», cit.

5. SOCIOLOGIA E HISTORIA ¿FUSION O DIVISION DE TRABAJO?

La larga marcha de la historia hacia su encuentro con la teoría social y la recuperación por la sociología del gusto por la historia ha conducido a derribar antiguas fronteras y abrir nuevos caminos. De tal modo ha provocado lo primero, que no faltan voces para reclamar, con argumentos no desdeñables, que termine la distinción entre sociología e historia y converjan ambas definitivamente hacia una ciencia histórica y social única. Naturalmente, estos deseos han tropezado también con las protestas de quienes, alarmados ante la difuminación de fronteras, claman contra los daños causados por una proximidad que les parece peligrosa y que no han dudado en presentar con las metáforas duras de la invasión o la violación de la historia por las ciencias sociales.

Algo habrá que hablar de esto pero antes será preciso examinar qué barreras exactamente han desaparecido, pues los tiempos en que parecía claro qué era historia y qué sociología han pasado, tal vez irreversiblemente, como efecto de la explícita búsqueda de teoría social por los historiadores y de la vuelta a la historia por los sociólogos. Como resultado de esa doble dirección, lo que parecía diferencia radical —en el sentido de raíz de todas las demás— entre historia como ciencia de lo singular, lo único e irrepetible, y sociología como ciencia de lo general, de las regularidades, de lo recurrente, es precisamente lo que se ha evaporado. En este sentido, es difícil entender que un historiador teórico como Gareth Stedman Jones asegure que la estrecha relación entre historia y sociología, tan visible desde principios de los años sesenta, no haya conducido en el fondo más que a dejar intacta la «convencional demarcación» entre ambas [1], lo que puede ser verdad respecto a ciertas formas más bien caducas de hacer historia y sociología pero en modo alguno respecto a la mejor parte de la producción histórica y sociológica.

Pues, efectivamente, el solo hecho de nublar los límites entre lo singular y lo general —antigua frontera mayor entre historia y ciencias sociales— ha provocado el derrumbe en cadena, como piezas de un dominó sostenidas en sí mismas pero también en el orden del conjunto,

---

[1] G. Stedman Jones, «From historical sociology to theoretical history», *British Journal of Sociology*, 27, 3 (1976), p. 295.

de otras fronteras menores. La diferencia entre objeto, epistemología y metodología de la historia y las ciencias sociales se basaba en aquella primera distinción de lo singular y lo general, lo idiográfico y nomotético, teorizada tanto por sociólogos como por historiadores. Desmontar esa barrera no fue una operación inocente ni podía dejar intactas otras demarcaciones, convencionales o no.

Antes del auge de la historia social y de la renovación del análisis sociológico de la historia, la diferencia entre lo singular y lo general era el supuesto sobre el que se basaba la distribución del terreno entre historiadores y sociólogos. Para Weber, en efecto, la sociología «se afana por encontrar reglas generales del acaecer» mientras que la historia «se esfuerza por alcanzar el análisis e imputaciones causales de las personalidades, estructuras y acciones individuales consideradas culturalmente importantes»[2]. Esa era también la posición de Raymond Aron cuando aseguraba que lo característico de la sociología era el esfuerzo por establecer leyes (o al menos regularidades o generalidades) mientras que la historia se limitaba a contar hechos en su sucesión singular, de donde la causalidad propia de la historia sería la que explica un hecho único, mientras que la causalidad sociológica aspira al valor de la generalidad[3]. En los años sesenta, Karl Popper proponía llamar «ciencias históricas» a aquellas que, en contraposición con las «ciencias generalizantes», se interesaran en «acontecimientos específicos y en su explicación»[4], mientras Bendix hablaba también de la cronología y la secuencia individual como propia del historiador a la par que el acento sobre las pautas recaería en el sociólogo[5]. Por supuesto, los testimonios aún recientes en idéntico sentido podrían multiplicarse sin problema.

Esa diferencia radical entre sociología e historia constituía el fundamento o la base de todas las demás. En efecto, la diferencia entre narración y análisis que caracterizaría a ambas disciplinas no obedece más que al hecho de que la primera se presenta como propia de la interpretación de acontecimientos singulares, mientras que la comprensión y explicación de causas generales requeriría un aparato analítico. En consecuencia, como ha recordado uno de sus defensores, la narrativa trata de lo particular y específico más que de lo colectivo y estadístico: no pretende analizar sino describir[6]. Ahora bien, mantener hoy que la historia es la narración de historias y que es descriptiva más que analítica o que trata de lo individual más que de lo colectivo o que su centro de atención

---

[2] M. Weber, *Economía y sociedad*, México, 1964, p. 16.

[3] R. Aron, *Introduction a la philosophie de l'histoire*, París, 1986, p. 235.

[4] K. Popper, *The open society and its enemies*, Princeton, 1971, vol. 2, p. 264.

[5] R. Bendix, «Concepts and generalizations in comparative sociological studies», *American Historical Review*, 28 (1963), p. 537.

[6] L. Stone, «The revival of narrative: reflections on a new old history», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-4.

es el hombre y no la circunstancia, como pretende Stone, equivaldría a suprimir del gremio de los historiadores a más de la mitad de la profesión.

Se comprende que si esas barreras han desaparecido tampoco pueda quedar mucho de la otra vieja distinción, estrechamente relacionada con las anteriores, entre la historia como terreno de la inducción y la sociología como el de la deducción. Y lo mismo ocurre con la atribución a la historia de la investigación en fuentes primarias y a la sociología en secundarias, si se pretende ver en esto algo más que una mera división del trabajo exigida por las limitadas capacidades de cada cual más que por una demarcación del terreno. Ciertamente, la documentación del qué y cómo no puede hacerse sino buceando en archivos o en los lugares en que se conservan los residuos del pasado, pero nada impone que ésta sea una actividad exclusiva del historiador mientras se dejaría al sociólogo la exclusiva de la determinación de causas generales que podría hacer perfectamente con el recurso a las fuentes secundarias[7].

Narración, inducción y fuentes primarias se relacionan, pues, con el dominio de lo singular y único, de la misma menera que análisis, deducción y fuentes secundarias aparecen relacionadas con el territorio de lo general. Todas esas diferencias, justificación de otras tantas fronteras, son las que la doble marcha emprendida por sociólogos e historiadores ha acabado si no por liquidar sí al menos por difuminar o, si se prefiere, por reducir desde lo cualitativo a lo cuantitativo, hasta el punto de que pocos hoy afirman que con ellas se pretenda algo más que establecer ciertas diferencias de grado exigidas más por el tipo de preguntas planteadas y por la estrategia establecida para resolverlas que por alguna exigencia teórica. Las diferencias, en caso de mantenerse, no serían más que de grado, de gusto o de capacidad, existentes entre los investigadores, pero por lo que respecta a la diferencia radical entre lo singular y lo general, no cabe duda de que el impacto de las ciencias sociales en la historia ha tenido el efecto de que, como ya advertía Barraclough, los historiadores han pasado «de estudiar lo particular a estudiar lo general, de los hechos aislados a las uniformidades y de la narración al análisis»[8]. En este sentido, no hay ya diferencias sustanciales entre historiadores y sociólogos.

En efecto —y por ir ahora en sentido contrario pero bajando los mismos escalones— no faltan trabajos sociológicos basados en el manejo de fuentes primarias, sea para la totalidad o sea de forma selectiva y, por otra parte, son multitud los historiadores que al perseguir un determinado fenómeno en un larguísimo período de tiempo recurren única o principal-

---

[7] Para la irrelevancia de la diferencia entre objeto y método, V. E. Bonnell, «The uses of theory, concepts and comparisons in historical sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), p. 157. Para la narrativa como forma de discurso analítico, H. White, *Tropics of discourse*, Baltimore, 1978.

[8] G. Barraclough, «Historia», en M. Freedman, S. J. de Laet y G. Barraclough, *Corrientes de la investigación en ciencias sociales*, Madrid, 1981, p. 356.

mente a fuentes secundarias. Smelser es caso ejemplar de lo primero y McNeill podría ser modelo de lo segundo. Es obvio, por otra parte, que incluso los trabajos más narrativos, a no ser que se trate de una pura crónica, no carecen de análisis [9]. Es más, la narración histórica tal como se realiza entre los historiadores que han dialogado con la teoría social no teme interrumpir su propia estructura para llamar la atención, cuando se siente la necesidad, sobre tal o cual concepto. El caso más socorrido es el de E. P. Thompson y su concepto de clase y el más notorio es seguramente el de G. de Ste. Croix cuando dedica amplios desarrollos de su estudio sobre la lucha de clases en el mundo antiguo a la clarificación y discusión de los conceptos que le servirán luego para explicar el fin del Imperio romano.

De manera que cuando la historia reclama explícitamente la teoría social, o algunos de los conceptos y variables que la constituyen como tal teoría capaz de explicar fenómenos, y la ciencia social reclama a su vez el tiempo como una categoría propia, es difícil postular una diferencia abstracta entre ciencia social e historia. No faltan, por tanto, quienes pretendan sacar las últimas consecuencias del derrumbe de las tradicionales fronteras y proclaman la necesidad de unificar unas disciplinas que, en su opinión, nunca debieron haber seguido caminos divergentes. En estas voces, las hay que conciben el resultado final de la proclamada necesaria convergencia como eliminación pura y simple de una de ellas, casi siempre de la más joven, a la que se considera como una intrusa o una aprovechada, la sociología. Paul Veyne, por ejemplo, piensa que la sociología existe porque «la historia no hace todo lo que agota el ámbito que le es propio y deja a la sociología que lo haga en su lugar», pero que, en el momento en que la historia se decidiera a ser 'integral', a convertirse plenamente en lo que es en realidad, hace inútil la sociología [10].

Es superfluo señalar el idealismo del razonamiento de Veyne. La historia aparece en él como un sujeto capaz de decisiones, dubitativa respecto a sus propias potencialidades: ella lo es todo, a condición, claro está, de que se decida a serlo. Se trata, obviamente, de un lenguaje conceptualmente vacío: la historia no es más que lo que los historiadores de una determinada época producen. Pero ese idealismo oculta una convicción profunda que es la que aquí nos interesa: habría un territorio, un ámbito que es propio de la historia y en el que han irrumpido unos extranjeros, unos bárbaros, sólo porque la historia fue en su momento débil y no se atrevió a ocupar ella misma la totalidad del campo.

Me interesa resaltar esta idea del territorio propio de la historia y de su ocupación por otras ciencias porque está en el origen de una reacción, en ocasiones más pasional que racional, de la defensa de lo específico de la

---

[9] Ph. Abrams, *Historical sociology*, Somerset, 1982, p. 304.
[10] P. Veyne, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, 1984, p. 180.

historia frente a la teoría social perceptible en historiadores que, sin embargo, aspiran a la hegemonía de una historia teórica. Son en realidad dos lados de la misma cara: o la historia se convierte en única ciencia social y entonces resulta la tesis de Veyne: no hay más ciencia social que la historia, cualquier otra es perfectamente inútil; o se dice: la historia sufre la invasión de ciencias sociales, a las que, sin negar su posible razón de ser, se pretende expulsar del territorio del historiador reclamando para la propia historia una dimensión «teorética», y es la tesis que hemos visto defender a Stedman Jones.

Quizá se pueda atacar una vía de solución de este asunto volviendo por un momento a Max Weber. La explicación —sea en el sentido científico o familiar de la palabra— sociohistórica se efectúa en múltiples niveles. Explicar la causalidad de un acontecimiento histórico singular exige, ante todo, comprender la singularidad del hecho, guardar —como escribía Raymon Aron— «el sentido de la especificidad de cada época»[11]; pero esa tarea no es cabalmente posible sin recurrir a la comparación con otros hechos, con lo específico de otras épocas; exige, además, establecer su múltiple causalidad, lo que por su parte requiere una búsqueda de regularidades y diferencias sobre las que se puedan establecer leyes entendidas como probabilidades objetivas. Comparación y establecimiento de leyes o causas generales —en el sentido indicado— requieren un amplio y extenso trabajo de investigación que no se refiere todavía a la reconstrucción de cómo tuvo realmente lugar ese acontecimiento o proceso histórico singular pero que establece las condiciones de su comprensión. Comparar, formular hipótesis causales, establecer conceptos, narrar los hechos previamente documentados por medio de la investigación en fuentes primarias son momentos de una misma e idéntica tarea que también puede formularse en orden inverso y que consiste en conocer el pasado, interpretarlo, explicarlo.

Nada impide que el mismo investigador, si tiene capacidad para ello, los transite todos y se enfrente a todos ellos. Pero la magnitud de la empresa, la acumulación de conocimientos adquiridos sobre cualquier hecho histórico de mediana relevancia, parecen exigir una división del trabajo entre los diferentes niveles. Y ésta es toda la diferencia que se puede encontrar entre sociólogos e historiadores cuando se aplican a conocer tiempos y espacios pasados. No hay —o al menos no se percibe— ninguna diferencia teórica entre lo que sea trabajo del sociólogo histórico y trabajo del historiador social y, por tanto, no parece que existan demarcaciones tajantes entre historia social y sociología histórica: lo que hace cada cual es parte de una misma operación intelectual: conocer, interpretar, explicar los hechos sociales del pasado. Lo único que los diferencia es que, por sus prácticas de investigación, los historiadores

[11] En «Introduction» a *Les étapes de la pensée sociologique*, París, 1967, p. 15.

suelen atender determinadas tareas de ese trabajo y los sociólogos suelen enfrentarse a otras [12]. Lo que hay entre ellos no pasa de ser una división del trabajo, que se entiende aquí en su sentido más literal: que el producto de su actividad es único pero complejo y que, por consiguiente, para fabricarlo es preciso que cada cual se aplique a una tarea sin desconocer cuáles son y en qué consisten las tareas de todos los demás, de modo que, llegado el caso, pueda también ejecutarlas.

Así entendida la relación entre historia social y sociología histórica, nada exige que la convergencia entre historiadores y sociólogos culmine en la identificación amorosa de ambos —y ni siquiera en una buena amistad— ni, mucho menos, en la supresión de alguno de ellos. La cosa parece más simple: el trabajo de documentación, interpretación y explicación sociohistórica es tan amplio, tan abrumador, que exige su división entre profesionales de diferentes campos o preferencias. El sociólogo histórico tiene una tarea enorme, en modo alguno exclusiva, al pretender formular la posibilidad objetiva de un proceso o de un fenómeno por medio de una contrastación multivariante de hipótesis que le exige comparar entre sí, o confrontar a una teoría, distintos procesos o acontecimientos históricos. Parece que sus capacidades, limitadas, pueden agotarse en una tarea que requiere un conocimiento profundo de esos fenómenos y la formulación explícita de una teoría causal —entendida como hipótesis de probabilidad objetiva—. No parece, pues, que pueda exigírsele que además de eso proceda a investigar en fuentes primarias con objeto de reconstruir cómo aconteció tal fenómeno o tal proceso. Naturalmente, puede ser muy útil que en ocasiones realice investigaciones primarias parciales o selectivas. Pero esta tarea quedará más en manos del historiador a quien no le faltará trabajo cuando trate de conocer, interpretar y relatar cómo sucedieron los hechos, cómo se verificó realmente tal proceso. Por supuesto, nadie niega al historiador que, además de esa tarea, proceda a indagar en explicaciones causales y en busca de regularidades. Pero tendría que saber que, si se anima a hacerlo, le espera una ardua tarea que posiblemente le aleje, puesto que no hay tiempo para todo, de sus fuentes primarias de investigación. Y en ese caso, tal vez no faltarían voces que le acusen de haber abandonado el oficio de historiador para entregarse en manos del invasor.

Esta, por lo demás, es la división del trabajo que sin acuerdo expreso rige en la comunidad académica. Hay, en efecto, departamentos de historia que emprenden determinados cometidos y departamentos de sociología

[12] Elton llamaba «expresión débil» la afirmación de Fogel de que los historiadores científicos *tienden* a centrarse en colectividades o en fenómenos recurrentes, mientras los tradicionales *tienden* a hacerlo en individuos o acontecimientos particulares, en R. W. Fogel y G. R. Elton, *Which road to the past? Two views of history*, New Haven, 1983, p. 76. El concepto podría valer también para este «suelen», que no pasa de ser una expresión conceptualmente débil de una diferencia para la que no encuentro fundamentos teóricos fuertes.

que se plantean otros, aun en el caso de que la materia sea idéntica a los de historia, es decir, que versen sobre fenómenos o procesos sociales del pasado. No existe ninguna razón para que ninguna de esas instituciones cometa suicidio ni para que, escépticas de su identidad, busquen identificarse con otras. Lo único que parece deseable es que las fronteras sigan derruidas y que el tránsito sea fácil de unas a otras, esto es, que no sea excepcional la presencia de historiadores en seminarios, cursos o conferencias organizadas por sociólogos y la de éstos en las que organicen departamentos de historia. Probablemente no se haya agotado aún lo que cada cual tiene que decirle al otro.

BIBLIOGRAFIA

HISTORIOGRAFIA

Bailyn, B., «The challenge of modern historiography», *American Historical Review*, 87 (1982), pp. 1-24.
Barnes, H. E., *A history of historical writing*, 2.ª ed. rev., Nueva York, Dover, 1962.
Barraclough, G., *History in a changing world*, Oxford, Oxford University Press, 1955.
——, «Historia», en M. Freedman, S. J. De Laet y G. Barraclough, *Corrientes de investigación en las ciencias sociales*, Madrid, Tecnos-UNESCO, 1981, pp. 292-567.
Bourde, G., y Martin, H., *Les écoles historiques*, París, Seuil, 1983.
Breisach, E., *Historiography: Ancient, Medieval and Modern*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.
Burguière, A., dir., *Dictionnaire des sciences historiques*, París, PUF, 1986.
Cannadine, D., «British history: past, present —and future?», *Past and Present*, 116 (1987), pp. 168-191.
Carbonell, Ch.-O., *L'historiographie*, París, PUF, 1981.
Chesneaux, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado? A propósito de la historia y de los historiadores*, México, Siglo XXI, 1977.
Delzell, Ch. F. (comp.), *The future of history*, Nashville, Vanderbilt University Press, 1977.
Dumoulin, J., y Moisi, D. (comps.), *The historian between the ethnologist and the futurologist*, París-La Haya, Mouton, 1971.
Fogel, R. W., y Elton, G. R., *Wich road the past? Two views of history*, New Haven, Yale University Press, 1983.
Fontana, J., *Historia. Análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.
Gilbert, F., y Grauband, S. R. (comps.), *Historical studies today*, Nueva York, W. W. Norton, 1972.
Hexter, J. H., *On historians*, Cambridge, Harvard University Press, 1979.
Higham, J., *History. Professional scholarship in America*, Ed. rev. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1983.
——, y Conklin, P. K. (comps.), *New directions in American intellectual history*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1979.
Himmelfarb, G., *The new history and the old*, Cambridge, Mas-Londres, The Belknap Press of Harvard University Press, 1987.
Hobsbawm, E. J., «The revival of narrative: some comments», *Past and Present*, 86 (1980), pp. 3-8.
——, y Ranger, T., *The invention of tradition*, Cambridge, Cambridge University Press, 1983.

Hofstadter, R., *Los historiadores progresistas*, Buenos Aires, Paidós, 1970.

Iggers, G. G., *The German conception of history. The national tradition of historical thougth from Herder to the present*, 2.ª ed., Middletown, Con., Wesleyan University Press, 1983.

——, *New directions in European historiography*, ed. rev., Londres, Methuen, 1985.

——, y Parker, H. T. (comps.), *International handbook of historical studies. Contemporary research and theory*, Londres, Methuen, 1980.

Johnson, R., McLennan, G., Schwartz, B., y Sutton, D. (comps.), *Making histories: Studies in history writing and politics*, Minneápolis, University of Minnesota Press, 1982.

Kammen, M. (comp.), *The past before us: contemporary historical writing in the United States*, Ithaca, Cornell University Press, 1980.

LaCapra, D., y Kaplan, S. L., *Modern European intellectual history. Reappraisals and new perspectives*, Ithaca, Cornell University Press, 1982.

Laqueur, W., y Mosse, G. L. (comps.), *The new history: trends in historical research and writing since World War II*, Nueva York, Harper and Row, 1966.

Le Goff, J., y Nora, P., *Hacer la historia*, Barcelona, Laia, 3 vols., 1974.

Manicas, P. T., *A history and philosophy of the social sciences*, Oxford, Basil Blackwell, 1987.

Momigliano, A., *Essays in ancient and modern historiography*, Middletown, Con., Wesleyand University Press, 1977.

Rabb, T. K., y Rotberg, R. I. (comps.), *The new history. The 1980s and beyond*, Princenton, Princeton University Press, 1982.

Stone, L., «The revival of narrative: reflections on a new old history», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24.

——, *The past and the present revisited*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1987.

Varios, «News trends in history», *Daedalus*, Dialogues, 98, 4 (1969), pp. 891-976.

Varios, *Hacia una nueva historia*, Madrid, Akal, 1976.

Varios, *La historia hoy*, Barcelona, Avance, 1976.

Vázquez de Prada, V., I. Olábarri y R. Floristán (comps.), *La historiografía en Occidente desde 1945*, Pamplona, Universidad de Navarra, 1985.

Vilar, P., *Une histoire en construction. Approche marxiste et problématiques conjoncturelles*, París, Gallimard/Le Seuil, 1982.

White, H., «The question of narrative in contemporary historical theory», *History and Theory*, 33, 1 (1984), pp. 1-33.

HISTORIA ECONOMICA. HISTORIA CUANTITATIVA

Andreano, R. L. (comp.), *The new economic history. Recent papers on methodology*, Nueva York, John Wiley, 1970.

Anes, G., «La 'nueva historia económica' o 'historia econométrica' y sus métodos», *Anales de Economía* (1971), pp. 239-262.

Aydelotte, W. O., *Quantification in history*, Reading, Mass., Addison-Weley, 1971.

Caron, F., «Histoire économique et histoire globale», en *L'Histoire et ses méthodes. Actes du Colloque Franco-Néerlandais de novembre 1980 a Amsterdam*, Lille, Presses Universitaires de Lille, 1981.

Clapham, J. H., «Economic history as a discipline», en E. R. A. Seligman y A. Johnson

(comps.), *Encyclopedia of the social sciencies*, vol. v, Nueva York, Macmillan, 1931, pp. 327-330.

Clubb, J. M., «The new quantitative history: social science or old wine in new bottles?», en J. M. Clubb y E. M. Scheuch (comps.), *Historical social research*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1980.

Cochran, T. C., «Economic history, old and new», *American Historical Review*, 74, (1969), pp. 1561-1572.

Cohen, J. S., «The achievements of economic history: the Marxist school», *Journal of Economic History*, 38 (1978), pp. 29-57.

Coleman, D. C., *What has happened to economic history?*, Cambridge, Cambridge University Press, 1972.

Davis, L. E., «'And it will never be literature'. The new economic history: a critique», *Explorations in Entrepeneurial History*, 2.ª ser., 6 (1968), pp. 75-92.

——, «Professor Fogel and the new economic history», *Economic History Review*, 19 (1966), pp. 657-663.

«Economic history in the nineteen seventies», número especial de *Journal of Economic History*, 38 (1978), pp. 13-80.

Erikson, Ch., «Quantitative history», *American Historical Review*, 80 (1975), pp. 351-364.

Fishlow, A., «The new economic history revisited», *Journal of European Economic History*, 3 (1974), pp. 453-467.

——, y Fogel, R., «Quantitative economic history: an interim evaluation, past trends and present tendencies», *Journal of Economic History*, 31 (1971), pp. 15-42.

Floud, R. (comp.), *Essays in quantitative economic history*, Oxford, Clarendon Press, 1974.

Fogel, R., «The reunification of economic history with economic theory», *American Economic Review*, 55 (1965), pp. 92-98.

——, «The new economic history. Its findings and methods», *Economic History Review*, 19 (1966), pp. 642-656.

——, «The limits of quantitative methods in history», *American Historical Review*, 80 (1975), pp. 329-350.

Furet, F., «Lo cuantitativo en historia», en J. Le Goff y P. Nora, pp. 55-73.

Habakkuk, J., «Economic history and economic theory», en F. Gilbert y S. R. Grauband, pp. 27-44.

Hartwell, R. M., «Good old economic history», *The Journal of Economic History*, 33 (1973), pp. 28-40.

Heaton, H., «Twenty-five years of the Economic History Association: a reflective evaluation», *Journal of Economic History*, 25, 4 (1965), pp. 465-479.

Heffer, J., «Une histoire scientifique: la nouvelle histoire economique», *Annales ESC*, 32 (1977), pp. 824-841.

Hicks, J., *Una teoría de la historia económica*, Madrid, Aguilar, 1974.

Levy-Leboyer, M., «La 'New Economic History'», *Annales ESC*, 24-25 (1969) pp. 1035-1069.

Lorwin, V. R., y Price, J. M. (comps.), *Las dimensiones del pasado. Estudios de historia cuantitativa*, Madrid, Alianza, 1974.

Marczewski, J., «Histoire quantitative. Buts et méthodes», en *Histoire quantitative de l'économie française. Cahiers de l'Institut de science économique apliqueé*, 115 (1961), pp. iii-liv.

McClelland, P. D., *Causal explanation and model building in history, economics and the New Economic History,* Ithaca, Cornell University Press, 1975.
North, D. C., «The new economic history after twenty years», *American Behavioral Scientist,* 21 (1977), pp. 187-200.
O'Brien, P., «Las principales corrientes actuales de la historia económica», *Papeles de Economía Española,* 20 (1984), pp. 383-408.
Parker, W. N., «From old to new to old in economic history», *Journal of Economic History,* 31 (1971), pp. 3-14.
Porter, G. (comp.), *Encyclopaedia of American economic history. Studies of the principal movements and ideas,* 3 vols., Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1980.
Price J. M., «Recent quantitative work in history: a survey of the main trends», *History and Theory,* Beiheft, 9 (1969), pp. 1-13.
Redlich, F., «New and traditional approaches to economic history and their interdependence», *Journal of Economic History,* 25 (1965), pp. 480-495.
Swanson, J., y Williamson, J., «Explanation and issues: a prospectus for quantitative economic history», *Journal of Economic History,* 31 (1971), pp. 43-57.
Swierenga, R., *Quantification in American history: theory and research,* Nueva York, Atheneum, 1970.
Tedde, P., «La historia económica y los economistas», *Papeles de Economía Española,* 20 (1984), pp. 363-381.
Temin, P. (comp.), *La nueva historia económica. Lecturas seleccionadas,* Madrid, Alianza, 1984.
Topolski, J., «The role of theory and measurement in economic history», en G. G. Iggers y H. T. Parker, pp. 43-54.
Tortella, G., «Prólogo», en P. Temin, pp. 9-23.
Van der Wee, H., y Klep, P. M. M., «Quantitative economic history in Europe since the Second World War: survey, evaluation and prospects», *Recherches Economiques de Louvain,* 41 (1975), pp. 195-218.
Varios, *Historia económica: nuevos enfoques y nuevos problemas,* Comunicaciones al Séptimo Congreso Internacional de Historia Económica, Barcelona, Crítica, 1981.
Vilar, P., «Para una mejor comprensión entre economistas e historiadores: ¿'historia cuantitativa' o econometría retrospectiva?», en P. Vilar, *Economía, Derecho, Historia,* Barcelona, Ariel, 1983, pp. 58-78.
Von Tunzelman, G., «The new economic history: an econometric appraisal», *Explorations in Economic History,* 5 (1968), pp. 268-282.

HISTORIA SOCIAL

Allegra, L., y Torre, A., *La nascita della Storia sociale en Francia. Dalla Commune alle Annales,* Turín, Einaudi, 1977.
Cacciatore, G., «Neue Sozialgeschichte e teoria della storia», *Studi Storici,* 25 (1984), pp. 1-19.
Corvisier, A., *Sources et methodes en histoire sociale,* París, SEDES, 1980.
Crossick, G., «L'histoire sociale en Grand Bretagne moderne: un apercu critique des recherches recentes», *Le Mouvement Social,* 100 (1977), pp. 101-20.

DePillis, M. S., «Trends in American social history and the possibility of behavioral approaches», *Journal of Social History*, 1 (1977), pp. 36-66.
Duby, G., «Historia social e ideología de las sociedades», en J. Le Goff y P. Nora, pp. 157-177.
«Editorial», *Social History*, 1 (1976), pp. 1-3.
Eley, G., «Some recent tendencies in social history», en G. G. Iggers y H. T. Parker, pp. 55-70.
——, «Memories of under-development: social history in Germany», *Social History*, 2 (1977), pp. 785-791.
——, y Nield, K., «Why does social history ignores politics?», *Social History*, 5, (1980), pp. 249-271.
Fox-Genovese, E., y Genovese, E. D., «The political crisis of social history: a marxian perspective», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 205-220.
Gallerano, N., «Cercatori di tartufi contro paracadutisti: tendenze recenti della storia sociale americana», *Pasato e Presente*, 4 (1983), pp. 181-196.
Gardner, J. B., y Adams, G. R., (comps.), *Ordinary people and everiday life. Perspectives on the new social history*, Nashville, The American Association for State and Local History, 1983.
Garrard, J., «Social history, political history and political science», *Journal of Social History*, 16, (1982/3), pp. 105-151.
Groh, D., «Base processes and the problem of organization: outline of a social history research project», *Social History*, 4 (1979), pp. 265-284.
Hays, S. P., «A systematic social history», en G. Billias y G. N. Grob (comps.), *American history: retrospect and prospect*, Nueva York, The Free Press, 1971, pp. 315-366.
——, «Historical social research: concept, method and technique», *Journal of Interdisciplinary History*, 4 (1974), pp. 475-482.
Hexter, J. H., «A new framework for social history», en J. H. Hexter, *Reappraisals in history*, Londres, 1961.
Histoire sociale. Sources et méthodes, L', (Colloque de l'Ecole Normale Supérieure de Saint-Cloud, 1965), París, PUF, 1967.
Hobsbawm, E. J., «From social history to the history of society», *Daedalus*, 100 (1971), pp. 20-45 [Reimp. en M. W. Flinn y T. C. Smout, *Essays in social history*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 1-22].
Hochstadt, S., «Social history and politics: a materialist view», *Social History*, 7 (1982), pp. 75-83.
Joutard, Ph., y otros, *Histoire sociale, sensibilités collectives et mentalités: melanges Robert Mandrou*, París, PUF, 1985.
Judt, T., «A clown in regal purple: social history and the historians», *History Workshop*, 7 (1979), pp. 66-94.
Kocka, J., «Theory and social history. Recent developments in West Germany», *Social Research*, 47 (1980), pp. 426-457.
Lequin, Y., «Sociale (Histoire)», en A. Burguiere, dir., pp. 635-642.
Lloyd, Ch., *Explanation in social history*, Oxford, Balckwell, 1986.
Olábarri Gortázar, I., «Bibliografía selecta de historia social», *Aportes*, 9 (1988), pp. 54-89.
Perkin, H., «Social history», en Finberg, H. P. R. (comp.), *Approaches to history*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1962.
——, «Social history in Britain», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 129-143.

Perrot, M., «The strengths and weaknesses of French social history», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 166-177.
Rothman, D., y Wheeler, S. (comps.), *Social history and social policy*, Nueva York, Academic Press, 1981.
Rüter, A. J. C., «Introduction», *International Review of Social History*, 1 (1956), pp. 1-7.
——, *Rapport sur l'histoire sociale. Temps modernes*. IXe. Congres Internationale des Sciences Sociales, París, 1950, vol. I.
Stearns, P. N., «Toward a wider vision: trends in social history», en M. Kammen, pp. 205-230.
——, «Applied history and social history», *Journal of Social History*, 14 (1980/1), pp. 533-537.
——, «Modernization and social history: some suggestions and a muted cheer», *Journal of Social History*, 14 (1980/1), pp. 189-209.
Stinchcombe, A. L., *Theoretical methods in social history*, Nueva York, Academic Press, 1978.
Tilly, Ch., «People's history and social science history», *Social Science History*, 7, (1983), pp. 457-474.
——, «The old new social history and the new old social history», *Review*, 7 (1984), pp. 363-406.
Tilly L., Shorter, E., Couvares, F. G., Levine, D., y Tilly, C., «Problems in social history: A symposium», *Theory and Society*, 9 (1980), pp. 667-681.
Vann, R. T., «The rethoric of social history», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 221-236.
Zeldin, Th., «Social history and total history», *Journal of Social History*, 10, 2 (1976), pp. 237-245.

ANNALES

Aymard, M., «The Annales and French historiography, 1929-1972», *Journal of European Economic History*, 1 (1972), pp. 491-511.
Bailyn, B., «Braudel's geohistory: a reconsideration», *Journal of Economic History*, 11 (1951), pp. 277-82.
Bloch, M., *Apologie pour l'histoire ou metier d'historien*, París, Armand Colin, 1949 [Trad. esp., *Introducción a la historia*, México, FCE, 1952].
Bouvier, J., «Feu François Simiand?», *Annales ESC*, 28 (1973), pp. 1173-92.
Braudel, F., *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968.
Burguière, A., «Histoire d'une histoire: la naissance des Annales», *Annales ESC*, 34 (1979), pp. 1347-59.
Burke, P., «Reflections on the historical revolution in France: the Annales school and British social history», *Review*, 1, 3/4 (1978), pp. 147-156.
Carbonell, Ch.-O., y Livet, G. (comps.), *Au berceau des Annales*. Actes du Colloque de Strasbourg (11-13 oct., 1979), Toulouse, Presses de l'Institut d'Etudes Politiques de Toulouse, 1983.
Cedronio, M., *et al.*, *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, Guida, 1977.
Clark, S., «The Annales historians», en Q. Skinner (comp.), *The return of grand theory in the human sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 177-98.

Couteau-Begarie, H., *Le phénomène «nouvelle histoire». Strategie et ideologie des nouveaux historiens,* París, Economica, 1983.

Dosse, F., *L'histoire en miettes. Des «Annales» a la «nouvelle histoire»*, París, La Decouverte, 1987.

Duby, G., *Diálogo sobre la historia,* entrevista con Guy Lardreau, Madrid, Alianza, 1988.

Febvre, L., *Pour une histoire à part entière,* París, SEVPEN, 1963 (1.ª ed., 1940).

——, *Combates por la historia,* Barcelona, 1970.

Fontana, J., «Ascens i decadencia de l'Escola dels "Annales"», *Recerques,* 4 (1974), pp. 283-298.

Forster, R., «The achievements of the Annales school», *Journal of Economic History,* 38 (1978), pp. 58-76.

Hexter, J. H., «Fernand Braudel and the monde braudelien», *Journal of Modern History,* 44 (1972), pp. 480-539.

Iggers, G. G., «The Annales tradition. French historians in search of a science of history», en *New directions,* pp. 43-79.

James, S., «Concessive holism and interests: the Annales school», en *The content of social explanation,* Cambridge, Cambridge University Press, 1984, cap. VI: pp. 146-175.

Kellner, H., «Disorderly conduct: Braudel's Mediterranean satire», *History and Theory,* 18 (1979), pp. 197-222.

Kinser, S., «Annaliste paradigm? The geo-historical structuralism of Fernand Braudel», *American Historical Review,* 86 (1981), pp. 63-105.

Le Goff, J., *Entrevista sobre la historia.* A cargo de Francesco Maiello, Alfons el Magnanim, Valencia, 1988.

——, Chartier, R., Revel, J. (comps.), *La nueva historia,* Bilbao, Mensajero, 1988.

Le Roy Ladurie, «L'histoire inmobile», *Annales ESC,* 29 (1974), pp. 673-692.

——, *Le territoire de l'historien,* París, Gallimard, 1973.

Mann, H.-D., *Lucien Febvre: la pensée vivante d'un historien,* París, Armand Colin, 1971.

Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel. Vol. 2, Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines, Toulouse, Privat, 1973.

Morazé, Ch., *Trois essais sur histoire et culture,* París, Armand Colin, 1948.

Paquot, Th. (comp.), *Lire Braudel,* París, La Decouverte, 1988.

Revel, J., «Histoire et sciences sociales: les paradigmes des Annales», *Annales ESC,* 34 (1979), pp 1360-1376.

Ricoeur, P., *The contribution of French historiography to the theory of history,* Oxford, Oxford University Press, 1980.

——, *Tiempo y narración.* 1. *Configuración del tiempo en el relato histórico,* Madrid, Cristiandad, 1987.

Richet, D., «La place de Fernand Braudel dans l'historiographie d'aujourd'hui», en *L'Histoire et ses méthodes,* pp. 41-50.

Sewell, W. H., «Marc Bloch and the logic of comparative history», *History and Theory,* 6 (1967), pp. 208-218.

Stoianovich, T., *French historical method: The Annales paradigm,* Ithaca, Cornell University Press, 1976.

Trevor-Roper, H., «Fernand Braudel, the Annales and the Mediterranean», *Journal of Modern History,* 44 (1972), pp. 469-471.

Wallerstein, I., «Braudel, le "Annales" e la storiografia contemporanea», *Studi Storici*, 21, 1 (1980), pp. 5-17.

HISTORIADORES MARXISTAS BRITANICOS

Anderson, P., *Teoría política e historia: un debate con Edward Thompson*, Madrid, Siglo XXI, 1985.
Aracil, R., y García Bonafé, M. (comps.), *Hacia una historia socialista*, Barcelona, Serbal, 1983.
Brown, M. B., «Away with the Great Arches: Anderson's history of British capitalism», *New Left Review*, 167 (1988).
Burke, P., «La historiografía en Inglaterra desde la segunda guerra mundial», en V. Vázquez de Prada y otros (comps.), pp. 19-34.
Caínzos, M. A., «Clase, acción y estructura: de E. P. Thompson al posmarxismo», *Zona Abierta*, 50 (1989), pp. 1-69.
Donnelly, F. K., «Ideology and early English working-class history: Edward Thompson and his critics», *Social History*, 3 (1976), pp. 219-238.
Giddens, A., «Out of the orrery: E. P. Thompson on consciousness and history», en *id., Social theory and modern sociology*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987, pp. 203-224.
Hilton, R., «Feudalism in Europe: problems for historical materialists», *New Left Review*, 147 (1984), pp. 84-93.
Hirst, P. Q., «The neccessity of theory», *Economy and Society*, 8 (1979), pp. 417-445.
——, *Marxism and historical writing*, Londres, 1985.
Hobsbawm, E. J., «Class consciousness in history», en I. Meszaros, *Aspects of history and class consciousness*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1971, pp. 5-19.
——, «Karl Marx's contribution to historiography», en R. Blackburn (comp.), *Ideology in social science*, Londres, Fontana, 1972, pp. 265-283.
——, «The historian's group of the Communist Party», en M. Conforth (comp.), *Rebels and their causes. Essays in honor of A. L. Morton*, Londres, Lawrence and Wishart, 1978, pp. 21-48.
Holton, R. J., «Marxist theories of social change and the transition from feudalism to capitalism», *Theory and Society*, 10 (1981), pp. 833-867.
Johnson, R., «Edward Thompson, Eugene Genovese and socialist-humanist history», *History Workshop Jounal*, 6 (1978), pp. 79-100.
——, y otros, *Making histories. Studies in history-writing and politics*, Londres, Hutchinson, 1982.
Jones, G. S., «History: the poverty of empiricism», en R. Blackburn (comp.), pp. 96-115.
Kaye, H. J., *The British marxist historians*, Oxford, Polity Press, 1984.
Kiernan, V., «Problems of marxist history», *New Left Review*, 161 (1987), pp. 105-118.
«Marxism and history: the British contribution». Número especial de *Radical History Review*, 19 (1978-79).
Neild, K, y Seed, J., «Theoretical poverty of the poverty of theory: British marxist historiography and the althusserians», *Economy and Society*, 8 (1979), pp. 383-416.
Palmer, B., *The making of E. P. Thompson: Marxism, humanism and history*, Toronto, New Hogtown Press, 1981.

«Programes per a la historia radical. Debat amb P. Anderson, C. Hill, E. Hobsbawm y E. P. Thompson», *L'Avenç*, 110, 1987.
Samuel, R., «British marxist historians, 1880-1980: Part One», *New Left Review*, 120 (1980), pp. 21-97.
——, (comp.), *People's history and socialist theory*, History Workshop Series, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1981.
Thompson, E. P., *The poverty of theory and other essays*, Londres, Merlin, 1978.
Warde, A., «E. P. Thompson and "poor" history», *The British Journal of Sociology*, 33 (1982), pp. 224-237.
Wood, E. M., «Marxism and the course of history», *New Left Review*, 147 (1984), pp. 95-107.
——, «El concepto de clase en E. P. Thompson», *Zona Abierta*, 32 (1984), pp. 47-86.

SOCIOLOGIA E HISTORIA. SOCIOLOGIA HISTORICA

Abrams, Ph., «History, sociology, historical sociology», *Past and Present*, 87 (1980) pp. 3-16.
——, *Historical sociology*, Somerset, Open Books, 1982.
Anderson, M., «Sociological history and the working-class family: Smelser revisited», *Social History*, 1, 3 (1976), pp. 317-334.
Andreski, S., *The uses of comparative sociology*, Berkeley, University of California Press, 1965.
Armer, M., y Grimshaw, A. D. (comps.), *Comparative social research: methodological problems and strategies*, Nueva York, Wiley, 1973.
Barnes, H. E., *The new history and the social sciences*, Nueva York, Century, 1925.
——, *Historical sociology, its origins and development*, Nueva York, Philosophical Library, 1948.
Beer, S. H. «Causal explanation and imaginative re-enactment», *History and Theory*, 3, 1 (1963), pp. 6-29.
Bendix, R., «Concepts and generalizations in comparative sociological studies», *American Sociological Review*, 28 (1963), pp. 532-539.
——, *Force, fate and freedon. On historical sociology*, Berkeley-Los Angeles, University of California Press, 1984.
Bonnell, V. E., «The uses of theory: concepts and comparisons in historical sociology», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (1980), pp. 156-173.
Bottomore, T., «Structure and history», en P. Blau (comp.), *Approaches to the study of social structure*, Londres, Open Books, 1976.
Braudel, F., «Historia y sociología», en F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1970, pp. 107-129.
Burke, P., *Sociología e historia*, Madrid, Alianza, 1988.
Cahnman, W. J., «Historical sociology: what it is and what it is not», en B. N. Varna (comp.), *The new social sciences*, Wesport, Greenwod Press, 1976.
——, y Boskoff, A., *Sociology and history: theory and research*, Nueva York, The Free Press, 1964.
Casanova, J., «Revoluciones sin revolucionarios: Theda Skocpol y su análisis histórico comparativo», *Zona Abierta*, 41-42 (1987), pp. 91-101.
Chirot, D., «Thematic controversies and new developments in the uses of historical materials by sociologists», *Social Forces*, 55 (1976).

Chodak, S., *Societal development: five approaches with conclusions from comparative analysis*, Nueva York, Oxford University Press, 1973.

Degler, C., «Comparative history: An essay review», *Journal of Southern History*, 34 (1968), pp. 425-430.

Easterbrook, W. T., «Long period comparative study: some historical cases», *Journal of Economic History*, 17 (1957), pp. 571-595.

Eisenstad, S., *Essays on comparative social institutions*, Nueva York, Wiley, 1965.

Erikson, K. T., «Sociology and historical perspective», en M. Drake (comp.), *Applied historical studies. An introductory reader*, Londres, Methuen-The Open University, 1973.

Fredrickson, G. M., «Comparative history», en M. Kammen (comp.), pp. 457-473.

Goldstone, J. A., «The comparative and historical study of revolutions», *Annual Review of Sociology*, 8 (1982), pp. 187-207.

Grew, R., «The case for comparing histories», *American Historical Review*, 85 (1980), pp. 763-778.

Hay, C., «History, sociology and theory», *Transactions of the Annual Conference of the British Historical Association*, 1980, Londres, British Sociological Association, 1981.

Himmelstein, J. L., y Kimmel, M. S., «States and revolutions: the implications and limits of Skocpol's structural model», *American Journal of Sociology*, 86 (1981), pp. 1145-54.

Hirst, P. Q., *Social evolution and sociological categories*, Londres, Allen and Unwin, 1976.

Holt, R., y Turner, J. E. (comps.), *The methodology of comparative research*, Nueva York, The Free Press, 1970.

James, S., *The content of social explanation*, Cambridge, Cambridge University Press, 1984.

Jones, G. S., «From historical sociology to theoretic history», *British Journal of Sociology*, 27 (1976), pp. 295-305.

Kossok, M., «Historia comparativa de las revoluciones en la época moderna: problemas metodológicos y empíricos de la investigación», en M. Kossok y otros, *Las revoluciones burguesas*, Barcelona, Crítica, 1983, pp. 11-98.

Lenski, G., «History and social change», *American Journal of Sociology*, 82 (1976), pp. 548-564.

Lipset, S. M., y Hofstadter, R., *History and sociology: methods*, Nueva York, Basic Books, 1968.

Ludz, P. C. (comp.), *Sociología e historia social*, Buenos Aires, Sur, 1974.

Marsh, R. M., *Comparative sociology: a codification of cross-societal analysis*, Nueva York, Harcourt, Brace and World, 1967.

Merrit, R., y Rokkan, S., *Comparing nations: the use of quantitative data in cross-national research*, New Haven, Yale University Press, 1966.

Paramio, L., «Defensa e ilustración de la sociología histórica», *Zona Abierta*, 38 (1986), pp. 1-18.

Pocock, J. G. A., «The origins of study of the Past: a comparative approach», *Comparative Studies in Society and History*, 4 (1962), pp. 209-246.

Rasin, Ch., y Zaret, D., «Theory and method in comparative research: two strategies», *Social Forces*, 61 (1983), pp. 731-754.

Rokkan, S. (comp.), *Comparative research across cultures and nations*, París, Mouton, 1968.

Roth, G., «Review essay» de R. Bendix, *Force, fate and freedom. On historical sociology*, en *History and Theory*, 24, 2 (1985), pp. 196-208.
Samuel, R., y Jones, G. S., «Sociology and history», *History Workshop*, 1 (1976).
Skocpol, Th. (comp.), *Vision and method in historical sociology*, Cambridge, 1984.
——, y Somers, M., «The uses of comparative history in macrosocial inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22, 2 (1980), pp. 147-197.
——, y Trimberger, E. K., «Revolutions and the world-historical development of capitalism», *Berkeley Journal of Sociology*, 22 (1978), pp. 101-113.
Smelser, N., «Sociological history», *Journal of Social History*, 1 (1967), pp. 17-35.
Smith, D., «Social history and sociology: more than just good friends», *Sociological Review*, 30 (1982), pp. 286-308.
Stone, L., «History and the social sciences in the Twentieth century», en *The past and the present revisited*, pp. 3-44.
Stout, H. S., y Taylor, R., «Sociology, religion and historians revisited: towards an historical sociology of religion», *Historical Methods Newsletter*, 7 (1974), pp. 29-38.
Swierinsa, R. P., «Computer and comparative history», *Journal of Interdisciplinary History*, 5 (1974), pp. 265-276.
Thompson, E. P., «On history, sociology and historical relevance», *British Journal of Sociology*, 28 (1976), pp. 387-402.
Thrupp, S. L., «History and sociology: new opportunities for cooperation», en R. Grew y N. H. Steneck (comps.), *Society and History*. Ann Arbor, 1977, pp. 293-302.
Tilly, Ch., «Computer in historical analysis», *Computer and the Humanities*, 7 (1973), pp. 323-345.
——, «Historical sociology», *Current Perspectives in Social Theory*, 1 (1980), pp. 55-59.
——, *As sociology meets history*, Nueva York, Academic Press, 1981.
——, *Big structures, large processes, huge comparisons*, Nueva York, Russell Sage Foundation, 1984.
Trevor-Roper, H., «The past and the present: history and sociology», *Past and Present*, 42 (1969).
Vallier, I. (comp.), *Comparative methods in sociology: essays on trends and applications*, Berkeley, University of California Press, 1971.
Varios, *Historiens et sociologues aujourd'hui*, París, CNRS, 1986.
Veyne, P., «Historia, sociología e historia integral», en *id.*, *Cómo se escribe la historia*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 179-197.
Zaret, D., «Sociological theory and historical scholarship», *American Sociologist*, 13 (1978), pp. 114-121.
——, «From Weber to Parsons and Schutz: the eclipse of history in modern social theory», *American Journal of Sociology*, 85 (1980), pp. 1180-1201.

INDICE DE NOMBRES